

los libros del mirasol

VOLUMEN DOBLE



Los sensacionales progresos realizados por la genética en los últimos tiempos colocan al hombre ante la posibilidad de modificar a su arbitrio la estructura orgánica de todos los seres vivientes, inclusive los mismos humanos. Esta apasionante fantasía científica plantea la hipotética creación de una raza de mujeres nacidas por partenogénesis, sin intervención de organismos masculinos. Conducidas por una científica paranoica, esas mujeres, jóvenes y audaces, intentan apoderarse de una ciudad; luego, de un país, y, por fin, del mundo entero, para barrer a los hombres de su superficie. Gracias al empleo de misteriosas radiaciones, están a punto de lograr su intento, cuando un elemento, tan viejo como el mundo, desbarata sus proyectos. Conocido en Estados Unidos, su país natal, como talentoso autor de fantasías científicas —entre las que cabe mencionar "La aguja del doctor Costigan", editada por Fabril Editora—, Jerry Sohl ha plasmado en estas páginas un fascinante mundo de imaginación y originales hipótesis científicas.

SOHL - LAS HAPLOIDES



los libros del mirasol

LAS HAPLOIDES

fantaciencia de

JERRY SOHL



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

✓
Jerry Sohl

LAS HAPLOIDES

FANTACIENCIA



los libros del mirasol

Título del original inglés:

THE HAPLOIDS

© by Jerry Sohl

Traducción de
MARÍA VIVANCO

Ilustró la tapa
COTTA

Primera edición: mayo 1956

Segunda edición: marzo 1962

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.

© 1962 by COMPAÑÍA GENERAL FABRIL EDITORA, S. A., Bs. As.

CAPITULO PRIMERO

El estaba allí cuando trajeron a aquel hombre que gritaba con todas sus fuerzas.

Al principio apenas se oían sus alaridos. Mientras se preguntaba de qué sección del hospital podían provenir, se abrió la puerta del ascensor y los gritos del hombre irrumpieron en el corredor.

—¡No dejen que me lleven! ¡Por favor! ¡No los dejen! ¡Por favor!

Había terror en su voz. Gibson Travis se sintió muy impresionado por esas palabras y por su tremendo volumen. ¿A qué podía deberse semejante temor?

Pensó que sería, quizá, un recién operado. Pero, seguramente, los médicos no le hubieran permitido gritar así por los pasillos mientras era conducido a su pieza. Hubiera sido una pésima propaganda para ellos y se habría producido una baja en la moral de los internados. Tampoco parecía un accidentado; una dosis de morfina o de cualquier otro sedante hubiera bastado para calmarlo. Si estaba mal de la cabeza, no tendría por qué encontrarse allí; había otros lugares para esa clase de gente.

Travis apagó el cigarrillo en el cenicero que estaba cerca de su cama y caminó hasta la puerta abierta de la habitación. Allí se paró a mirar.

Media docena de asistentes sostenían los brazos y las piernas del anciano para poder transportarlo a lo largo del pasillo. Gibson Travis estaba tan inquieto por los alaridos que profería, que no observó la piel del hombre. Pero ya no pudo dejar de notarlo cuando el grupo pasó frente a su puerta.

Su carne presentaba innumerables manchas de color gris.

Travis entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama. Su mano temblaba mientras encendía otro cigarrillo. Pocos minutos después los gritos cesaron, y Travis pudo volver a descansar. Se preguntaba cómo habrían tomado este incidente los otros pacientes del piso. ¿Qué clase de medicina podría curar la ve-

teada piel de ese viejo? En algunas partes aparecían manchas de color marrón rojizo; en otras, el matiz era azulado. Se estremeció al recordarlo. ¿Cáncer? ¿Psoriasis? ¿Impétigo? Si era cáncer, ya no tenía salvación. Travis nunca había visto una persona con cáncer; pensó con asombro en lo aislado que se encuentra el canceroso de la vista de la gente. Más bien descartaba que fuera psoriasis o impétigo, ya que había tenido oportunidad de ver casos de ambas enfermedades.

Estaba tratando de recordar a los enfermos de este tipo que había conocido a lo largo de sus treinta años de vida, cuando entró Hal Cable en la habitación.

—Supongo que estoy arriesgando mi vida al entrar aquí —dijo Hal mientras arrimaba una silla, agitado aún por los tres tramos de escaleras que acababa de subir—. Dijiste que no querías ver a nadie.

—Eso fue lo que aconsejó el doctor —dijo Travis sonriendo—. Pero me alegro de que alguien se haya animado a venir, después de nueve días de hospital.

—Bueno —gruñó Hal, hundiendo sus cien kilos de peso en la silla—. ¿Cuándo sales?

—El doctor dijo que puedo irme mañana por la mañana.

Travis lo miraba inquisitivamente.

—¿Viniste sólo por amistad... o por alguna otra razón?

En vez de contestar, Hal sacó un cigarrillo.

—¿Fumas?

Travis asintió. El visitante golpeó el extremo de su cigarrillo y prosiguió:

—¿Cómo anduvo eso?

—¡Bah!, tú ya conoces esto. ¿Quién me reemplazó?

—Cline tomó a Gilberts. Tiene condiciones y, además, ese espíritu inquieto que le gusta tanto a Cline.

—¿Cómo están los muchachos?

—Muy bien.

Hal paseó la mirada por la habitación.

—No está mal para un hospital. Cortinas, persianas, bibliotecas, radio, teléfono...

—No está conectado.

—Para que Cline no pueda dar contigo, seguramente.

—Ya sabía que buscabas algo más. Habla.

Hal dejó caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero y luego se quedó mirando el extremo encendido.

—Cline quiere que vuelvas. No le hace ninguna gracia que te hayas tomado este año de licencia sin consultarlo.

—¡Ah! Era por eso...

Travis se hundió entre las almohadas.

—Puedes volver y decirle al señor director...

—No le diré nada —interrumpió Hal—. El quiere que vayas y lo veas.

—Mira, Hal —dijo Travis, incorporándose nuevamente—, en otras profesiones se puede conseguir esta clase de licencia; no veo por qué no existe en el periodismo. He trabajado durante diez años en el *Star* gozando solamente de las vacaciones anuales. ¡Hombre, ya tengo treinta años! Es tiempo de que comience a pensar en serio.

—Pero tú tienes éxito, Trav: un artículo cada dos días, comentarios radiales...

Travis movió la cabeza.

—Supongo que te parece muy raro todo esto, Hal, pero no soy como tú. Por cierto que me gusta mi trabajo. Empecé muy joven a trabajar en la oficina, y me sentí feliz hasta el momento en que comencé a desear algo más. Luego me empecé y llegué a ser cronista. Ahora me dedico a escribir artículos. Siempre me sentí atraído por el trabajo, pero hay algo más, algo que me faltaba...

—¿Qué quieres ahora?

—No sé, Hal. No lo sé. He estado enloquecido con la sinusitis, pero con los diez días de hospital y la penicilina todo pasó; mejor así. No, Hal; deseo algo más que eso, y durante este año de licencia me dedicaré a descubrir qué es.

—¿Tal vez quisieras ser director?

Travis se rió.

—Qué cosas se te ocurren, Hal. El viejo Cline será director hasta pudrirse.

—¿Gerente, entonces?

—No.

Travis posó su mirada pensativa en un rincón de la habitación.

—Me sorprendió descubrir que no quiero ser director. No sé por qué. Tengo que descubrir lo que deseo. No puedo seguir de aquí para allá, sin un objetivo, sin una meta.

—¡Ajá, ajá! ¿Por qué no le repites eso a Cline?

—No hay necesidad. Parsons me dio permiso para retirarme este año. Tú puedes decírselo.

—No le gustará.

—Peor para él.

—Está bien, está bien...

Hal se levantó y sacudió la ceniza de su saco.

—Tengo que volver a la buhardilla a terminar un trabajo retrasado. Tomaré un taxi.

Travis estiró las piernas sobre la cama.

—Te acompaño hasta abajo.

Se puso la *robe de chambre* y se calzó las pantuflas.

—¡Qué curioso! —dijo Hal, mientras atravesaban el corredor.

—¿Qué?

—Tú dices que tienes problemas. ¿Qué harías si tuvieras tantas preocupaciones como yo!

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Enseñar fotografía a niños. Tenemos un nuevo grupo. Son terribles, créeme.

—Siempre te consideraré un hombre paciente, Hal. ¿Desde cuándo tienes nervios?

—No es que tenga nervios. Fíjate... Dos de ellos, por ejemplo, colocaron la placa encima de un obturador abierto. Velaron toda la película. ¡Algo tan elemental! Es imposible hacerles entender nada. Todo el trabajo recae sobre nosotros.

—Eso desmoraliza.

—Mucho peor... ¿Adónde piensas ir este año? ¿Seguirás viendo a los muchachos?

—Aún no lo he decidido... Pero hay algo, Hal.

—¿Sí?

Se detuvieron cerca de la escalera.

—Si te necesito te llamaré. ¿De acuerdo?

—Como tú quieras, Trav.

—Exactamente. Quizá tenga que verte; quizá no.

—¿Estás disgustado, acaso?

—Por cierto que no, Hal. Probablemente te llamaré muy pronto.

—Convenido.

Hal Cable bajó las escaleras.

Al regresar a su habitación lo sobrecogió la quietud del corredor. El pasillo estaba vacío, pero al fondo se veía luz en la sala de las enfermeras. Sobre el piso de linóleo se reflejaban algunos rayos, que una de las puertas, entreabierta, dejaba escapar; el resto del pasillo estaba en sombras.

Se percibía un olor característico, mezcla de éter, alcohol y formalina. Había oído decir a algunas personas que los hospitales se volvían desagradables a causa de ese olor, que les recordaba los días allí transcurridos. Pero a Gibson Travis no le molestaba. Simplemente, era parte del Union City Hospital. Su experiencia olfativa se limitaba al periódico. Nunca había estado enfermo; tampoco lo estaba realmente ahora. Sólo debía tener paciencia cuando le inyectaban, regularmente, la penicilina. Ni siquiera eso era muy desagradable. El ejército lo había vuelto inmune a las agujas hipodérmicas.

Mientras caminaba, iba pensando qué haría durante la licencia. Tenía que encontrarse a sí mismo. Afrontar la realidad. Encontrar un objetivo y una forma de vida verdadera. ¿Acaso precisaba una mujer? Esta idea lo hizo sonreír. Las mujeres no significaban un problema para él. Quizá hubiera querido realmente a alguna, pero no lo suficiente como para resignarse a pasar a su lado las veinticuatro horas del día. La mayoría de ellas eran bastante vanidosas, y dudaba que existiera un solo caso en que fuera posible una entrega mutua. No, no era una mujer lo que buscaba. ¿Otro trabajo? ¿Algo que lo absorbiera? Esto se aproximaba más...

Iba tan ensimismado que no advirtió que ya había dejado atrás la puerta de su cuarto. En vez de regresar, siguió caminando en dirección a la sala de enfermeras. Ni la señora Nelson, la jefa, ni la señorita Pease se encontraban allí. Travis no se detuvo; caminó por el corredor lateral, sin dejar de mirar dentro de las habitaciones. Casi todas estaban ocupadas: un hombre leía, una anciana se peinaba, una joven dormía...

Se paró delante de la pieza 326; allí se encontraba el viejo que media hora antes llegara dando gritos. Respiraba penosamente, pero tenía los ojos abiertos. Había alguien más en la habitación, pues se escuchaba ruido de vasos o instrumentos, pero Travis no podía ver quién era.

La piel del anciano parecía aún más oscura, y sobre ella se destacaban las manchas rojizas. Ahora se advertían también unas ronchas de color púrpura en el cuello. Travis pensó que viviría muy poco. Deseaba que no sufriera.

Travis continuó su paseo por el corredor, pero sentía muy poca curiosidad ahora por los otros enfermos; la imagen del rostro del anciano había quedado grabada en su mente. Era un rostro agradable, de mandíbula fuerte y cabellos blancos. Mientras recordaba la escena, se le ocurrió que el hombre debía estar inconsciente, pues sus ojos vidriosos permanecían fijos en el techo, y su labio superior, algo levantado, dejaba ver los dientes. Desde el pasillo se oía el sonido de su dificultosa respiración. Travis dobló y apuró el paso hasta llegar a su habitación.

Cuando estaba junto a la puerta de la pieza vio que un médico interno, el pelirrojo doctor Collins, se acercaba con gran prisa; casi lo atropelló.

—Perdone —dijo el médico—. No lo vi.

—Está bien, doctor —contestó Travis.

Juntos se encaminaron al vestíbulo.

—¿Cómo está el viejito?

El médico lo miró inquisitivamente.

—Regular —dijo.

—¿Qué tiene?

—No sé.

—Mire —dijo Travis—. No soy más que un paciente. Mañana vuelvo a mi casa. Es casi seguro que no entenderé nada aunque me explique. Dudaba si sería cáncer.

—No creo —replicó el interno—. Parece que nadie sabe bien lo que es. Creo que su pregunta está contestada.

—¿De dónde lo trajeron?

—Yo no tengo nada que ver con él. Me dijeron que la policía lo encontró desnudo en la calle.

Se detuvieron junto a la sala de enfermeras. El médico colgó la cartilla de observación.

—Me parece que es un insano —dijo Travis.

El médico frunció los labios.

—Hace unos minutos no tenía nada de insano.

—¿No?

—Debe disculparme. Tengo que seguir atendiendo a mis pacientes.

Se alejó.

Travis volvió a su habitación; encendió un cigarri-
llo y se acercó a la ventana. Afuera, en el jardín, se veían los últimos visitantes que subían a sus automóviles y se iban. Pensó que muchos de ellos venían, quizá, por última vez, pues podía suceder que su amigo o pariente no llegara a pasar la noche. Podría ser que muy pronto viniera un automóvil trayendo al hermano, a la mujer o a alguien relacionado con el anciano que se estaba muriendo en la habitación 326. Para ellos la escena sería terrible.

Mientras observaba el parque del hospital, vio llegar a gran velocidad un enorme coche de color negro. Frenó bruscamente a pocas pulgadas de una reja de hierro y se apagaron sus luces. En seguida salió de su interior una joven. Abrió su cartera a la luz de uno de los faroles y pareció satisfecha con lo que vio en ella; luego se dirigió, caminando, hacia la entrada de las ambulancias.

Desapareció debajo de uno de los arcos. Travis aún se preguntaba hacia dónde iría, cuando escuchó un sonido que lo hizo volverse hacia la puerta. Alguien

subía rápidamente las escaleras. Se asomó. Le parecía que estaba procediendo como una mujer; últimamente se hallaba muy interesado en lo que hacían sus vecinos.

Oyó que llegaba al último escalón y vio a la joven que acababa de bajar del auto. Esta vaciló un momento y dirigió la mirada en dirección opuesta a Travis; éste se introdujo en su habitación. Cuando escuchó el apurado taconeo que se alejaba, volvió a mirar.

La muchacha llevaba sombrero azul y vestido negro. Sobre el cuello resplandecía su rubia cabellera. Advirtió, con agrado, que su talle era delicado, sus piernas finas y bien proporcionadas. Si fuera tan linda de frente...

La joven llegó al extremo del corredor, mirando dentro de las habitaciones a medida que pasaba. Luego se dio vuelta y caminó en dirección a Travis. Este ahogó un silbido. De frente era tan hermosa como de espaldas. Su insolente sombrerito enmarcaba un rostro ovalado, de delicado mentón, blanca garganta y con los labios más bonitos que Travis viera en su vida.

Intentó retirarse a su habitación, pero no pudo resistir al encanto de esa muchacha que no iba vestida de blanco como todas las del hospital; antes de que atinara a hacerlo, ya estaba ella junto a él.

Pero la joven se hallaba tan ensimismada que no lo vio sino a último momento. Cuando posó la mirada en Travis, éste vio que estaba preocupada. Sus ojos eran de color azul y no demostraban curiosidad ni simpatía. Parecían estar muy lejos de allí. El saludo que Travis iba a pronunciar se ahogó en su garganta.

—¿Puedo ayudarla? —se oyó decir a sí mismo.

Ella lo miró un instante y en seguida desvió la vista hacia el interior de la habitación. Satisfecha, evidentemente, al comprobar que estaba vacía, se alejó del lado de Travis sin pronunciar palabra.

El la observaba mientras caminaba dirigiéndose al vestíbulo. No se detuvo al pasar frente a la sala de las enfermeras, a pesar de que la señora Nelson y la señorita Pease se pararon al lado de la puerta para

mirarla. Cambiaron algunas frases en voz baja. La joven dobló por el corredor.

Su curiosidad insatisfecha hizo que la siguiera. Al pasar junto a las enfermeras, las saludó apresuradamente.

La muchacha había desaparecido.

Travis recorrió, agitado, el pasillo. Aunque miraba adentro de todas las habitaciones, tenía la sensación de que era inútil, pues algo le decía que ella estaba en la pieza número 326.

Así era, en efecto.

Entró en la habitación, pero la joven no reparó en su presencia, tan atenta estaba a lo que hacía en ese momento. Había abierto su cartera y buscaba algo en su interior. Travis, perplejo, vio que sacaba una aguja hipodérmica y se dirigía hacia la cama del enfermo.

Se asombró al ver que el viejo se daba vuelta para mirar a la joven. Abrió desmesuradamente los ojos y trató de articular palabras. Sólo consiguió producir un susurro ronco, incomprensible.

La muchacha vaciló un instante. En seguida colocó la mano debajo del brazo del anciano, y lo atrajo hacia sí para introducirle la aguja. En ese momento, Travis se lanzó sobre ella. Golpeó la mano que sostenía la jeringa, pero, a pesar de que estaba desprovista, no consiguió hacérsela caer. La joven se zafó y corrió por la habitación, perseguida por Travis. Este pudo observar la repugnancia y el odio que le demostraban aquellos brillantes ojos azules. Con un rápido giro consiguió colocarse a espaldas de Travis; empuñaba la jeringa como si fuera una daga.

La atajó con el antebrazo. Se apoderó de su mano y sólo la soltó un momento después, cuando ella hundió sus dientes en la muñeca del joven. Entonces Travis, con un brusco manotazo, le hizo largar la jeringa, que después de describir un arco en el aire se estrelló contra el suelo.

El dolor producido por el mordisco y los bruscos movimientos de la joven lo exasperaron. Le tomó con fuerza el brazo y decidió mantenerla en esa posición

hasta que dejara de patear y arañar y se tranquilizara. De pronto, un cortante golpe dirigido con el tacón del zapato al filo de la tibia le hizo exhalar un grito de dolor. Ella sólo necesitaba que Travis aflojara un instante sus músculos. Se desprendió, pues, y casi cayó al suelo al precipitarse fuera de la habitación.

Travis sentía tal dolor en la pierna, que apenas podía mantenerse de pie. Se acercó, renqueando, hasta la puerta, en el momento en que las dos enfermeras llegaban corriendo.

—Esa muchacha... —comenzó a decir, tratando de deshacerse de las enfermeras.

—¡Señor Travis!

La señorita Pease lo tomó del brazo y le atajó el paso con su cuerpo.

—Debería estar en su habitación. ¿Qué hace aquí, por amor de Dios?

—¡Les ruego! ¡Déjenme apresar a esa muchacha! —gritaba, tratando de librarse de los brazos de la enfermera y de abrirse paso.

Corrió hasta la esquina del pasillo, pero ya la joven había desaparecido por el otro corredor. Siempre renqueando, se precipitó hacia la escalera; no se oía ruido de pasos. Volvió tan rápido como pudo a su habitación y, a través de la ventana, vio que la joven corría apresuradamente en dirección a su auto. Ya no tenía esperanzas de alcanzarla.

CAPITULO II

Sentía una extraña sensación de júbilo, que parecía originarse en la boca del estómago y extenderse hasta la punta de los dedos, hasta las uñas y hasta la cabeza. No era nada nuevo para Travis; ya lo había experimentado varias veces mientras trabajaba en el periódico. Eso significaba que se hallaba cerca de algo que le gustaría hacer, y que no se sentiría satis-

fecho hasta que no lograra una respuesta a sus dudas.

Siempre consideró esta sensación de la manera más científica posible. La había seguido desde que nacía en el estómago y luego se dispersaba por todo el cuerpo, lo mismo que cuando se toma whisky. Pero nunca supo cuáles eran los fenómenos orgánicos que se producían, qué glándulas volcaban su contenido en la sangre o qué cambios químicos tenían lugar dentro de su cuerpo. Una vez consultó a un psiquiatra. Este lo miró con desconfianza y, desde entonces, no volvió a referirlo ni a consultar a otra persona.

Pero ahora estaba algo preocupado. Generalmente esta sensación se limitaba a sus relatos periodísticos. Por ejemplo, en algunas oportunidades todos los empleados de la oficina tenían que presentar sugerencias sobre la forma de publicar una serie de avisos sobre Dutch McCoy. Dutch era el rey de los jugadores de Union City.

El director pedía un voluntario que tuviera una idea original. La misma sensación de júbilo le sobrevenía a Travis cuando se le ocurría una de esas ideas.

—Yo me ocuparé del trabajo sobre Dutch —dijo Travis a Cline.

—¿Qué dices? —rugió Cline—. Sólo he dicho que necesito una idea.

—Creo que la tengo.

—Ojalá sea buena —prosiguió Cline—. ¿De qué se trata?

—Hagamos que el mismo Dutch escriba el relato y se ocupe también de las ilustraciones.

El pesado puño de Cline cayó con fuerza sobre el escritorio. Nadie reparó especialmente en ese acto.

—¡Que Dutch escriba tu artículo necrológico, quérrás decir! ¿Es que tienes el cerebro contrahecho...?

—No dispongo de todo el día, Cline —dijo Travis—. Tengo que terminar un trabajo, ¿recuerdas? No me interesa lo que tú piensas de mis facultades mentales. Sólo quiero saber cuándo comienzo y para cuándo lo necesitas...

Su experiencia de diez años en el periódico —igual a la del mismo director — le daba a Travis cierto de-

recho para emplear algunos principios elementales de psicología práctica con un hombre como Cline, de genio tan particular.

El director Cline suspiró largamente y con todas sus fuerzas.

—Está bien —dijo—. Escribe tu parte y dinos para cuándo tendremos el resto.

Era en esos momentos cuando el júbilo estallaba en su estómago y se extendía por todo su cuerpo. Reía al recordar lo fácil que había resultado todo.

—¿Qué anda buscando ahora el gran Narigón? —dijo Dutch McCoy—. Y hablando de narices, parece que la tuya está bastante limpia, muchacho.

—Por lo menos, procuro que lo esté —dijo Travis, sentándose en el borde del escritorio del hombre importante—. ¿Qué te parece si trabajamos juntos un rato?

Dutch fijó sus ojos redondos y negros en Travis; denotaban desconfianza:

—¿De qué se trata?

—Me encargaron algo muy difícil, Dutch.

—¡Ajá! ¿Y qué tengo que ver con eso?

—Está relacionado con usted... Mi tarea es usted mismo.

Al principio, los ojos de Dutch se ensombrecieron, su labio superior se levantó un poco, y Travis esperaba una explosión de su parte. Pero aquellos ojos redondeados se suavizaron y lo miraron con curiosidad.

—¿Y por qué yo?

—Porque usted es todo un personaje.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién dice eso?

—Lo dice el periódico *Star*.

Finalmente, Dutch aceptó la proposición. El hizo todas las sugerencias; prácticamente fue él quien escribió el artículo. Era muy natural: Dutch pertenecía a esa clase de hombres que les gusta emprender cualquier cosa. Cuando terminaron, encargó doscientos ejemplares del periódico y una docena de epígrafes para cada fotografía, que, según dispuso, serían tomadas por Hal Cable.

La ansiedad que sentía Travis antes de realizar el trabajo era como una especie de desafío. Travis sabía que para conseguirlo tenía que usar su cerebro. Ahora que lo había logrado volvía a sentirse como si flotara.

De pie, en pijama y *robe de chambre*, junto a la ventana de su habitación en el hospital, veía desaparecer la luz de los faroles a medida que el automóvil de la joven se alejaba por el camino.

Otra vez sentía algo semejante a un desafío. No se trataba, exactamente, de una crónica periodística... Y no necesitaba obtener un "sí" para acometer la tarea. Era inútil que intentara alejar la idea de su mente. Tenía que hacer algo.

Llega un anciano al hospital. Por alguna razón, no pueden mantenerlo tranquilo. Parece mal de la cabeza. Por fin, lo introducen en una habitación y lo desmayan de un golpe; sólo así se explica que se haya callado instantáneamente. ¿Qué había dicho el médico interno? Que lo encontraron desnudo en la calle. Un policía lo detuvo; luego llamaron al hospital. El no puede decir nada a nadie, pero no deja de gritar que no lo "vuelvan a llevar". Tiene manchas grises en la piel. Después se vuelve más oscura, y aparecen algunas motas rojizas y purpúreas.

Sin duda, nadie sabe de dónde ha venido. Nadie viene a verlo. Las autoridades hospitalarias tratan de averiguar qué mal le aqueja. Al menos, eso es lo que podría deducirse, ya que el médico interno dijo que no habían podido diagnosticar inmediatamente el estado del anciano.

Luego llega la muchacha. ¿Cómo sabe ella que el viejo está en el hospital? Tiene una aguja hipodérmica y sabe usarla. Quiere matar al anciano. Veamos ahora: ¿por qué una linda joven como ella quiere matar a un viejo que casi ha sido olvidado? ¿Por qué me miró con tanto odio? ¿Por qué luchó conmigo con semejante encarnizamiento?

Travis movía la cabeza, tratando de aclarar estas preguntas. Luego se retiró de la ventana y caminó

hasta la puerta. Todas las luces de las piezas que daban al corredor estaban apagadas, excepto la suya. La apagó y se encaminó hacia el vestíbulo. Todo estaba excepcionalmente tranquilo y no se veía ninguna enfermera en la sala.

Siguió adelante. Sólo se oía el ruido que producían sus pantuflas al golpear contra el suelo. Dio vuelta por el pasillo y se dirigió a la habitación del anciano. Quizá se hubiera despertado. O, tal vez, la joven hubiera olvidado algo que sirviera para identificarla.

Cuando llegó a la pieza 326 encontró a las dos enfermeras, muy atareadas, limpiando y ordenando las cosas que allí se encontraban.

—Señor Travis —dijo la de más edad, la señora Nelson—, esta noche podría ser la última que usted pasa en el hospital, pero no lo será si no vuelve inmediatamente a su habitación.

La más joven, la señorita Pease, arrojaba los restos de la jeringa rota a un canasto de residuos.

—¿Cómo está el viejo...? —comenzó a decir, cuando advirtió de pronto, con gran asombro, que habían extendido una sábana sobre el rostro del anciano.

—Está muerto —dijo la señora Nelson—. Murió hace pocos minutos.

—¡Qué lástima! —exclamó Travis, dando un rápido vistazo a la habitación—. Seguramente fue aquella muchacha la causante de su muerte. Se puso muy nervioso cuando vio que ella iba a inyectarle algo.

—La señorita Pease y yo estábamos muy ocupadas cuando pasó la joven cerca de nuestra sala —dijo la señora Nelson—. Debimos haberla detenido. A propósito... El doctor Collins necesita hablarle.

—¿De qué se trata?

—A él dimos cuenta de lo sucedido con la joven. Y le dijimos dónde podía encontrarlo a usted.

Travis se acercó al lecho del anciano muerto.

—¿Me permite? —dijo.

—Si puede soportarlo...

Ambas mujeres lo miraban mientras levantaba la sábana. La piel del viejo había adquirido un color negro, tan negro como el carbón. Las zonas rojizas se

habían dilatado y, en algunos lugares, se abrían como si fueran heridas. No pudo resistir más que unos pocos segundos. Dejó caer la sábana.

Al salir de la habitación, Travis vio al doctor Collins que venía caminando por el corredor.

—Usted no se encontraba en su pieza —dijo el joven médico—. ¿Qué hacía en la 326?

—Sólo quería ver cómo seguía el viejo.

Se encaminaron hacia la habitación de Travis.

—Ya he mandado llamar a la policía y al fiscal —dijo el doctor Collins—. Ellos querrán hablar con usted.

—Tendrían que conversar con la joven y no conmigo —opinó Travis.

—La señora Nelson dijo algo acerca de una muchacha y de una jeringa. ¿Qué significa todo eso?

—¿Por qué no me lo explica usted?

Llegaron a la habitación de Travis. Este sacó un cigarrillo y ofreció otro al médico.

—¿Qué quiere que le explique? —dijo Collins.

—He tenido oportunidad de conocer a muchísimos médicos, Collins —dijo—. Mi trabajo consistía en obtener datos e informaciones para crónicas periódicas. Sólo muy pocos parecían dispuestos a colaborar en seguida. Si mal no recuerdo, hace algunas horas le hice algunas preguntas acerca de ese viejo, y usted apenas me respondió.

El doctor Collins se sentó en la silla; apoyaba los tacones de sus lustrosos zapatos negros sobre la cama.

—Ustedes tienen su código, Travis; nosotros también tenemos el nuestro. En realidad, no sé absolutamente nada sobre la joven que lo preocupa. ¿Por qué no comienza contándome lo que sabe?

—Hace un rato afirmé que el anciano había tenido un momento de lucidez.

—No debí haberlo dicho. Por otra parte, es todo lo que sé.

—Bien; hagamos un trato. Yo le cuento todo lo que sé de la muchacha, y usted, en cambio, me dirá algo más sobre el muerto.

El médico movió la cabeza.

—No debiera hacer un trato de esta clase, pero, en vista de las circunstancias, transigiré. Sí; en verdad tuvo un momento de lucidez, si es que puede llamársele así. Pero temo que su lucidez haya sido bastante precaria.

El doctor Collins extrajo un pedazo de papel del bolsillo superior del saco.

—Cuando entré en la habitación 326, minutos antes de tropezar con usted en el pasillo, encontré al viejo tratando de sentarse. Créalo o no. Cuando me vio, comenzó a murmurar algo. Su mirada era implorante. Me señalaba este bolsillo —el médico tocó el bolsillo superior del saco—, donde se veía un sobre y la pluma fuente.

“Saqué el sobre y la estilográfica, y se los alcancé. Comenzó a dibujar algo sobre el papel, pero sus movimientos eran muy lentos. Insistió varias veces. Yo lo ayudé a incorporarse para que pudiera manejar la pluma con más facilidad. Hizo esta figura y estos números. Había comenzado a dibujar algo más, cuando se desplomó hacia adelante y su respiración se volvió dificultosa. Lo recosté nuevamente, tomé el sobre y me fui. Estaba tratando de descifrar su significado, al salir de la habitación, y choqué con usted.

—Déjeme verlo.

El doctor Collins se lo alcanzó. Había allí un dibujo que se parecía a un círculo. Por lo visto, había sido el primer intento del hombre, ya que de todos los puntos del contorno de esa figura salían líneas desordenadas en varias direcciones.

Al otro lado del sobre podía verse la misma figura, pero más definida. No obstante, el círculo no era completamente redondo y la línea de su circunferencia se interrumpía en algunos trozos. En el centro del mismo había escrito “23 X”. El dibujo se parecía al siguiente:



—Es semejante a la tecla de una máquina de escribir, o una raqueta de tenis —dijo Travis.

—Si lo miramos en esa posición. Es decir, si la cruz va en la parte inferior. Supongo que es así como se debe mirar el dibujo.

—¿Qué deduce de esto?

El doctor Collins se encogió de hombros:

—No voy más lejos que usted. He visto muchos símbolos parecidos a éste, que se usan en botánica y en biología. Cuando era niño, la astronomía me enloquecía. También me recuerda un poco a los signos que emplea esta ciencia. Sin embargo, no logro interpretarlo. Tendría que estudiarlo.

Travis le devolvió el sobre.

—¿Aún no sabe por qué murió?

—Nunca supe que existiera una enfermedad capaz de atacar el cuerpo en esta forma —dijo el doctor Collins—. Por cierto, no tengo autoridad en la materia. Acabo de egresar de la universidad. Sé que hay afecciones muy parecidas, pero no tan intensas como ésta. No comprendo cómo puede haber vivido tanto tiempo. Pero usted prometió hablarme acerca de la muchacha.

—Temo desilusionarlo —dijo Travis, poniendo un pie en el suelo—. Estaba junto a la ventana cuando ella llegó en su automóvil. Parecía terriblemente apurada. Cuando salió del coche, buscó algo en su cartera y en seguida entró en el edificio. La oí subir las escaleras. Salí a la puerta y la observé. Era bastante bonita. Estaba a punto de decirle una galantería cuando se acercó rápidamente a la puerta de mi habitación y miró adentro para ver si había alguien. Más tarde descubrí que buscaba al anciano. La seguí, y llegué a la pieza 326 en el momento en que iba a inyectarle el contenido de la jeringa. Todo parecía muy sospechoso. Por eso la interrumpí. En lugar de darme alguna explicación, comenzó a luchar conmigo. Estaba furiosa. Traté de arrebatársela la jeringa, pero no podía contenerla. Me dio un puntapié en el filo de la canilla.

Se levantó el pijama. Justo en el centro de la espina se veía un gran moretón.

—Salí de la habitación, pero ya era demasiado tarde. Luego subió a su automóvil y se alejó velozmente.

—Estaba tratando de matarlo.

—¿Usted cree eso?

—Me lo imagino. He recogido un fragmento de la jeringa para hacerlo analizar. ¿Qué otra razón podría tener para venir aquí? Lo único que no comprendo es por qué trataba ella de evitar que el viejo hablara.

—Su posición es tan aceptable como la mía —replicó Travis.

El fuerte sol matinal atravesaba las ventanas de la oficina del capitán. Travis, que lo había soportado durante una hora, decidió correr la silla y ponerse fuera del alcance de los rayos solares.

Las espesas cejas del capitán Tomkins se fruncían mientras pensaba. Con la pipa en la boca, miraba atentamente al periodista.

—Esta joven —dijo el capitán de policía—. ... No me doy cuenta cómo es. ¿Qué aspecto tenía?

Travis dejó su cigarrillo. Exhaló el humo con lentitud y se quedó observándolo mientras se disipaba.

—Yo debía llevarle aproximadamente, la cabeza. Sus piernas eran perfectas y su cuerpo hermoso como un cuadro. Cabellos rubios, que le caían sobre los hombros. Ojos azules y rasgos delicados. Llevaba un sombrero de color azul y un vestido oscuro, ceñido a la cintura. No era precisamente una adolescente; diría que tiene alrededor de veintidós años.

El capitán se acomodó en su sillón giratorio. Sus ojos estaban fijos en los de Travis.

—Bien plantada, ¿eh?

—Exactamente. Tenía verdadera atracción.

—Como las chicas que a usted le gusta cortejar, según tengo entendido.

—¿A qué se refiere?

—Mire, Travis —dijo el capitán—. Hace mucho tiempo que lo conozco. Durante diez años consecuti-

vos sólo ha estado dándonos preocupaciones. Como aquella época en que se ocupó del asunto de Dutch McCoy. A causa de eso, el público nos volvió loco, pidiéndonos que lo encerráramos. Dutch es bastante inteligente; no podíamos achacarle nada. Y para nosotros es imposible proceder si no hay cargos concretos. Ni una sola persona se quejó al fiscal; en cambio no dejaban de llamarnos para decirnos que teníamos que intervenir. Ahora usted está sentado aquí, y me dice algo acerca de una muchacha que viene a apuñalar a un viejo con una jeringa cargada con... ¿con qué era? Sulfato de estricnina. ¡Diablos!, a nadie se le ocurriría perseguir a una joven por un pasillo, entrar en la habitación y evitar un asesinato si no conociera de antemano el motivo por el cual ella se encontraba allí. Usted debía saber cuál era el objeto de la visita de la muchacha.

—Usted tuvo la idea de interrogarme acerca de la joven. Usted y Dwight O'Brien.

—Un fiscal tiene que comprobar todos los detalles. El doctor Collins le habló a O'Brien sobre la chica.

Travis se levantó, caminó hasta la ventana y miró hacia afuera. Había automóviles policiales junto al edificio. La escena le recordaba la vista que tenía desde la pieza del hospital, de donde había salido esa mañana después de la autopsia.

—Ya le dije todo lo que sé, capitán. La vi llegar en el automóvil, la seguí hasta la pieza por que me inspiró curiosidad...; había llegado después de la hora en que se marchan todas las visitas. Además, parecía muy preocupada. Y además, era endiabladamente hermosa y no había visto una dama (al menos, una como ella) en los diez días de hospital.

—Bien, no queremos presionarlo, por supuesto —dijo el capitán, sacudiendo la ceniza de su pipa—. No hay razones, además. Es, simplemente, un intento de asesinato y sólo conocemos hasta ahora la descripción que usted nos hizo de lo sucedido en la pieza. Seguiremos investigando. Tendrá que presentarse como testigo ante el jurado que convoque el fiscal cuando se realice el interrogatorio.

—Hay algo que no comprendo, capitán —dijo Travis, apartándose de la ventana y dejando su cigarri-
llo en el cenicero que estaba sobre el escritorio—. ¿Qué necesidad tiene O'Brien de preparar un interro-
gatorio? La muchacha no consiguió matar al viejo.

—No; es verdad. Pero nadie ha podido averiguar la causa de su muerte.

—Más difícil resultaría saber cómo hacía para vi-
vir. ¿Usted lo vio?

—Yo estaba allí esta mañana. Parecía un caso di-
fícil. Los médicos llenaban planillas y fichas. Oí de-
cir a alguien que iban a presentarlo en el congreso
de la Asociación Médica como uno de los casos más
raros del año.

—Yo me imaginé que padecía de cáncer o algo por
el estilo —dijo Travis—. Su piel estaba desintegrán-
dose no sólo en un lugar, sino en todas partes.

Travis se dio vuelta para salir. Luego se volvió y
dijo:

—Solamente dos cosas más. ¿Han tomado las im-
presiones digitales del individuo?

—No pudimos sacarle unas buenas impresiones a
causa del estado de su piel. Pero esto no quiere decir
que en Washington no puedan identificarlo.

—¿Y qué opina del dibujo que hizo en el papel?
Supongo que el doctor Collins se lo ha mostrado.

El capitán Tomkins suspiró, y tiró el cajón del es-
critorio.

—Ustedes son realmente cargosos, ¿verdad? Segu-
ramente, se debe a la forma en que los entrenan. Bue-
no, ya que no hablo para la prensa, le diré lo que
quiere.

Revisó las hojas que extrajo del cajón.

—Anoche hemos sacado a muchas personas de la
cama. Varios profesores, un astrólogo, un historiador,
un químico, un astrónomo, un biólogo, un ingeniero...
A todos ellos les hemos mostrado el dibujo.

—¿Y...?

—Es uno de los símbolos que representan a Venus...

—¡Ajá! Naves interplanetarias, etcétera, etcétera.
El viejo fue la primera víctima de una nueva y te-

rrible enfermedad traída a la Tierra por los habitan-
tes de Venus.

—¿Prefiere hacerse el gracioso u oír lo que se dice
aquí?

El capitán había dejado los papeles sobre el escri-
torio y lo miraba fijamente.

—Muy bien, capitán. Le pido disculpas. No volveré
a interrumpirlo. Solamente me imaginaba lo que el
Star podría hacer con una historia como ésa.

—Es mejor que no vea a ninguno del *Star* mezcla-
do en este asunto, porque le costará la cabeza. Ade-
más, el dibujo tiene muchísimos otros significados.

Volvió a levantar los papeles.

—Es el símbolo de Venus, la diosa. El dibujo repre-
senta un atributo de Venus: el espejo, según uno de
los profesores. También es el símbolo del día viernes.
Ayer era lunes. En botánica significa una flor feme-
nina, un pistilo, una planta fértil o una planta que
dé flores de este tipo. En biología también significa
algo femenino. Si lo hubiera dibujado invertido, re-
presentaría un organismo masculino, ya sea unicelu-
lar o un órgano. Y uno dijo que si estuviera lo de arri-
ba hacia abajo sería una Ansa o algo parecido a la
cruz anseática, un antiguo símbolo egipcio represen-
tativo de la vida; luego, los coptos de Egipto lo em-
plearon como símbolo de la cristiandad.

—¿Ninguno ha podido interpretar los números y
la letra X?

—Nadie sabe a qué atenerse al respecto.

—Según parece —dijo Travis— significa el co-
mienzo de una guerra interplanetaria, o que el viejo
se enfermó un día viernes, o que sufrió el contagio
de una flor, o que una mujer lo mató, o que recibió
la maldición de una tumba egipcia.

—Exacto, y todas las interpretaciones son posibles.

—Por supuesto. En todo caso, la imitación es muy
buena.

—Nada de imitaciones, Travis.

—Muy bien, capitán, nada de imitaciones.

Travis salió de la oficina del capitán de policía y
se dirigió al escritorio del sargento.

—Hola, Travis — dijo el sargento Webster —. ¿Dónde se ha estado escondiendo? Hace meses que no lo veo.

—No me verá durante un año — dijo Travis —. Estoy con licencia.

—Entonces, ¿qué hace por aquí?

—Necesito hacer solamente una consulta.

—¿Qué quiere?

—¿Podría mostrarme los mensajes que fueron transmitidos desde los automóviles policiales en el día de ayer?

El sargento se introdujo en la cabina radial y volvió con varias hojas de papel que extendió a Travis. Este paseó la mirada a lo largo del extenso comunicado. Había toda clase de despachos: detener borrachos, intervenir en una pelea, dirigir el tránsito, prestar escolta a un cortejo fúnebre... Allí estaba, por fin, lo que quería:

5 y 33 de la tarde. Automóvil 302. Dirigirse a Ridgeway y Leland. Hombre desnudo.

Un poco más adelante, en la misma página, se veía otra cita al respecto:

5 y 42 de la tarde. Thompson, del automóvil 302, encontró un hombre desnudo; mal de la cabeza y enfermo. Llevado al Union City Hospital.

No había otras referencias concernientes a este hombre. Travis devolvió la agenda al sargento, dándole las gracias. Salió del departamento de policía y se encaminó hacia la intersección de la avenida Ridgeway y la calle Leland.

Tomó un ómnibus que lo dejó en la calle Leland. Desde allí tuvo que caminar tres cuadras hasta Ridgeway. Era un barrio industrial, y esa avenida delimitaba la zona residencial y la fabril, aunque también se veían algunas casas entre las fábricas. Sobre la acera residencial de la avenida Ridgeway, en una esquina, había un pequeño almacén. Hacia allí se dirigió Travis.

Una corpulenta mujer salió de la parte posterior del negocio.

—¿Qué quiere, señor?

Tenía un leve acento extranjero, pero Travis no hubiera podido identificarlo.

—¿Sabe algo acerca de un viejo que detuvo aquí la policía, ayer por la tarde? — preguntó.

—Sólo sé que tendrían que arrojarlo a un calabozo. ¡Un hombre que anda así por la calle! ¡Sin ninguna decencia! ¡Corriendo y gritando en esa forma!

—¿Hacia dónde corría?

La mujer retiró un grasiento mechón de pelo negro de su frente.

—Tomó por Ridgeway, hacia abajo. Gritaba como si tuviera el demonio adentro. De pronto calló y se desplomó. Entonces llamé a la policía. Vi que Lila lo estaba mirando desde la acera de enfrente.

Travis no había reparado en la niña que había salido de la trastienda y estaba parada junto al mostrador, mirándolo con gran curiosidad.

—¿Por qué quiere saber tantas cosas sobre ese hombre? — preguntó la mujer.

—Tengo que averiguar de dónde es.

—Yo sé, yo sé — exclamó la pequeña con excitación.

—¡Te callas... antes de que te dé un golpe, Lila!

La mujer se volvió hacia Travis y le dijo:

—Ella no sabe nada, señor.

—Quizás haya visto algo — sugirió éste suavemente.

—Ya le he dicho que no. Vete adentro, Lila, y juega.

Como la niña no se moviera, la mujer le dio un chirlo en la cabeza.

—Te dije que entraras, inútil.

La pequeña salió corriendo.

Travis sacó la billetera y puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—¿Quiere comprar algo?

—Más datos.

La mujer miraba el dinero con codicia. Se limpió las manos en el delantal, pero no levantó el billete.

—Mejor será que vuelva a guardar eso, señor. No quiero complicaciones. Váyase.

Travis recogió el dinero.

—Gracias, de todos modos —dijo, dirigiendo una ansiosa mirada hacia el interior del negocio, antes de salir. No se veía a la niña por ninguna parte.

Era un brillante día estival. Travis aspiró grandes bocanadas de aire al salir. "Hasta ahora estamos en las mismas", pensó. Pero la mujer dijo que el viejo corría por Ridgeway hacia abajo y su hija estaba en la acera, frente al negocio, desde donde pudo verlo. Eso significaba que se alejó del almacén por la avenida Ridgeway abajo y que debía haber llegado de la dirección opuesta.

Travis comenzó a caminar en esa dirección. Sobre ese lado de la calle estaban alineadas varias casitas, bastante bien cuidadas; por el otro, se veía un alambrado que delimitaba el terreno de una gran planta industrial. Continuó caminando, mientras se preguntaba de qué lugar cercano podría haber salido ese hombre.

De pronto, una criatura apareció corriendo. Era Lila.

—Sígueme, señor —dijo—. Yo sé de dónde vino ese hombre. Lo vi salir de uno de aquellos edificios.

Señaló un grupo de edificios distribuidos alrededor de la esquina, una cuadra más allá.

Travis la siguió hasta la esquina. La calle se llamaba Winthrop. Doblaron y cruzaron Ridgeway. A mitad de cuadra, Lila se detuvo. Volvió sus grandes ojos negros hacia Travis y, sonriendo maliciosamente, dijo:

—Salió de aquel edificio.

Señalaba una construcción de dos pisos, situada entre dos terrenos vacíos. Más allá, se veían dos edificios de ladrillo que parecían depósitos de mercaderías.

—Gracias, querida —dijo Travis. Sacó una moneda de 25 centavos de su bolsillo y se la extendió:

—Es para ti.

Primero la miró. Luego la tomó.

—El otro hombre me dio medio dólar.

—¿El otro hombre? ¿Qué hombre?

La impaciencia que denotaba la voz de Travis la atemorizó. Rápidamente se escabulló. El no hizo na-

da para detenerla. Se preguntaba qué habría querido decir. Luego comenzó a examinar el edificio.

Calle Winthrop, número 1722. Era un edificio bastante viejo, de ladrillo. Las ventanas del entresuelo habían desaparecido, pero todas las demás estaban intactas. Parecían muy limpias y brillantes, pero, a pesar de eso, era imposible mirar a través de ellas. Varias escaleras de madera subían hasta el porche y una puerta que daba a una especie de pasillo podía verse desde la calle.

Se acercó. Subió la escalera. La manija de la puerta estaba reluciente, pero se veía que la habían tocado poco antes. Se abrió fácilmente. Ya dentro, dudó entre subir por la escalera que conducía al segundo piso o abrir la puerta que daba al departamento, allí mismo.

En los dos buzones que estaban en la pared no figuraban tarjetas con nombres. Golpeó directamente en la puerta, pues no encontró la campanilla. No contestaron. Trató de abrir la puerta y lo consiguió.

La casa estaba vacía. El piso se hallaba cubierto de escombros. Entró para examinarlo mejor. Había pedazos de vidrio, alambres metálicos y un sinnúmero de desechos que parecían provenir de un laboratorio. Había en el aire un leve olor acre, que le recordó vagamente los experimentos de las clases de química en la escuela secundaria.

Caminaba, aplastando el vidrio con sus pies. En la primera habitación, junto a la entrada, encontró algunas botellas de gran tamaño, intactas; pero también había tubos de ensayo, probetas comunes y algunas probetas graduadas, rotas, diseminadas por el suelo. En el comedor descubrió varias cajas y ficheros que no se veían desde la otra pieza. Contenían libros y varios objetos de laboratorio. Junto a uno de los ficheros había un pulverizador.

La cocina era un laberinto de alambres; algunos, aún enrollados; otros, diseminados desordenadamente por el suelo. En medio de ellos, podían verse los restos de algunos aparatos eléctricos destrozados; un

ohmiómetro, un soldador, varios tubos de radio y otros que Travis desconocía.

Una probeta mucho más grande que se encontraba en la piletta de la cocina atrajo su atención. Sus paredes estaban parcialmente cubiertas con polvo de yeso, y unas impresiones digitales se distinguían claramente sobre las mismas. Esas impresiones parecían demasiado recientes. Algo se iluminó en su mente. Miró nuevamente el piso y observó que había marcas de pisadas; grandes pisadas.

No se sorprendió, pues, cuando la puerta de la cocina se abrió y pasó a través de ella el capitán Tomkins.

—¿Le molesta que le pregunte, señor Travis — dijo el capitán —, qué hace usted aquí?

—No, de ninguna manera — respondió Travis —. Llegué del mismo modo que usted. La única diferencia consiste en que usted le dio medio dólar a la chica, con lo cual dejó sentado un peligroso precedente; la pequeña Lila esperaba que yo también le diera cincuenta centavos.

CAPITULO III

—Me acaba de decir cómo hizo para venir hasta aquí. Ahora dígame por qué vino — dijo el capitán Tomkins.

Travis dio un puntapié a una retorta rota que saltó por el suelo, brillando como si atravesara una zona iluminada.

—Sólo por curiosidad, capitán.

Como vio que el policía no iba a conformarse con una respuesta tan simple, prosiguió:

—Mire, capitán. Yo estoy en el hospital cuando traen al viejo. Estoy allí cuando llega la muchacha y trata de matarlo. Hace diez años que vengo haciendo crónicas sobre política, a veces sobre crímenes. He entrevistado a famosos hombres de negocios. Durante diez largos años han estado dándome órdenes.

Ahora quiero manejarme solo. No tengo que dar cuenta a nadie. Por eso estoy aquí. Tengo tantos deseos de aclarar este asunto como usted.

El capitán atravesó la cocina y se dirigió al comedor.

—Quizá tenga razón, Travis. Pero todo su trabajo es inútil. Nada tiene que hacer aquí. Este es un asunto que concierne a la policía.

—¿Cuándo llegó aquí, capitán?

El capitán se detuvo junto a uno de los cajones de libros. Levantó algunos y miró sus títulos. Los cambió de un cajón a otro que estaba vacío.

—Llegamos esta mañana temprano. Los muchachos fueron a recorrer el edificio. Los ficheros están vacíos, pero hay muchas impresiones digitales. Ya sabremos a quiénes pertenecen. Mi ayudante me avisó que usted estaba en el almacén, y yo salí a la calle. Mac está afuera, en el automóvil patrullero. Debí haber esperado un poco para ver qué hacía usted. Mire qué título más raro — prosiguió el capitán, señalando un libro que tenía entre sus manos —: *Die Neuen Verbungsgesetze*. Debe de ser alemán. Hay muchos en ese idioma. Quisiera saber qué significa todo esto.

—En una época estudié alemán — dijo Travis —, pero ya no recuerdo casi nada. ¿Qué hay en el piso de arriba?

—Alojamientos. Sólo han dejado algunas sillas, mesas y colchones. Suponemos que quienes vivían aquí se mudaron anoche. Quizá pensaron que al viejo lo había atacado la peste y que aparecerían como culpables. Aquí hay otro título raro: *Narcoanalysis*. A juzgar por los precios de estos libros, los que vivían aquí deben de ser gente de dinero. Hay libros de fisiología, biología, algunos de botánica y unos pocos sobre electrones. Este departamento me hace recordar a la época de la implantación de la ley seca, en que allanábamos una casita de aspecto inocente y nos encontrábamos con toda una destilería en la planta baja. Pero, ¿a qué se dedicaban aquí?

—Me gustaría saberlo — dijo Travis.

El capitán encendió su pipa.

—Venga —dijo acercándose a la cocina—. Los cables eléctricos provenientes del exterior estaban unidos a una máquina que se hallaba colocada en este lugar. Por las marcas que ha dejado sobre el suelo, puede deducirse que era pesada. Deben de haber trabajado intensamente y con gran rapidez para sacar todas las cosas de aquí. Afuera hay huellas de un camión. Las estamos examinando.

Travis reparó en algo blanco que sobresalía de un canasto de basura. Se agachó y recogió una tarjeta de fichero, y la guardó en el bolsillo sin que el capitán lo advirtiera. Luego observó que en la pared, cerca de la cocina, había algunos signos escritos.

—¿Sabe qué significa esto, capitán?

—Cuestiones de radio, me parece. Hilos, circuitos, lámparas... Se ve que trataron de borrarlo. Como no resultaba fácil, arrancaron el empapelado de la pared y en algunas partes consiguieron eliminar el diseño. Esto nos demuestra que podría ser importante averiguar el significado de esos diagramas. Esta tarde vendrá a mirarlos una persona de la universidad.

El capitán volvió a entrar en la cocina y prosiguió:

—Sin duda estaban abocados a una actividad ilegal. Si no, no se comprende la prisa que tuvieron en huir.

—Pero, ¿qué tendría que ver aquella linda joven-cita con todo esto?

—Muy linda, Travis, pero peligrosa. Yo no confiaría en una muchacha así, cualquiera que fuere el motivo que haya tenido para desembarazarse del viejo.

Continuó mirando a Travis, como si estudiara sus expresiones. Luego dijo:

—Tengo algo más para mostrarle.

Lo condujo hacia la parte posterior de la cocina, donde se encontraba la puerta que llevaba al sótano. Bajaron las escaleras.

En el sótano el desorden era mucho más impresionante que en la planta baja. Desparramados por el suelo se veían fragmentos de cajas rotas y libros. Junto a la abertura de la salamandra se amontonaban

restos de cosas que habían sido rápidamente quemadas.

—¿Vio aquel rincón? —dijo el capitán Tomkins, señalando uno de los lugares más sucios y oscuros del sótano.

—Allí no hay nada —replicó Travis.

—Exactamente. Ahora no hay nada. ¿Sabe lo que había allí cuando llegamos esta mañana?

—¿Cómo diablos podría saberlo?

—Muy bien, no se impaciente. No es ése mi propósito..., aunque no sé por qué estoy perdiendo el tiempo contándole estas cosas.

—Prosiga. ¿Qué había allí?

—Un hombre muerto.

—¿Quién era?

—Un vagabundo. Se llamaba Chester Grimes. Lo tuvimos encerrado en varias oportunidades. Fue juzgado periódicamente por el tribunal de la policía y pasó uno o dos meses en la cárcel, por vagancia. Siempre estaba borracho. No podemos imaginarnos cómo vino a mezclarse con esta gente.

—Bastante raro, ¿verdad? Era de esos que están acostumbrados a dormir en la calle..., con excepción de su último sueño. Quizá los que vivían aquí no repararon en él y no tuvieron más remedio que dejarlo cuando empezaron la mudanza.

El capitán movió la cabeza.

—Usted no comprende. Posiblemente no me he expresado con claridad. Este individuo tenía la piel de un color gris oscuro; estaba volviéndose cada vez más negra. Estaba cubierto de manchas rojas y alrededor del cuello y en el pecho tenía grandes ampollas. ¿Le recuerda a alguien?

Travis respiró profundamente.

—¡Al otro!

—Exactamente. Chester Grimes. Domicilio desconocido. Hacía dos o tres meses que no lo veíamos. Sus impresiones digitales eran tan irreconocibles como las del viejo del hospital, a causa de cierto proceso que se produjo en su piel. No obstante, pudieron identificarlo. El sargento de la sección de identificación

tuvo que trabajar bastante. Este hombre y el viejo del hospital parecen haber servido como conejillos de Indias en algún terrible experimento. Al principio creí que eran ellos mismos los que estaban experimentando, pero, sin duda, este Grimes era un incapaz. Además, estaba siempre demasiado borracho. Recuerde que el viejo del hospital gritaba incesantemente y pedía que no volvieran a llevarlo allá.

—Podía haber estado mal de la cabeza.

Ambos se sobresaltaron al oír el ruido de vidrios rotos encima de sus cabezas. El capitán subió apresuradamente las escaleras. Travis iba detrás de él.

No encontraron a nadie arriba y tampoco vieron nada extraño, puesto que el piso ya estaba sembrado de vidrios rotos. Pero el capitán advirtió que los cristales de la ventana también se habían quebrado. Se acercó para observar mejor y en ese momento tuvo que arrojar al suelo, pues se desprendieron de la ventana nuevos fragmentos de vidrio.

Al mismo tiempo se escuchó un golpe seco en la pared y Travis, que también se había arrodillado, percibió un agujero redondo y negro en el empapelado de la pared.

—Viene de allí —dijo el capitán, señalando con la cabeza en dirección al depósito que quedaba junto al terreno baldío—. Vi que se asomaba una persona y hacía fuego. ¿Dónde diablos estará Mac?

Como respondiendo a su pregunta, se abrió la puerta posterior y apareció el ayudante con el revólver en la mano.

—Guarda ese condenado aparato y agáchate, Mac —dijo el capitán Tomkins—. Los disparos vienen del edificio de al lado. Vuelve al automóvil y comunícate con la jefatura. Yo saldré por adelante.

El capitán dejó la pipa y se arrastró por el piso hasta el vestíbulo. Travis lo seguía, y juntos se abrieron paso hacia la puerta de calle a través de los restos diseminados por el suelo. Salieron al exterior.

Travis estaba maravillado del temple del capitán de policía, quien, sin vacilar, sacó su revólver y se lanzó a correr por la vereda en dirección al otro edi-

ficio. A Travis no le agradaba la idea de convertirse en blanco de las balas, pero una vez que comenzó a correr detrás del capitán ya no se atrevió a detenerse.

Llegaron al edificio. Tenía un letrero que decía: "Morris N° 3". El capitán Tomkins intentó abrir la puerta, que se encontraba al nivel de la vereda. Estaba cerrada. Entonces rompió el vidrio de la ventana con la culata de un revólver, entró en la casa y abrió la puerta.

Pocos minutos después subían las escaleras.

—Los disparos provenían del primer piso —dijo el capitán, mientras subía de dos en dos los escalones.

Parecía indudable que arriba los esperaba alguien dispuesto a darles un golpe. El respeto que Travis sentía por el valor del capitán se acrecentó cuando vio que llegaba al final de la escalera, abría la puerta y se introducía por la misma.

Travis, como siempre, lo siguió. Encontró al capitán parado en el medio de una gran habitación. No había nadie allí. La ventana estaba abierta.

—No han dejado absolutamente nada —dijo el capitán, recorriendo el piso con la mirada.

Travis estaba mirando por la ventana cuando advirtió que por una de las ventanas de la casa que acababan de dejar salía un brillo rojizo. Un instante después se producía allí mismo una explosión, con desprendimiento de un humo muy denso. No tuvo ni tiempo de contar al capitán lo que había visto, pues en ese mismo momento aquél descubría también que el edificio comenzaba a incendiarse.

—¡Malditos! —murmuró el capitán—. Nos sacaron de en medio.

Ambos bajaron apresuradamente las escaleras y atravesaron el terreno baldío hasta llegar junto al automóvil policial.

—Ya he avisado a la jefatura —dijo Mac al capitán, mientras salía del coche—. Están en camino. Yo iba a ver qué hacían ustedes en esa otra casa, cuando oí la explosión. Entré en el automóvil y hablé por radio con Joe para decirle que llamara a los bomberos.

—Mejor sería que sacaras pronto este automóvil

de aquí —dijo el capitán Tomkins—. Vamos, Travis.

Subieron los tres al coche y retrocedieron hasta la avenida. Vieron entonces que comenzaban a llegar los bomberos y numerosos vehículos policiales.

—Jefatura llamando al coche número 22 —se oyó decir por el aparato de radio—. ¿Qué sucede allí?

—Yo contestaré —dijo el capitán Tomkins tomando el micrófono—. Habla Tomkins. El laboratorio donde encontramos a Grimes esta mañana está convertido en una gran hoguera. Hace un momento estábamos allí, pero salimos después de oír algunos disparos provenientes de un edificio vecino. Alguien debe de haberse introducido para provocar el fuego. No me explico cómo no lo vimos.

—Seguramente allí había algo que no querían que descubriéramos —dijo más tarde el capitán—. Bueno, Travis, creo que volveré a la oficina. ¿Usted va hacia el centro o prefiere quedarse a pescar algún trabajito de detective? Si son ésas sus ambiciones, puede ingresar por un año en la policía. Pero seguramente no podrá pasar el examen físico.

—Gracias por el cumplido, capitán. No; prefiero quedarme por aquí, si usted no se opone.

El capitán lo dejó bajar del automóvil e inmediatamente se pusieron en marcha. Travis se mezcló con la multitud que presenciaba el incendio frente al edificio. Era evidente que los bomberos no podrían evitar su destrucción. Muchos de ellos estaban ocupados en proteger con sus mangueras los terrenos y los edificios limítrofes. Ya se había desplomado el techo y las llamas devoraban la armazón de las paredes.

Si la casa ocultaba algún secreto, debería haberse desvanecido irremisiblemente. Travis advirtió que había varios fotografías en el lugar; dos de ellos eran del *Star*. Estaban tan ocupados que no lo vieron. Lo invadió un siniestro placer al reflexionar que era la primera vez, después de muchos años, que se hallaba frente a un suceso que no tendría que comentar. Consideró esta circunstancia como un buen augurio para su año de licencia.

Pero, en realidad, no era tarea fácil comenzar así su año. ¿Cómo podía andar vagando en torno de un misterio que tenía desconcertada a la policía misma?

Mientras miraba el incendio, recordaba la repulsión que le inspiraron siempre los entremetidos y los curiosos, atraídos morbosamente por sucesos sensacionales y sangrientos. Nunca pudo comprender cómo una persona en sus cabales podía abrirse paso entre una multitud para llegar junto a un muerto o a un moribundo. Sin duda estos acontecimientos actuaban como un imán. Atraían a ciertos individuos como si fueran moscas.

Esto no significaba que Travis no pudiera gozar con el espectáculo de un gran incendio. Era muy diferente. Una vez que el fuego ha comenzado, se inicia una especie de juego. Los bomberos juegan en el equipo opuesto al de las llamas. Por lo general, los bomberos vencen rápidamente, puesto que proceden con un equipo capaz de apagar científicamente el fuego. Pero en un caso como éste, una vez que el viejo edificio comenzó a quemarse, los bomberos sólo pudieron dedicarse a defender del incendio a los edificios vecinos. Además, parecía que alguien hubiera colocado una sustancia muy inflamable en su interior, a juzgar por la forma en que se quemaron las ventanas — con gran desprendimiento de humo y producción de llamas — en el momento en que Travis y el capitán se hallaban en el depósito.

Echó un vistazo a la multitud. Algunos estaban transfigurados, otros abrían la boca o miraban con fascinación... También había quienes permanecían impasibles.

Quizá el promotor del incendio se hallara mezclado con los observadores, pensó. Pero recordó que fue una mujer la que trató de matar al anciano (ahora habría que decir: al *primer* anciano). Tal vez ella provocó el incendio para ocultar... ¿Qué? ¿Un piso salpicado de escombros? ¿Un diagrama dibujado en la pared? ¿Una caja llena de libros de texto y unas marcas en el piso que delataban la presencia de una máquina?

Estos pensamientos le hicieron recordar la tarjeta

que había recogido en el canasto de la basura. La sacó para mirarla. Decía:

Turner Rosalee. Dep. 32. Avenida Prospect 1917
Normal N° R Serie N° 32 X 17 432
12-2-30 Local 18 Union City 13
Empleos Higgins Development Co.
232 Drexler Drive, U. C.

Se preguntaba si esa tarjeta pertenecería a aquella muchacha. Por el momento sólo era un trozo más del rompecabezas. Pero, al menos, era algo definido. Podría buscarla. O tal vez sería más conveniente romper la tarjeta y olvidar todo este asunto. Pero guardó la cartulina en el bolsillo.

El fuego comenzaba a disminuir por la acción de las mangueras a presión. Algunos, satisfechos por la victoria de los bomberos, se alejaban. Entre ellos iba Travis.

Mientras caminaba, trataba de reconstruir todo el asunto. Tenía que tomar una decisión. Si insistía en descubrir el misterio por sus propios medios, quizá iría a parar al departamento de policía. El capitán Tomkins ya le había insinuado que ellos no podían perder el tiempo con un periodista..., un periodista holgazán que quería entremeterse en el problema.

¿Qué papel desempeñaba Travis en el esquema de los acontecimientos? Fue una mera coincidencia que se encontrara en el hospital en el momento en que traían al anciano. Su curiosidad lo hizo seguir a la joven y descubrir el atentado. Si no la hubiera seguido, quizá ella habría realizado su tarea sin que nadie lo advirtiese.

Deseaba desesperadamente encontrarse a sí mismo durante ese año. Descubrir un misterio como ése no era encontrarse a sí mismo, pensó. Armar un rompecabezas no es enfrentar los problemas de la vida. Por el contrario: es una evasión. ¿Debía evadirse y dedicarse, pues, a resolver el misterio?

Caminaba meneando la cabeza. Al cruzar la calle, una mujer pasó a su lado; en su rostro se dibujó un

gesto de compasión. No — decidió —, no se mezclaría en ese asunto. Si hay gente que anda con jeringas llenas de estricnina y se ocupa de quemar edificios, peor para ellos; Travis quería desembarazarse de esa preocupación.

—Tal vez debiera irme de esta ciudad — pensó —. Hacia Chicago, Nueva York... O quizá extenderme sobre las playas de la Florida y tratar de organizar mi vida. Pero no puedo irme inmediatamente. Debo prestar declaración como testigo en el caso de la muerte del viejo.

Cuando llegó a su departamento, ya estaba decidido. Después del interrogatorio, podía quedar el capitán Tomkins a cargo del caso. En cuanto a él, pensaba retirarse..., aunque estuviese mezclada aquella linda muchacha.

Preparó un *brandy*, conectó el receptor en un programa de músicaailable, se acomodó en un sillón bien acolchado y acercó una silla para estirar los pies.

—Esto es vida — se dijo —. Seguiré así hasta hartarme, hasta que haya encontrado lo que quiero hacer. Nada de Cline, ni de editores. Ni pensar en Hal Cable... Pero Hal es un buen muchacho. Sin embargo, no tendría que acostumbrarme a salir constantemente con él y a andar trasnochando en su compañía. ¿Qué hará, entonces? Gibson Travis, su inseparable amigo, se va por un año. Sí, señor, durante un año no existirán Dutch McCoy ni el capitán Tomkins ni las innumerables personas que conozco, desde el alcalde para abajo.

Fue a la cocina y preparó otro *brandy*. Al volver a su habitación se detuvo para contemplar su figura en el gran espejo del guardarropa que se encontraba abierto de par en par.

—Mírate — se dijo, levantando la copa y bebiendo un trago.

Seis pies de estatura. Pelo negro. Las muchachas admiraban su pelo y él lo cuidaba bastante. Ojos negros...; no, no son realmente negros, sino que parecen serlo cuando se los mira desde lejos. Son una mezcla de marrón y azul oscuro, con algunas manchi-

tas negras. Buena contextura. Estaba orgulloso de su físico, que le había prestado tan buenos servicios durante la época de estudiante. Carreras, fútbol... No, no podía quejarse de su cuerpo — pensó —. Pero el cerebro... En su rostro se dibujó una sonrisita. Siguió caminando y se sentó nuevamente en el sillón.

Después de haber tomado unos pocos tragos se sentía magníficamente bien. Salió a pasear, y cuando volvió a su casa ya no recordaba a los dos viejos ni a la muchacha de la jeringa ni a la casa incendiada.

La campanilla del teléfono lo despertó de un hermoso sueño: hallábase gozando de las delicias del sol en una playa desierta. Pero estaba acostumbrado a esos despertares bruscos. Caminó hasta el teléfono.

—Hola.

—¿Travis? —preguntó una voz ronca.

—Sí.

—Habla Cline.

—Ya lo sé. Hace diez años que vengo escuchando tu voz. ¿Qué diablos quieres? ¿Acaso no pueden hacer el periódico si no estoy yo?

Sofocó un bostezo.

—Estamos trabajando mejor desde que te fuiste.

—Entonces, ¿por qué me molestan?

—La noticia eres tú, querido.

—¿Ah, sí? ¡Maldición!

—Escucha, Travis. Elmer Sedges irá a tu casa inmediatamente. Esperaba que contestaras el teléfono para salir volando. ¿Estás preparado para un reportaje, compañero?

—Te equivocas, Cline. Cuando Elmer llegue, yo me habré ido ya.

—Oye, Travis, por favor. Según Chief Riley, tú luchaste con una muchacha que intentaba matar al viejo en el hospital.

—No hago comentarios.

La voz de Cline parecía más nerviosa.

—Espera un minuto, Travis. Si la policía no tiene inconveniente en hablar, no veo por qué habrías de tenerlo tú. Sé razonable. Esta es la oportunidad que ne-

cesitabas para aparecer legítimamente en el periódico.

—No antes de que me saquen una fotografía.

—¿Quieres una fotografía? ¿Crees que bromeo?

—No, me imagino que no bromeas. Pero oye, Cline: he decidido no meterme en el asunto.

—Pero figuras en la lista de testigos de O'Brien.

—Me limitaré a prestar declaración. Luego pienso irme de aquí. Hace un minuto soñaba que estaba tirado en una playa, al sol.

—Seguramente, andas detrás de una dama. Te conozco bastante bien.

—Vete al diablo.

—No te ofendas... ¿Qué sabes de este asunto? Los muchachos que fueron allí me dijeron que tú estabas también. ¿Qué hacías, entonces?

Travis se preguntaba si la policía habría informado a Cline acerca de la relación que existía entre el incendio y el viejo del hospital.

—Fui porque me gusta seguir a los carros de bomberos —replicó Travis.

—Es imposible sacarte nada, ¿eh? Déjate de bromas. ¿Qué piensas de todo esto?

—¿Esperas que te dé mi opinión? Pierdes el tiempo.

—Muy bien, hombre inteligente. Quizá tú seas el próximo.

—¿Quizá yo sea el próximo? ¿Qué cosas dices! Aquel individuo podía ser mi padre.

—¿A quién te refieres?

—Al viejo del hospital.

—Bravo, Travis, suelta las noticias.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que aquel tipo era el primero.

—¡Ah! Entonces estabas enterado solamente del caso de Chester Grimes, ¿verdad?

—De Chester Grimes y de otros tres...

—Un minuto, Cline. Yo no sé nada acerca de esos tres.

—¿Cómo es posible? Entonces te pondré al tanto. Hay tres doctores que informaron sobre casos semejantes al del viejo y al de Grimes. Todos se quejaban de haber tenido fiebre y estados de inconsciencia. Pe-

ro eso no sería nada raro, ya que podría ser gripe o muchas otras cosas. Pero los médicos no pudieron dar un diagnóstico. Esta mañana llevaron a los tres al hospital. Allí son cuidadosamente observados.

—Creo que estamos tocando el fondo en este asunto, Cline. Si otras personas se enferman y los médicos no pueden encontrar el origen de la enfermedad, ¡ya está! Es el mismo mal que se manifestó por primera vez en el anciano.

—Espera; aún no he terminado. Después de efectuadas las autopsias de los cadáveres del viejo y de Chester Grimes, el departamento de Salud Pública ha intervenido en el asunto. Médicos expertos han examinado los restos, y varias universidades piensan enviar especialistas. El departamento de Salud Pública advirtió a los facultativos sobre la posibilidad de que se haya difundido en nuestro medio una nueva enfermedad, una especie de plaga... Una plaga negra.

—Por amor de Dios, Cline; yo...

—Tranquilízate y escucha: esas tres personas cuya piel estaba inflamada fueron llevadas al hospital... ¿Te he dicho ya algo sobre la piel? Bueno, prosigo. Los colocaron en un pabellón especial en el Union City Hospital, para evitar el contagio. Según los últimos informes de esta mañana, a pesar de los cuidados de los médicos y de las transfusiones, la piel de los tres ha adquirido un color levemente grisáceo.

Travis emitió un silbido de sorpresa.

—Acabas de decir "esta mañana". ¿Acaso ya es de día?

—¿Por qué no miras por la ventana?

—No alcanzo a verla desde aquí. Pasé una mala noche.

—Ya veo dónde vas a ir a parar con tu año de licencia. Bueno, para que lo sepas, ya son las diez de la mañana.

—Gracias. ¿Por qué no me das esos nombres? Los tres están en el hospital... Quizá conozca a alguno de ellos.

—No lo creo; espera un momento.

Se oyó un crujido. Luego Cline volvió para seguir hablando.

—Aquí están. Son Tony Sansona, calle Willard 1311; Jeb (Supongo que es Jebedías..., tenemos que verificar ese nombre) Tobías, avenida Ridgeway. 2112; y Matías Kronansky, calle Leland 711.

Travis anotó los nombres.

—Oye, Travis, no seas malo y quédate a esperar a Elmer.

—Que se vaya al diablo Elmer. Si es verdad que hay una plaga, éste es el mejor momento para irme de la ciudad.

—¡No te irás en un momento así!

—Quizá no lo haga, Cline. Pero no me culpes si no estoy aquí cuando llegue Elmer. Se me acaba de ocurrir algo. Tengo que trabajar...

—Cuéntame algo.

—Llamaré por teléfono si descubro algo interesante. Colgó el receptor.

Plaga. La muerte negra. Diablos, no puede ser — reflexionó Travis—. Esa era una enfermedad transmitida por las ratas en épocas pasadas, ¿verdad? Seguramente con las modernas cañerías, sistemas de cloacas y la higiene de la vida ciudadana... No; tenía que ser algo distinto. Quizás algo que se fabricaba en el edificio incendiado. Tal vez las personas que originaron la plaga, o lo que fuera, habían quemado el edificio pensando que de ese modo destruirían los gérmenes. ¡Pero era demasiado tarde! Ya la plaga se había extendido..., y un hombre llamado Gibson Travis y un oficial de policía, el capitán Tomkins, sin olvidar a Mac, el chofer y todos los que se acercaron al edificio, podían estar contaminados.

El pánico se apoderó de Travis. Tenía que cuidarse. ¡Diablos!, no estaba enfermo... todavía.

De pronto recordó su decisión de abandonar el esclarecimiento del misterio. Es curioso cómo las cosas adquieren diferente aspecto a la luz del día — meditó—. ¿Cómo había expresado Shakespeare este pensamiento?: "Así la firmeza de una resolución puede debilitarse con la pálida sombra de un pensamiento..."

Si era capaz de realizar algo útil durante su año de licencia — pensó —, debía dedicarse a esclarecer el caso del anciano del hospital, el de Chester Grimes y el de las tres personas que se hallaban enfermas.

—Lo primero que puedo hacer — decidió — es ir a la oficina de impuestos y averiguar un dato muy importante.

CAPITULO IV

La oficina de impuestos funcionaba en la planta baja de un edificio municipal, junto a los lavatorios públicos al final de una oscura galería, y sobre la puerta se leía: *Impuestos Municipales*.

Esta oficina estaba al tanto de todo lo que sucedía dentro de la ciudad. Detrás de esa puerta debían de haber tantos ficheros y archivos que bastarían para hacer una historia de la industria de los armarios ficheros. A medida que la ciudad crecía se agregaban nuevos archivos. Cuando Travis pasó al interior de la oficina encontró, efectivamente, toda clase de ficheros: los había antiguos, muy adornados, con letras redondeadas; también estaban representados los más modernos, de metal gris y manijas cromadas.

Hiram Peaslip, el tasador, tenía mucho en común con su oficina. Era una reliquia, pero una reliquia que vivía en el mundo contemporáneo. Hiram conocía la historia de la ciudad y la de una gran cantidad de personas que la habitaban. Precisamente por eso resultaba rarísimo que no tuviera el registro de la calle Winthrop N° 1722. Y más curioso todavía, que no supiera a quién pertenecía.

—¿Por qué no vuelve a revisar, señor Peaslip? — le urgió Travis —. Debe existir algún dato al respecto. Quizá el tesorero conserve algún recibo.

El señor Peaslip movió la cabeza.

—El señor Adams ordena alfabéticamente todos los recibos. Debe creerme, señor Travis. No está aquí.

Peaslip tosió... con cierta nerviosidad, pensó Travis.

—Yo nunca trabajé con un sistema de fichero como éste — dijo Travis —. ¿Por qué no me deja probar? Quizá encuentre lo que busco.

—No puedo permitírselo, señor Travis — dijo Peaslip retorciéndose las manos —. Sencillamente, es imposible.

—Usted olvida, señor Peaslip, que los libros de tasación municipal son de propiedad pública. No puede ignorarlo.

Travis hizo un movimiento como para dirigirse a los archivos, que se hallaban un poco más allá, detrás de una puerta giratoria.

Peaslip se interpuso.

—No puede entrar. ¿Quiere ocasionarnos dificultades? Quédese donde está, hasta que yo pregunte al alcalde si...

—Suba a buscar al alcalde, y cuando usted haya ido estoy seguro de que encontraré lo que busco.

—Entonces lo llamaré desde aquí.

—Usted está interfiriendo mis derechos de ciudadano — dijo Travis —. Me quejaré al fiscal.

Los acuosos ojos de Peaslip se extraviaron y su rostro empalideció. Se restregaba las manos con mayor nerviosidad que al principio.

—Por favor, señor Travis. No complique así las cosas. Por favor, váyase.

—Mire, Hiram, yo no quiero causarle dificultades. Sólo necesito saber quién es el dueño de la casa de la calle Winthrop N° 1722.

Peaslip se mordía los labios. Miraba a Travis con desconfianza.

—Muy bien — masculló —. Yo..., yo se lo diré, pero prométame que no se lo contará a nadie. Es..., ese lugar..., era propiedad..., se quemó, ¿sabe?, ayer, era...

—Veamos eso, señor Peaslip. No tengo tiempo que perder.

El tasador municipal se pasó la lengua por los labios.

—No tendría que decírselo. Esa casa pertenece al señor McCoy.

—¡Dutch McCoy!

El tasador asintió.

—Un millón de gracias, señor Peaslip —dijo Travis—. No se preocupe. Quédese tranquilo, pues no le ocasionaré dificultades. ¿Puedo usar su teléfono? Debo hacer una llamada, pero no tiene nada que ver con Dutch McCoy. ¿Tiene un plano de la ciudad?

Peaslip le extendió, con manos temblorosas, un plano de la ciudad. Travis buscó las tres direcciones: Willard 1311, avenida Ridgeway 2112 y Leland 711. Gruñó desilusionado al comprobar que esas direcciones, con excepción de la avenida Ridgeway, se hallaban a varias cuadras de distancia de la calle Winthrop 1722.

Levantó el auricular y marcó el número del *Star*. Pidió que lo comunicaran con la sección fotografía.

—¿Hal?

—¡Hola! ¡El hijo pródigo!

—No tan pronto, Hal. Mira, tengo un trabajo en el que necesito tu colaboración.

—¿Quieres que te preste dinero?

—Nada de eso. Hablo en serio.

—Bueno, bueno. Te escucho.

Travis le explicó que, a pesar de que había decidido abandonar la investigación del misterio del anciano, los tres nuevos casos lo habían hecho cambiar de idea.

—¿Para quién trabajas? Diablos, Trav no es de los que trabajan por nada. Siempre has pensado en ti mismo.

—¿Lo crees? Bueno, quizás haya cambiado. Quizá me hayan hecho cambiar un viejo negro y agonizante y un vagabundo, y ahora otras tres personas que se encuentran en la misma situación.

—Oí decir que también estaba complicada una linda muchacha. ¿Qué suerte tienes! Me contaron que tuviste que luchar con ella. ¿Aprendiste alguna toma nueva?

—Siempre tan chistoso. ¿Quieres ayudarme o no?

—Bueno, bueno. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Puedes salir esta tarde?

—Creo que sí.

—Te convidaré con todas las copas que quieras si vas a ver a alguno de la familia de Tony Sansona en la calle Willard 1311. ¿Me comprendes? Y también a lo de Matías Kronansky, que vive en Leland 711. Del otro individuo me ocuparé yo mismo.

—Estos son los tipos que están en el Union Hospital. Tienen..., no sé lo que es.

—Y se me acaba de ocurrir algo más, Hal... ¡Son todos hombres!

—¿Bromeas? No sé qué esperabas. ¿Una rubia?

—No..., fue una ocurrencia, nada más.

—¿Qué es lo que tengo que buscar, Trav?

—Ya iba a decírtelo. Quiero saber si Sansona o Kronansky han andado cerca de la calle Winthrop 1722. Debes saber..., el laboratorio que se incendió.

—Lo leí esta mañana en el periódico. También vi que te nombraban.

—No tuve tiempo de leerlo.

—¿Cuándo y dónde puedo llamarte por teléfono? Tal vez debiéramos citarnos; así podré cobrarme las copas que me ofreces.

—Escucha. ¿Recuerdas aquella taberna que queda en la calle Empire? Se llama *El muchacho risueño*.

—¿Esa porquería?

—Queda cerca del lugar donde vamos a estar.

—Allí la mejor bebida cuesta una bicoca.

—Entonces te convidaré con dos vueltas. Encontrémonos allí, por ejemplo a las cinco de la tarde. ¿Qué te parece?

—Bueno, bueno... Hasta luego.

Travis se despidió de Hiram Peaslip, que había estado escuchando atentamente la conversación. Sólo obtuvo una especie de gruñido como respuesta. Salió de la oficina.

En el quiosco de la esquina compró un ejemplar del *Star*. Allí leyó el relato de las dos misteriosas muertes y de su encuentro con una hermosa rubia que se proponía despenar a un anciano. En cambio, no se ci-

taban los tres nuevos casos. Se encaminó hacia la oficina de Dutch McCoy.

El conocido aventurero dirigía sus negocios desde una modesta oficina del centro... Al menos para el visitante común tenía ese aspecto de modestia. Pero Travis conocía bien sus micrófonos, sus lugares ocultos que servían para espiar a los clientes, y las puertas a prueba de balas.

No tuvo inconvenientes para llegar, en un tiempo record, hasta el escritorio de Dutch.

—¡Phillip Gibbs! —gruñó Dutch desde atrás de su escritorio, extendiéndole una mano pequeña y gorda.

—Aquí llegó el que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo cuenta. Siéntese. Sírvese un cigarro.

—No, gracias.

Travis se sentó.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi amigo?

—Se lo explicaré en pocas palabras y de la mejor forma posible, Dutch. ¿Qué puede decirme del edificio que se incendió ayer en la calle Winthrop 1722?

Dutch no pareció sorprenderse por la pregunta.

—¿Qué puedo decirle? —preguntó con calma.

—¿Era suyo el laboratorio que se quemó?

—Qué gracioso... La policía me hizo la misma pregunta esta mañana. Le diré lo que les contesté a ellos. No, no era mío ese laboratorio.

—¿De quién era, entonces?

Dutch movió la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—Pero era usted el dueño de la casa.

—Está hablando como un policía. Por supuesto, yo la alquilaba... Ellos también me preguntaron a quién se la alquilaba, y les contesté que eso era asunto mío.

—¿A quién alquilaba la casa?

—Usted sabe, Travis, que yo lo aprecio.

Dutch encendió un cigarro y prosiguió.

—¿Y sabe algo más? Yo le diré: *no sé nada más*.

Travis se levantó.

—¡Eso no es una respuesta!

—No estoy acostumbrado a que me hablen de esta manera.

El tono de Dutch se volvió cortante. Travis tomó la palabra.

—Si hay alguien en esta ciudad que sabe todo lo que pasa, es usted. ¿Cómo va a hacerme creer que no conoce a la persona a quien le alquilaba su propia casa?

—Muy bien, Travis —dijo Dutch, volcando la ceniza de su cigarro en un cenicero—. Sucedió lo siguiente: recibo una llamada telefónica. Es una mujer. Está enterada de que yo tengo esa casa desocupada. Me pregunta si quiero alquilarla. Yo le contesto: "De acuerdo." Ella pregunta: "¿Cuánto?" Como no me agrada el timbre de su voz, le respondo: "Mil dólares por mes." La dama agrega: "Mañana recibirá seis mil dólares por correo. Nos mudaremos la próxima semana." Yo le digo: "Trato hecho." Al día siguiente recibo la cantidad estipulada en billetes de cien dólares. ¿Qué diablos me importa todo lo demás? Nunca fui a ver la casa desde entonces.

—Gracias, Dutch —dijo Travis—. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

Dutch pensó unos instantes.

—Fue hace seis meses.

—Gracias nuevamente, Dutch.

—¿Me cree? —preguntó Dutch, mirándolo con llaneza.

Travis no podía saber si le había dicho la verdad o no. Pero se sintió predispuesto a contestarle.

—Sí, le creo.

—Usted es un buen chico. Me inspira simpatía.

Travis estaba acostumbrado a manejar uno de los automóviles del *Star*; ahora se veía obligado a elegir entre un taxi y un ómnibus. Como tenía interés en economizar, tomó un ómnibus que lo llevó hasta el otro extremo de la ciudad, como el día anterior. Buscaba la casa de Jeb Tobías; estaba situada en la avenida Ridgeway 2112, la misma avenida que visitara veinticuatro horas antes. Comprobó que se hallaba a pocas cuadras del almacén donde vivía la pequeña Lila.

La casa de Tobías era modesta. La pintura fresca de las ventanas relucientes denotaba un gran cuida-

do del hogar. El senderito de césped parecía haber sido cortado pocos días antes, y junto a la calle se extendían una empalizada baja y un cerco de arbustos recién podados.

Salió la señora de Tobías a atender la puerta. Sus ojos azules estaban velados por las lágrimas y tenía en desorden sus cabellos semicanosos.

Travis se presentó, y, a pesar de que ella denotaba muy pocos deseos de entablar una conversación, lo hizo pasar.

—Ni siquiera me dejan verlo —se quejó—. Jeb está completamente solo en el hospital. Es la primera vez en veinte años que nos separamos. Envié a los chicos a casa de mi hermana con la esperanza de que me permitieran traerlo aquí. Le juro que yo podría atenderlo tan bien como ellos.

Travis tuvo especial cuidado en no referirse al tipo de dolencia que aquejaba al marido de esa mujer. En cambio, le preguntó si él había estado alguna vez cerca de la calle Winthrop 1722.

—¿Calle Winthrop? —preguntó, arrugando la frente—. ¿Por qué? Queda a una cuadra de aquí... ¿Qué dirección dijo?

—Quizá este dato le ayude a recordar. Se encuentra junto a una especie de depósito, en cuya fachada dice: "Morris número seis".

—¿"Morris número seis"? ¡Allí trabaja mi marido! Día por medio va a la fábrica que queda al frente y los otros días debe ir al depósito. En la fábrica trabaja como obrero, pero en el depósito es una especie de capataz de los hombres que trabajan allí... En realidad, no sé exactamente qué hace en ese depósito.

—¿Está enterada si su esposo ha visitado alguna vez la casa que queda junto al terreno baldío, en la calle Winthrop 1722? Da precisamente al oeste del depósito.

La señora de Tobías sacudió la cabeza.

—Jeb es un hombre muy correcto. Se preocupa por su trabajo y no le gusta salir a chismorrear. No, nunca lo he visto salir para nada del depósito. El señor

Sargent, su patrón, dice que él es uno de los obreros más leales que tiene en la fábrica...

La mujer continuó hablando acerca de su marido, y por amabilidad, ya que parecía haber olvidado por un momento la enfermedad de éste, Travis la escuchaba atentamente. Cuando terminó, le agradeció y se despidió.

Eran cerca de las cinco de la tarde, hora de su cita con Hal Cable. Como la taberna quedaba cerca de allí, decidió ir caminando.

Los hechos parecían haberse aclarado bastante. Muere un anciano. Luego muere un vagabundo. Ambos estuvieron en la casa de la calle Winthrop. Más tarde enferman otros tres. Uno de ellos trabajaba cerca de allí. ¿Había visitado éste la casa vecina al depósito? No parecía probable que los gérmenes hubieran salido del laboratorio y llegado hasta el depósito enfermando a uno de los obreros.

Si los gérmenes —si es que realmente eran *gérmenes*— podían expandirse hasta una distancia semejante, con toda seguridad Travis, el capitán Tomkins y otra media docena de personas enfermarían de un momento a otro. Los microbios necesitaban un período de incubación. Cinco días. Seis días. Catorce días. Sólo había un fragmento del rompecabezas, que aún no estaba ubicado. Era la muchacha rubia. Si el viejo estaba destinado a morir, ¿qué interés tenía ella en apresurar su deceso? Si le preocupaba tanto matar a aquel anciano, ¿por qué no mató a Tobías, a Sansón y a Kronansky? Quizá en este momento se hallaba recorriendo el pabellón donde se encontraban esos hombres. Pero así se exponía al contagio... O quizá ya había tenido esa enfermedad, o tal vez yacía muerta en algún diván ignorado.

Se estremeció al imaginar esos hermosos ojos cerrados por la muerte, las bonitas piernas ennegrecidas, el cuello blanco y suave teñido de gris y con manchas purpúreas. Entró en la taberna.

Buscó a Hal, pero no lo vio. Como faltaban aún cinco minutos para las cinco, decidió telefonear amisto-

samente al capitán Tomkins, que debía hallarse todavía en su oficina. Levantó el receptor.

—Sigue en eso, ¿eh? —dijo el capitán.

—Me sentí interesado en ciertos aspectos del caso, capitán.

—¿Una linda rubia de veintidós años, aproximadamente?

—Se me ocurrió que podría prestar algún servicio. Espero no interferir en sus investigaciones.

—No se preocupe por eso. Si llega a molestarnos lo eliminaremos a tiempo. Abundan los cronistas. ¿En qué piensa ahora?

—Quisiera saber si lograron identificar al viejo.

—Se lo digo por tratarse de usted. En Washington no figuran sus datos. ¿Recuerda las impresiones digitales que tomaron en la casa de la calle Winthrop, que aparecían en la superficie de las probetas y de los objetos metálicos? Tampoco se ha podido determinar a quién pertenecen. Por lo visto, estos criminales no son conocidos. Chief Riley y yo conversamos con los hombres que quedaron allí para vigilar. Suponemos que el lugar era una especie de central manufacturera de algún producto desconocido. Nos dijeron que la máquina debía servir para soldar, y que entre los desperdicios que estaban diseminados por el suelo encontraron filamentos de acero, como si hubieran cortado allí láminas metálicas. Y luego, el caso del vagabundo. Seguimos la pista de Grimes desde que dejó la penitenciaría del Estado hasta hace dos meses, cuando desapareció de la ciudad. La autopsia reveló las mismas causas que provocaron la muerte del viejo. Los médicos hasta ahora no saben qué pensar.

—He oído decir que van a venir algunos médicos del gobierno, capitán.

—Sí, los del departamento de Salud Pública. Salieron esta tarde en avión. ¿Quiere saber algo más?

—He estado haciendo algunas exploraciones. Me enteré de que Jeb Tobías, uno de los internados, trabajaba en el depósito de donde salieron los disparos.

—No habíamos pensado en eso. Muchas gracias.

—También descubrí que Dutch McCoy es el dueño de la casa incendiada.

—Ya lo comprobé yo mismo esta mañana. Como de costumbre, Dutch no quiso decir una palabra.

—Lo llamaré si consigo más datos.

—Si se siente enfermo, avíseme. Recuerde que también nosotros estuvimos en esa casa, Travis.

—¡Ah, sí! ¿Cómo se encuentra?

—Hasta ahora muy bien. Pero hay una media docena de personas que no se sienten tan bien.

—¿Media docena de personas? ¿Qué significa esto, capitán?

—¿No se ha enterado? Esta tarde se produjeron seis nuevos casos. Ahora hay nueve en el hospital.

Travis sintió náuseas.

—Gracias, capitán —dijo—. Gracias por el dato. Hasta luego.

Hal Cable entró en la taberna poco después de las cinco, y se dirigió hacia la casilla telefónica donde se encontraba Travis.

—¡Ah, me diste un trabajo difícil! —dijo, resoplando y enjugando con el pañuelo su frente transpirada—. Ya veo por qué no te ocupaste tú mismo de esto. ¡Uf, qué calor!

Hal se sacó el sombrero y lo colocó encima de una silla.

—Y bien, ¿qué descubriste?

Hal levantó la mano en señal de protesta.

—Espera un minuto. ¿Dónde está el trago que me prometiste?

—Primero habla.

—Diablos, ya te contaré. Bebamos antes.

—¿Eres alcoholista?

—No he tomado nada todavía.

—Entonces, de acuerdo.

Travis pidió un whisky y un *ginger ale*.

—Veamos ahora.

—Bueno, primero fui a la casa de Sansona, en la calle Willard. La señora de Sansona estaba muy nerviosa a causa de que no le permitían ni siquiera ver a

su marido. ¡Tendrías que haber oído lo que decía de la gente del hospital!

—No te mandé para escuchar...

—Bueno, bueno. Ya oirás lo que deseas. Parece que Tony, su marido, trabaja para la compañía industrial Morris. Su trabajo consiste en ayudar a un operario en un depósito que queda justo al lado de la dirección de la calle Winthrop que tú me diste.

—Tal como pensaba. Seguramente trabaja para Jeb Tobías. Este es capataz o algo parecido en el depósito, donde va día por medio. Es uno de los que se hallan internados en el hospital.

—En cuanto a Kronansky, el de la calle Leland... Casi me resultaba imposible comprender lo que decía la mujer. Es polaca y, según me pareció, hablaba bastante acerca del hospital. También dijo que no le permitieron entrar a ver a su marido.

Hal Cable vació la copa y prosiguió:

—Parece que Kronansky se fue de la casa hace algunos días, y vivía con su hija en la calle Archer número 1718. ¿Sabes dónde queda?

—No. ¿Estaba relacionado de algún modo con el depósito?

—En absoluto. Vivía con su hija..., a costa de ella, me parece. No trabajaba.

—¿Cómo se contagió, entonces?

—Iba a decírtelo. La calle Archer queda al norte de la calle Winthrop.

—¡Comprendo!

—Muy bien. ¿Qué tal si tomamos otro traguito?

Bebieron otra copa.

—¿Qué deduces de todo esto, Hal?

—Que los tres hombres deben haber entrado en la casa de la calle Winthrop...

—Pero, ¿para qué? Hay algunas novedades. Se conocen seis nuevos casos. Los llevaron esta tarde al hospital. Me lo acaba de decir el capitán Tomkins.

—Cuando venía para aquí, pasaba una ambulancia a toda velocidad. Quizá se haya producido otro caso más.

—Malo, malo, Hal —dijo Travis, mirando sombríamente el fondo de su copa.

—Está ocurriendo algo incomprensible. Dutch McCoy (esto es estrictamente confidencial) me dijo hoy que una mujer, a quien nunca vio, le alquiló la casa por seis meses a razón de mil dólares mensuales, y que le pagó adelantado con billetes de cien dólares.

—Veamos: ¿por qué esa mujer alquiló una casa semejante por tanto dinero? Sólo se me ocurre una cosa, pero no había razones para incendiarla.

—No; hay que profundizar más todavía. Ya tenemos los datos; sólo hay que compaginarlos. ¿Cómo hiciste para tener la tarde libre?

—Dejé a Hayden en mi lugar. Tengo todo el tiempo libre. ¿Vamos a comer?

—Pero no aquí.

—Claro que no. Vamos al *Manor*.

Travis aceptó. Tomaron una copa más y salieron de *El muchacho risueño*. Eran las seis de la tarde y el tránsito había disminuido.

—Dejé el automóvil en la esquina —dijo Hal—. No conseguía lugar para estacionarlo. ¿Quieres esperar aquí?

—Por supuesto. Me gusta que me sirvan bien.

—¿Ajá? Entonces, nada. Vamos...

Caminaron juntos hasta la esquina, pasaron junto a una sastrería, a una peluquería y a un pequeño restaurante repleto de gente.

Al llegar a la esquina, una muchacha rubia les cortó el paso. Era algo más baja que Travis. Una joven muy hermosa con las piernas más lindas del mundo. Era aquella muchacha que tenía tan buen aspecto de frente como de espaldas. Sólo había dos cosas desagradables en ella en ese momento. La primera: sus ojos expresaban odio. La segunda: llevaba un revólver en la mano.

La muchacha, Travis y Hal Cable parecían paralizados, como si estuvieran dentro de un cuadro. Luego la escena se animó; ella dobló y luego corrió por la calle en dirección a la avenida. Travis y Hal la persiguieron.

Cuando la alcanzaron, la muchacha comenzó a girar en torno de ambos hombres, empuñando el arma.

—La usaré —dijo con firmeza—. La usaré si se acercan. Ahora, es mejor que se den vuelta y caminen.

Los jóvenes no quisieron poner a prueba los nervios del dedo índice de la rubia, y obedecieron. Después de caminar unos pocos pasos Travis se dio vuelta, pero no vio a la muchacha. El y Hal se lanzaron nuevamente en su persecución. La joven corría por la avenida, con el revólver en la mano. Cuando se volvió y comprobó que ellos la seguían, disparó un tiro en esa dirección. Pasó rozándose las cabezas. Travis y Hal se agacharon para ocultarse.

—¡Era la rubia! —dijo Travis.

—Muy lindas compañías tienes —comentó Hal, respirando con dificultad.

—Sí... Este asunto se está volviendo cada vez más raro. ¿Por qué quiere matarme?

—Pero no lo hizo.

—Entonces, ¿por qué simuló toda esta escena?

—Para asustarte, probablemente. Escucha; desde que salí del ejército no hice tanto ejercicio como hoy.

Hal seguía agitado.

—Vamos al *Manor*.

—Sigo pensando que es una linda chica.

—Sí. Sí. Especialmente para tomarla por esposa. Nunca sabrías cuándo va a jugarte una mala pasada.

—Debe suceder algo raro. No es un tipo de muchacha para andar con un arma en la mano.

—Sin duda no eres tú el tipo de hombre sobre quien piensa descargarla.

—Quisiera estar convencido de ello.

—Escucha —dijo Hal Cable, mientras comía un pedazo de bistec, moviendo el tenedor en el aire—: aquella muchacha no tenía intenciones de matarte. Es parte del juego. Para que te enteres de que es mejor no mezclarse en este asunto.

Terminó de masticar lo que tenía en la boca y cortó otro trozo de carne.

—¿Quién será el que tiene interés en que yo me aparte? —preguntó Travis.

—Posiblemente Dutch McCoy. ¿Acaso no descubriste que es el dueño de la casa? Te engañó con el cuento de la dama que quería alquilársela. Debe estar metido en algo y tú te inmiscuyes demasiado. Eso es todo.

—Dutch no se ocuparía de montar un laboratorio. El usa los números, la política, los dados... Son medios más simples y más efectivos.

Está bien, está bien... —Hall cortó un trozo de carne—. Como quieras.

Comieron en silencio durante algunos minutos. Cuando terminaron la carne, pidieron un postre y luego café. Después Travis encendió un cigarrillo. Hal fumaba cigarros.

—Conoces todos los hechos y sigues pensando que el culpable es Dutch McCoy —dijo Travis—. No niego que tengas derecho a expresar tu opinión. Pero me parece raro que Dutch, que tiene otras cosas que hacer, se ocupe de poner un laboratorio.

—No comprendo por qué no dejas este asunto —dijo Hal secamente—. Querías tomarte un largo descanso, ¿verdad? Por cierto lo tendrás si vuelve a aparecer esa chica. Tratar de aclarar esto, es como irse encima de un automóvil en marcha. Sería mucho mejor para ti si volvieras a trabajar para Cline y te limitarás a seguir la evolución de este enigma a través de la policía.

—No, Hal. Siento algo muy especial. Este caso es

un verdadero estímulo para mí y quiero seguirlo hasta el final.

—Tu final, querrás decir. Estuviste en aquella casa. Podrías tener la plaga encima. Si hay nueve enfermos, tú podrías ser el próximo.

Travis sonrió.

—Y quizá también tú te expones en este mismo momento, al estar tan cerca de mí.

Hal echó una nube de humo por la boca.

—Tienes sentido del humor.

—Mira, Hal —dijo Travis seriamente—. Hemos hablado con las esposas de los tres hombres que internaron primero en el hospital. No pudimos enterarnos de si ellos entraron en la casa de la calle Winthrop. Pero ahora podremos descubrirlo...

—¿Podremos descubrirlo! —dijo Hal enardecido. —¿Desde cuándo tengo algo que ver yo en esta investigación? La ayuda de esta tarde fue un favor especial. Tengo un empleo, ¿recuerdas?

—Bueno, querido. Hablaré en primera persona. Si pudiera conversar con los hombres que están en el hospital, conseguiría datos primordiales. Es muy importante saber si entraron en la casa o no. Si entraron, deben saber qué había en su interior y a qué se dedicaban sus ocupantes.

—¿Y si no estuvieron allí?

—Deben de haber entrado. No es posible que los microbios se hayan expandido por todo el barrio. No; deben de haber estado en la casa en algún momento...

—Entonces, piensas visitar a esos individuos. ¿Y qué me dices de la muchacha? ¿No estás dispuesto a informar que la misma chica que trató de matar al viejo te apuntó con un revólver?

—¿Y si lo ocultase? ¿Sabes lo que diría, si no, el capitán Tomkins?

—Claro que sí. Diría que fue una lástima que no descargara el arma sobre ti.

—O algo parecido. No contaré nada de lo sucedido con la muchacha. Quizá vuelva a encontrarla algún día. Tal vez entonces haya cambiado...

Hal se sacó el cigarro de la boca y miró significativamente a su amigo.

—¿Sabes en qué pienso? Pienso que te gustaría volver a encontrarla. Que sientes atracción por ella, que...

—No lo digas, Hal. Posiblemente, dijeras lo que dijeras, te equivocarías.

Más tarde, Hal estacionaba el automóvil en la parte posterior del Union City Hospital.

—Sigo pensando que tu idea no es tan buena —dijo—. Ya estuviste una vez expuesto a los gérmenes cuando fuiste a la casa. Ahora quieres volver a estarlo.

—Necesito saber tres cosas —contestó Travis, abriendo la puerta del automóvil—. Primera: ¿estuvieron en la casa? Segunda: ¿por qué? Tercera: ¿qué vieron?

—Adelante, entonces. Puedes seguir mezclándote con toda esa gente contaminada. En cuanto a mí, sólo tengo que llevarte hasta tu casa.

—¿No piensas entrar?

Hal movió la cabeza.

—Tengo que terminar mi cigarro. Tengo para una media hora, más o menos.

Travis atravesó la puerta de entrada para las ambulancias. Allí se encontró con un agente de policía a quien no conocía.

—¿Qué pasa? —preguntó Travis.

—Hay algunos enfermos de importancia aquí. ¿Qué desea?

—Tengo que ver al doctor Collins.

El policía descolgó un teléfono.

—Aquí hay alguien que quiere ver al doctor Collins —dijo. Luego, volviéndose a Travis, le preguntó—: ¿Su nombre?

—¿Es necesario que lo diga?

—Usted quiere verlo, ¿verdad?

—Gibson Travis.

El policía pasó el dato. Se oía el zumbido de una voz por el aparato, pero Travis no podía entender lo que decía.

—Sí, señor — dijo el policía, dejando el teléfono en su sitio —. Tiene que ir a la habitación diez.

—¿Encontraré allí al doctor Collins?

—Por favor, no pregunte tanto y vaya a la pieza diez.

—¿Por qué no me contesta? ¿De qué se trata?

—La habitación diez está en el primer piso a la izquierda.

Travis subió las escaleras. Después de pasar por una puerta giratoria de vidrio, se encontró con otro agente de policía.

—Pero dígame, ¿qué es esto? ¿Un hospital o una prisión?

—¿Adónde va?

—Su compañero me dijo que fuera a la habitación diez.

—¿Diez? No puede entrar allí.

—Gracias.

Travis comenzó a caminar por el pasillo.

—¡Espere! ¿Adónde va?

Travis se detuvo.

—Trato de salir por el corredor principal. Me acabo de dar cuenta de que no es hora de visitas.

—Quizá sea mejor que vayamos a la pieza diez.

—Bueno, si piensa que es conveniente, acompáñeme. Pero creo que puedo encontrarla solo. No soy ciego ni estoy imposibilitado...

—De todos modos, quiero ver si entra allí.

El policía lo acompañó por el pasillo. Atravesaron una puerta que daba a una especie de vestíbulo. Travis golpeó en una puerta interior.

Un hombre corpulento, de cejas espesas y cabeza calva abrió la puerta.

—¿Sí?

—¿Esperaban a este hombre, señor?

—Oh, sí. ¿Usted es Gibson Travis?

Travis asintió.

—Entre, entonces.

Travis pasó a una habitación llena de humo de cigarrillo. Media docena de hombres dejaron de conversar cuando él entró. Luego se sentaron y le dirigieron

miradas interrogantes. El doctor Collins no estaba allí.

—Creo que me he equivocado — se disculpó Travis —. Yo buscaba al doctor Collins. No quiero interrumpir la reunión.

—Siéntese, Travis — dijo el hombre de cejas espesas —. Yo soy el doctor Stone, médico interno del hospital. El doctor Collins está arriba, muy ocupado.

Tomó a Travis del brazo y lo hizo sentar.

—Este es el señor Travis, caballeros. Señor Travis, le presento al doctor Seabright, al doctor Shearing, al doctor Witkowski, al doctor Wilhelm y al doctor Leaf. El doctor Seabright es del departamento de Salud Pública, los doctores Shearing y Witkowski son miembros del cuerpo médico de este hospital y los doctores Wilhelm y Leaf pertenecen al departamento Nacional de Salud Pública.

Travis saludó a cada uno de ellos. Ninguno le pareció especialmente simpático, salvo el doctor Leaf, quizá; en su rostro se dibujaba una leve sonrisa. A Travis le disgustaron los ojos oscuros y brillantes del doctor Wilhelm; tampoco le agradaban su ceño fruncido ni la expresión de su boca. Este fue el que habló primero.

—¿Así que usted vio a la joven? — dijo —. ¿Qué papel desempeña ella en este asunto?

—No comprendo...

—Vamos, señor Travis. Hemos estado buscándolo toda la tarde. El capitán Tomkins dijo que usted la vio. ¿Qué aspecto tiene?... Bah, no importa; en realidad sólo queremos saber qué datos tiene usted de ella.

—No sé absolutamente nada.

—Entonces, ¿qué opina sobre el dibujo?

—¿Qué dibujo?

—El que encontraron en la casa de la calle Winthrop — gruñó —. ¿Se da cuenta, joven, de que estamos frente a una epidemia? El capitán Tomkins nos dijo que usted estaba con él en la casa en el momento en que estalló el incendio. También dijo que usted le indicó el diagrama. Y ahora no sabe de qué le estoy hablando. ¡Creo que nos está mintiendo!

Travis se levantó.

—Está mezclando las cosas, doctor Wilhelm. No tengo por qué contestar a sus preguntas. No esperaba que un representante del departamento Nacional de Salud Pública...

—El tiene razón, doctor —dijo el doctor Leaf—. Todos nosotros estamos demasiado nerviosos. Hemos trabajado tanto en este asunto...

—Señor Travis —dijo el doctor Wilhelm aproximándose—. ¿Ha observado el diagrama dibujado sobre la pared de aquella casa?

—Ahora que me habla de otra manera, le contestaré. Sí, señor.

—Temo que no pueda explicarnos nada acerca de su significado.

—No; lo siento. Conozco poco de electricidad...

—Tampoco saben electricidad el capitán Tomkins ni los otros que estuvieron ayer en la casa, antes de que se quemara. Nadie tiene ojos, nadie tiene memoria...

—Lo siento. Yo no me recibí en física nuclear, doctor Wilhelm —replicó Travis.

—¿Por qué dice eso?

—No sé qué pretende usted de mí —contestó Travis—. Sólo he venido aquí a ver al doctor Collins.

—No estoy convencido de su ignorancia sobre esta cuestión —dijo el doctor Wilhelm—. ¿Para qué quiere ver al doctor Collins?

—Bueno, ya que es necesario, le diré que deseaba conversar con algunos pacientes.

—¿Sólo por curiosidad?

—No. Necesito saber si alguno de ellos estuvo en la casa de la calle Winthrop.

El doctor Leaf se acercó:

—Creo que puedo contestarle esa pregunta. Hemos interrogado a los doce enfermos..., a los que todavía pueden responder. Ninguno ha entrado en la casa.

—¿Así que ahora hay doce casos? Entonces, ¿cómo explica usted...?

—Venga y le mostraré algo —dijo el doctor Leaf

dirigiéndose a la puerta—. Volveré en seguida, caballeros.

El y Travis salieron de la habitación.

—No se ofenda por la actitud del doctor Wilhelm, señor Travis —dijo Leaf mientras caminaban por el pasillo—. El es el responsable de este asunto y debe informar al gobierno. Allí no aceptan informes negativos.

—Supongo que tendrá muchas preocupaciones.

—Si se tratara de algo sencillo como un virus... Los virus son partículas de materia formadas por una parte inerte y una parte con vida; demasiado pequeños para ser vistos con los microscopios comunes, son capaces de atravesar los filtros más delicados. Están constituidos por diminutas moléculas de proteínas —el compuesto más delicado que existe en la naturaleza— y un ácido nucleico. Si estos virus atacan al mismo tiempo todas las células del cuerpo humano —como parece ocurrir en estos casos—, podrían consumirlas y reproducirse al mismo tiempo. Cada uno de los pacientes que tenemos arriba sería un campo excelente para alimentar a billones de virus. Estos virus no poseen sistema respiratorio ni circulatorio. No responden a los estímulos.

"Es ridículo que le hable de esta manera, ya que es probable que lo que nos preocupa actualmente no haya sido originado por un virus; pero si lo fuera, sabríamos contra qué estamos luchando. En eso estamos.

Se detuvieron frente a la mesa de entradas. A un costado había un gran mapa de la ciudad —Union City— cubierto con un vidrio.

—Observe todos estos puntos negros que hemos marcado —dijo el doctor Leaf—. Aquí está la casa de la calle Winthrop —continuó, señalando un punto rojo—. Ahora, vuelva a mirar los puntos negros.

Travis estudió el mapa. Doce puntos negros, a distancia de una cuadra y media aproximadamente, rodeaban, en varias direcciones, al punto rojo.

—Están distribuidos en un área pequeña alrededor de la casa —se aventuró a decir.

—Así es. En todas direcciones. Por esto se descarta la posibilidad de que las bacterias hayan sido transportadas por el viento, los desagües u otros portadores, incluyendo los animales, insectos, moscas, etcétera, que hubieran llegado a una mayor distancia de su fuente originaria.

—¿Qué podría causar una distribución semejante, entonces? —preguntó Travis.

El doctor Leaf sonrió. Era un hombre de mediana edad y no muy corpulento, a quien cualquiera podría confundir con un próspero comerciante o con un banquero. Sus ojos chispeaban de inteligencia; su perpetua sonrisa se contagiaba a los demás.

—El doctor Wilhelm se puso muy nervioso cuando usted mencionó la física nuclear, porque acabábamos de hablar sobre eso antes de su llegada. El tenía la esperanza de que usted pudiera recordar algo del diagrama, ya que el capitán Tomkins y los demás no lo lograron. El capitán de policía no sabía si usted entiende algo de electricidad. El doctor Wilhelm le pidió al agente que lo hiciera pasar apenas llegara...

—Sólo vine con una idea fija y me encuentro con todo esto. ¿A qué se debe semejante despliegue de policías?

El doctor Leaf se acercó a un sofá del vestíbulo y se sentó. Ofreció un cigarrillo a Travis.

—Hasta que sepamos algo más sobre esta enfermedad debemos andar con cuidado. Hemos impedido la entrada de toda persona ajena al hospital, incluso a los periodistas. A propósito, tengo entendido que usted lo es también.

—Pero actualmente me encuentro con licencia.

—El doctor Wilhelm decía hace un momento que él debiera haberse retirado, como planeaba. De ese modo no se hubiera visto comprometido en este asunto. Muy comprensible, por cierto, para nosotros, pero no para Springfield, que siempre exige y espera resultados.

—Exactamente igual que en el periódico.

—Bien —dijo el doctor Leaf—, he mencionado la palabra virus. Comúnmente, una enfermedad ataca

algún área específica o provoca una combinación de síntomas; y a veces se manifiesta como una erupción cutánea general, como en las enfermedades infantiles. En cambio, en este caso parece proceder arbitrariamente. Ataca a un hombre tanto por dentro como por fuera. El doctor Wilhelm piensa que quizá la gente de ese laboratorio trabajaba con materiales radiactivos. Tal vez los investigadores no advirtieron los efectos mortales que esas radiaciones podrían provocar; cuando enfermó el primer anciano, destruyeron todo. Es ilegal trabajar con materiales radiactivos. Razón de más para barrer con todo y luego incendiar la casa. Es probable que el viejo haya sido uno de los complicados.

—¿Entonces suponen que se trata de radiaciones?

—Eso parece más razonable que inventar un nuevo virus mortal. Nosotros reconstruimos los hechos de la siguiente manera: el viejo está experimentando. Recibe, entonces, la mayor proporción de rayos a causa de su proximidad a la fuente, y cae enfermo. La gente del vecindario sólo enfermará más tarde, ya que está alejada del lugar de los experimentos. ¿Le parece lógico?

Travis movió la cabeza.

—Si se trata de radiaciones, ¿por qué no pudieron diagnosticar inmediatamente los médicos? Seguramente conocen bastante sobre ese tema.

—Parecen radiaciones de un tipo desconocido —dijo el doctor Leaf—. Los dos hombres muertos y los que ahora se hallan en el hospital no evidenciaron síntomas de radiaciones venenosas. Les hemos administrado hexameta fosfato, el antídoto para el envenenamiento por uranio, con la esperanza de que experimentaran alguna mejoría. No registramos ningún efecto. La única razón es que la radiación no es venenosa.

—Los contadores Geiger-Müller, ¿no la detectaron?

—Hicimos funcionar un contador en la casa incendiada y también aquí, arriba, en el pabellón donde se encuentran los doce hombres. No evidenciaron ni la más mínima radiación.

—¿Qué pasa, entonces?

El doctor Leaf se encogió de hombros.

—Me hace una pregunta imposible de contestar. El micrófono nos ha revelado que todas las células del cuerpo de los dos hombres que murieron han sufrido el mismo grado de degeneración. La biopsia de los pacientes que aún se hallan con vida muestra una degeneración similar, aunque no tan avanzada. Es como si el sol los hubiera quemado por fuera y por dentro al mismo tiempo. Como un aparato de diatermia. No se conoce ningún agente capaz de producir un proceso de este tipo.

Permanecieron silenciosos unos minutos. Luego Travis preguntó:

—¿Qué va a ocurrirles a los hombres que están enfermos?

—Morirán. Los primeros tres que llegaron deben haber muerto ya.

—¿Vio usted el diagrama que dibujó el primer paciente?

El doctor Leaf sonrió.

—Sí. Todos lo vimos, y tuvimos una discusión al respecto. Piense un poco; alguien se contagia con esta enfermedad; siente que se vuelve loco; el dolor es terrible —tengo entendido que al anciano le dieron una fuerte dosis de morfina y, aun así, no fue suficiente para calmarlo mientras lo trasladaban a la habitación—. Veamos, ¿qué pensaría usted de lo que un hombre en ese estado ha dibujado?

—El doctor Collins dijo que en aquel momento parecía bastante consciente.

—Oh, no quiero que me interprete mal. En el dibujo puede estar la clave de todo el problema. No lo niego. Todos lo hemos mirado bajo esa faz. Según el doctor Wilhelm, es un símbolo fálico. Otros creen que es una clave, la dirección de alguna casa o algo que el individuo soñó. Reconocemos, por supuesto, que tiene que tener un significado científico si es que el hombre era en realidad un investigador. Significa hembra. Pero, ¿hembra de qué? Hemos estudiado flores, insectos y animales tratando de localizar alguna

clase del orden 23 X, tal como escribió en el interior del círculo. Pero no encontramos nada revelador.

—Usted dijo que el anciano podría ser el autor del experimento, el que recibió la dosis mayor de radiaciones. ¿Y qué me dice de quienes destruyeron el laboratorio?

—Sus ayudantes tuvieron, posiblemente, mejor suerte —dijo el doctor Leaf—. Hay muchas cosas raras en este caso. No sé qué pensar. Tampoco están más seguros que yo el doctor Wilhelm y los demás.

Travis arrojó su cigarrillo sobre el piso. Cayó junto a sus pies.

—Si me perdona que se lo diga, doctor, mi fe en la medicina ha decaído mucho. Si media docena de doctores, que tendrían que entender algo de esto, no resuelven el problema, ¿quién podría hacerlo, entonces?

—No haga una acusación tan general contra la medicina, señor Travis. Nosotros, los médicos, somos los primeros en admitir que es básico en nuestra profesión conocer las causas de las anomalías que se producen en un cuerpo humano. Pero no siempre logramos averiguar por qué muere un hombre. Hay numerosos misterios en el laboratorio, sobre la mesa de disección, bajo la lente del microscopio. Lo más probable es que la solución de este asunto esté delante de nuestras narices y que sea algo muy simple...

—¿Qué opina si le sugiero algo? —preguntó Travis.

El doctor Leaf sonrió.

—Me agradará oír lo que usted pueda decirme. ¿Quién sabe? Quizá usted acierte con la solución.

—Probablemente no acertaré, doctor Leaf —dijo Travis—. Tengo ciertas dudas sobre un aspecto de la cuestión.

—¿Cuáles son?

—He pensado varias veces en ello. Numerosas mujeres viven en el barrio de la calle Winthrop 1722, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué ninguna ha caído enferma?

—Ya hemos discutido este punto. Es tan misterioso como todo el resto del asunto.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que en el cuerpo femenino haya alguna sustancia que las inmunice?

—Sí, por cierto. Podrían ser hormonas femeninas. Ya hemos inyectado estas hormonas a algunos de los pacientes, pero no experimentaron ningún cambio positivo.

—¿Qué puede decirme acerca del tejido afectado? Se vuelve gris, luego negro; y aparecen esas ampollas rojas y manchas de color púrpura. ¿Mueren las células en esos lugares?

—Hemos examinado la piel, tal como le dije. Pareciera que las células no quisieran seguir viviendo. Realizan sus funciones en forma imperfecta, esperando la muerte. Y la muerte llega, por cierto. Quizá esas células no pueden producir ya cantidades suficientes de los materiales que necesitan para realizar sus metabolismos. Van muriendo lentamente y producen las ampollas y las manchas purpúreas sin ningún control, del mismo modo que el cáncer ocasiona algunas veces una forma de melanomatosis que va acompañada por una pigmentación oscura de la piel. Pero esto es mucho más profundo... Creo que debo volver allá —dijo bruscamente el doctor Leaf, sacándose el cigarrillo de la boca—. Ya que usted no recuerda nada acerca del diagrama o de la muchacha, no necesita volver conmigo.

Se levantó.

—Muchas gracias, doctor. Un amigo me espera. Será mejor que me vaya.

Los dos hombres caminaron por el corredor hasta llegar a la habitación diez. Entonces, el doctor Leaf le dijo a Travis:

—Usted parece estar interesado en este asunto. Si tiene alguna idea o encuentra algo interesante, avísenos, por favor.

Le tendió la mano, sonriendo.

Travis se la estrechó, prometiéndole que lo haría.

Cuando volvió al automóvil, Hal lo acosó a preguntas. Travis le refirió detalladamente todas las con-

versaciones, mientras se dirigían a su departamento.

—Así que estás dispuesto a continuar el juego, ¿eh? —comentó Hal.

Travis lo miró.

—Por la forma en que hablas me haces sospechar que estás complicado en este asunto, Hal.

—Sí, por supuesto. Me sobra tiempo, ¿verdad? Creo que estás loco. ¿Para qué está la policía? Los más importantes facultativos de Springfield han venido para ocuparse del asunto, pero nadie ha efectuado aún progresos reales. ¿Te crees capaz de hacer algo?

—Aún no lo he intentado. Hasta ahora sólo he sido un inocente observador.

—Sí, un inocente observador, pero esta tarde casi te balean la pierna.

—El incidente de esta tarde me ha decidido a continuar investigando este caso.

Hal gruñó. Detuvo el automóvil frente al departamento de Travis.

—¿Por dónde comenzarás?

—Oh, tengo un par de ideas —contestó Travis, señalando la tarjeta que tenía en su bolsillo.

—Llámame cuando me necesites.

—Gracias, compañero —dijo Travis, saltando fuera del vehículo y cerrando la puerta.

Hal se alejó en el automóvil.

Travis se introdujo en el edificio. Su mente estaba atascada de pensamientos acerca de esos doce hombres moribundos, con la piel veteada de gris, que yacían en el Union City Hospital; virus, radiaciones y células aniquiladas.

¿Cuál era la respuesta? Recordó que Arrowsmith habría sido capaz de montar un laboratorio con un microscopio y un palillo de dientes. Bueno —pensó—, yo no sabría qué hacer con el microscopio, pero, en cambio, manejaría bastante bien el palillo de dientes. Conozco algo de lógica y la ciencia es, ante todo, sentido común. Recordó una frase de Alberto Einstein: "La ciencia toda no es más que el refinamiento de la actividad mental cotidiana."

El era capaz de razonar tan bien como cualquier

hombre de ciencia — reflexionó —. La diferencia estriba en que el científico posee un mayor acopio de datos. Experimentó aquella familiar sensación de júbilo por haberse decidido a continuar investigando. Hasta el momento no le había ido tan mal... Además, en su bolsillo guardaba una tarjeta que podría ayudarle a descubrir algo.

Tomó el ascensor para subir a su departamento. Rosalee Turner. Lindo nombre. Se preguntaba cómo sería. Decidió buscarla al día siguiente mientras se encontrara trabajando en la Development Company, en Drexler Drive.

Bostezó mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta de su pieza. Al entrar, percibió un rápido y brusco movimiento a través de la puerta entreabierta. Sus músculos se pusieron tensos y se le erizaron los pelos de la nuca.

Empujó la puerta con fuerza. Se arrojó al piso y luego se abalanzó contra la persona que se encontraba allí.

CAPITULO VI

Travis chocó con el otro y oyó el ruido metálico producido por un objeto que, después de golpear contra la pared, cayó al suelo. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar si sería un revólver, pues toda su atención se hallaba concentrada en la forma de aplicarle un puñetazo al individuo.

Su puño pasó rozando un rostro que apenas era visible a la escasa luz que se filtraba desde el vestíbulo; luego chocó contra su cuerpo. Travis se apoderó de los brazos del otro, impidiéndole actuar... Entonces descubrió que era una mujer. Una ráfaga de colonia perfumada la traicionaba.

Sin soltarla, caminó hasta la pared para encender la luz. Vio entonces que era la rubia del hospital, la joven que disparó contra él en la avenida. La dejó un momento y se adelantó pocos pasos para recuperar

el arma que yacía sobre el suelo. Luego le apuntó con ella.

Cerró la puerta de un puntapié. Era la misma y hermosa rubia que tenía el corazón endurecido. No llevaba sombrero ni tapado. El vestido bien confeccionado acentuaba su fina cintura. Ella lo miraba desafiante; su labio superior sobresalía un poco, afianzando su seguridad. Tenía algo que la distinguía de todas las demás mujeres que Travis había conocido. Quizá le parecía excepcional porque no le daba cuartel; tan decidida estaba a realizar lo que se proponía, aunque costara la vida de un hombre: Travis. Nunca se había sentido tan odiado.

—Siéntese —le ordenó, señalando con el revólver una silla.

—Gracias, prefiero estar de pie —contestó ella. Su voz era vibrante y rica en modulaciones.

—Como quiera —dijo Travis, hundiéndose en un sillón—. ¿Qué se propone?

—Sinceramente, nada más que matarlo —replicó ella con calma.

—¿Por qué quiere matarme? ¿No bastan ya lo otros?

—Usted es mi caso favorito. Realizaré mi proyecto, a pesar de lo que pueda acontecerme ahora.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué va a sucederle ahora?

—Usted llamará a la policía.

—Exactamente, nena. Pero creo que antes tenemos que conversar un poco para resolver nuestras pequeñas diferencias.

—Nuestras diferencias no son pequeñas. Usted es el único... No; en realidad son dos los que saben que estuve en el hospital.

Travis se quedó perplejo.

—¿Y lo admite?

—Usted y un hombre llamado Hal Cable son mis dos casos especiales.

Travis abrió el revólver, lo descargó y se guardó las balas en el bolsillo.

—No pienso seguir toda la noche con esto en la mano —dijo mirando el arma—. Parece nuevo.

—No ha sido estrenado, si le interesa saberlo.

—Quizá no lo sea... ahora.

Lo arrojó sobre la mesa.

—Parece estar muy seguro.

Travis se inclinó hacia adelante.

—Veamos, preciosa —dijo—, ¿qué significa todo esto? ¿Por qué trató de matar al viejo?

—¿Pretende que se lo diga? —dijo ella, sonriendo con sorna.

—Usted podría decírmelo, ya que dentro de un rato tendrá que explicárselo todo a la policía. Me gustaría ser el primero en escucharlo; eso es todo.

—No le diré absolutamente nada a la policía.

—¿Qué relación tiene el anciano que murió con los otros hombres enfermos?

Ella lo miró sarcásticamente, pero no contestó.

Travis se levantó y, dirigiéndose hacia donde se hallaba la joven, introdujo la mano en uno de los bolsillos del traje de ella. Pero recibió un empujón.

—¿Qué hace usted? —dijo la muchacha, con enojo.

—¡Cállese! —contestó Travis, tomándole el brazo y doblándoselo contra la espalda.

—¡Me está torciendo el brazo!

—Se lo soltaré después que haya revisado sus bolsillos.

La joven forcejeaba, pero no pudo impedir que Travis revisara los dos bolsillos de su traje. En uno de ellos encontró un pequeño monedero adornado con cuentecillas.

—¡Ahora siéntese! —dijo, empujándola hacia el sofá.

La rubia cayó sobre el diván. Luego se acomodó. No le sacaba a Travis los ojos de encima. Este se dirigió hasta la puerta, la cerró con llave y volvió luego junto al sofá. Comenzó a abrir el monedero.

—No encontrará nada ahí —dijo la joven.

—¿No?

Travis volcó el contenido sobre el sofá. Había un lápiz de labios, un espejo, una polvera, una billetera, cigarrillos, un encendedor. Abrió la billetera. Contenía dos billetes de diez dólares, un dólar suelto, algunas monedas, un carnet de seguridad social a nombre

de Betty Garner, una licencia para conducir automóviles con el mismo nombre, con dirección calle Prairie, 1822 Oeste, Union City, Illinois.

—Así que usted se llama Betty, ¿eh? Betty Garner. Lindo nombre.

—Usted se cree muy sagaz —dijo ella, cruzando sus bien modeladas piernas y mirando en otra dirección.

—Betty —repitió él lentamente—. Alguien la interrogará tarde o temprano. ¿Cómo es posible que una muchacha como usted haya podido mezclarse en este asunto?

—Gracias por el cumplido. Me abstengo de hacer comentarios.

—¿Cuánto paga Dutch McCoy para eliminarme? Ella lo miró con una auténtica sonrisa.

—¿Eliminarlo? Vaya una palabra rara. Hace años que no oigo nada semejante. ¿No le parece que es un poco melodramática?

Travis examinó la licencia de conductora.

—Usted trata de parecer mayor, pero aquí dice que tiene sólo veintidós años. ¿Qué clase de padre y madre tiene, Betty, que le permitieron meterse en un lío tan grande?

—Por favor, no mezcle en esto a mi madre ni a mi padre.

—Un punto débil, ¿eh?

Travis sacó una libretita del bolsillo superior de su saco, la abrió en una página en blanco, se acercó a la joven y comenzó a dibujar. Al principio ella no prestó atención; pero luego deslizó una mirada, en el momento en que Travis terminaba de dibujar un círculo apoyado en la parte superior de una cruz, en el interior del cual estaba escrito: "23 X".

Ella le arrebató la libreta y rompió la hoja. Había temor en su mirada. Su rostro estaba pálido; tenía los ojos muy abiertos y su respiración era muy agitada.

—¿Qué es lo que usted sabe? —preguntó la joven, horrorizada.

—Bastante.

Ella se mordía el labio superior. Lo miraba muy

*preocupada, mientras en su mano crujía el arrugado papel.

—Usted no puede saberlo —dijo la muchacha en voz baja.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Travis, sonriendo maliciosamente.

—Si lo supiera no estaría ahí sentado —replicó ella.

—¿Dónde estaría entonces?

La rodeó con el brazo.

—Oh, yo no sé.

Ella se llevó la mano a la frente.

—Déjeme pensarlo. Usted... usted me hizo poner nerviosa.

—¿Yo la hice poner nerviosa? —sonrió Travis—. Fue *usted* quien me hizo poner nervioso a mí. Primero en el hospital, luego en la calle y ahora aquí, en mi departamento. ¡Y todavía piensa que soy yo el causante de sus nervios!

Travis apoyó las manos sobre los hombros de la joven.

—¿Por qué no me cuenta todo?

Ella movió la cabeza.

—¿Por qué no disparó su revólver cuando Hal y yo salimos de la taberna?

—No sé. Yo... Yo...

Travis estaba muy cerca de la joven. Podía apreciar la turbación en sus ojos, el temblor de sus hermosos labios, el halo de luz que rodeaba sus cabellos rubios.

De pronto, la estrechó contra él, respondiendo a una imperiosa necesidad que lo inundaba. Sus labios se encontraron.

Pero inmediatamente se puso rígida y comenzó a arañarlo y a golpearlo con la punta de los zapatos. Pero Travis no la soltaba ni despegaba sus labios de los de la joven. Muy pronto, dejó ésta caer los brazos, como vencida. Pero no dijo una palabra.

Cuando Travis la soltó, la muchacha se recostó sobre el sofá. Desde allí lo miraba, sorprendida.

—Yo..., yo —balbuceó temblando—, yo no pensé que sería así...

—Es usted muy hermosa —dijo él, inclinándose como si fuera a estrecharla nuevamente.

—¡No! —gritó ella—. Por favor, no vuelva a hacerlo.

Se levantó del sofá.

—¿Qué hice!

Travis se quejó:

—¿Cómo *qué* hizo...? Y después me dice melodramático. ¡Qué hice! ¡Es gracioso!

Ella lo miraba seriamente.

—Ya sé por qué no lo maté esta tarde. Usted tiene algo, señor Travis...

Y frunciendo el ceño continuó:

—Pero no sabe nada acerca de ese símbolo, ¿verdad? No, no debe saberlo, porque...

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, resignadamente, y se sentó en un sillón.

—Ya me habían prevenido que podía suceder algo así. Pero no me imaginaba...

Parecía estar hablándose a sí misma.

—Nunca he conocido una muchacha que diga cosas más raras —afirmó Travis—. Siempre dice fragmentos de frases. ¿Qué significa todo eso?

—No puedo decírselo.

—Veamos, entonces: ¿qué es lo que puede contarme?

—Solamente una cosa —dijo ella seriamente—. Puedo darle un consejo. No sé por qué lo hago, pero me sale del corazón. Suicídese.

—¡Que me suicide! —dijo Travis sonriendo—. ¿Está loca?

—Ahora que le he dado el consejo —continuó ella fríamente— ¿por qué no llama a la policía tal como me anunció? Estoy preparada.

La joven evitaba la mirada de Travis.

Ahora le tocaba a él estar confundido. Si llamaba a la policía, perdería a la muchacha y también la posibilidad de obtener algún dato. Ya la había interrogado sin éxito, aunque ella no pudo evitar una reacción frente al dibujo del símbolo.

—¿Qué pasó en la calle Winthrop 1722, Betty?

—Llame a la policía.

—¿Cómo puede usted ser tan indiferente, cuando hay doce hombres muriéndose en el Union City Hospital?

No respondió. Entonces Travis prosiguió:

—¿Conoce algo acerca de los virus?

Permaneció muda.

—¿Y sobre radiaciones?

Entonces lo miró intensamente.

—Es absurdo, señor Travis, que siga haciéndome estas preguntas —dijo con calma—. No se las contestaré. Es mejor que llame a la policía.

La muchacha había recuperado su primera compostura y su actitud desafiante.

—La policía posee métodos eficientes para obtener informaciones.

—Quizá yo tenga un método para no hablar.

—Muy segura de sí misma, ¿verdad?

—Tengo razones para estarlo.

Travis se levantó, dirigiéndose hasta el teléfono. En realidad estaba simulando, pero lo hacía para demorarla. Además, le interesaba saber qué haría ella cuando él marcara el número de la policía.

Un solo instante, mientras lo pensaba, le dio la espalda, pero fue suficiente. Oyó un crujido, y al mismo tiempo pudo ver un brazo que arrojaba algo metálico y brillante por el aire. Se maldijo por haberse descuidado durante ese milésimo de segundo. Luego, dentro de su cabeza se produjo una especie de explosión luminosa seguida por la más completa oscuridad.

Cuando Travis se despertó, estaba tirado sobre el piso de su departamento. Las luces se hallaban encendidas. Sentía un zumbido en los oídos, y, al tratar de incorporarse, su cabeza comenzó a trepidar como una máquina lavarropa.

No terminaba de reprocharse su estupidez. En tantos años de periodismo nunca le había sucedido nada semejante. Tuvo que soportar amenazas, empujones, sopapos, puntapiés, maldiciones, insultos, arañazos... pero nunca lo desmayaron de un golpe.

Cuando consiguió levantarse, se maravillaba de es-

tar aún con vida. La muchacha había hablado en serio; de eso no cabía duda. Dijo que él y Hal constituían sus casos favoritos. Fue hasta la cocina y se sirvió una bebida fuerte. Al pasar junto al espejo, se detuvo un momento para contemplarse.

—Hijo de mala madre —dijo a su imagen en el espejo.

Sentía el golpe que había recibido en la cabeza. Al palparse esa zona con los dedos experimentó un dolor terrible en todo el cuerpo.

¿Por qué no lo había matado? Entonces recordó que ella en un momento le dijo que él tenía algo que la detenía. Quizá estaba enamorada. Gruñó de rabia. Linda forma de comenzar un romance. Con un golpe en la cabeza. ¿Con qué lo habría golpeado? Volvió a la habitación y buscó el arma.

Luego recordó el resplandor metálico. Buscó el revólver, pero ya no estaba. Buscó en su bolsillo. No encontró las balas, pero nada más le faltaba.

—¡Endemoniada criatura!

¿Qué papel desempeñaba la muchacha? ¿Qué significaba el símbolo? ¡El condenado asunto iba volviéndose grotesco! Pero parecía evidente que el anciano estaba lúcido en el momento de dibujarlo.

Después de tomar otra copa, se acostó.

A la mañana siguiente lo despertó el timbre del teléfono. Era el capitán Tomkins. Le avisaba que el jefe de policía, Ward Riley, y el coronel Dwight O'Brien necesitaban verlo. Travis tomó rápidamente el desayuno y se dirigió hacia los tribunales.

—El capitán Tomkins me avisó que debía presentarme aquí —dijo Travis al sargento Webster—. Parece que el jefe y el fiscal desean verme.

—Me dijeron que espere un momento, señor Travis —le contestó el sargento que se hallaba en el escritorio.

Travis tomó asiento en un banco y se puso a hojear el *Star* del jueves por la mañana. Allí se enteró de que cuatro de los hombres que fueron internados el miércoles en el hospital habían muerto.

Sansona, Tobías y Kronansky murieron, tal como

se lo había anunciado el doctor Leaf. El cuarto era un hombre llamado Rills que, evidentemente, llegó después. Travis esperaba que sus viudas lo tomaran con resignación.

Aunque la noticia de la epidemia y el anuncio de las seis muertes ocupaban un lugar importante en la primera página, Travis se complació al ver que el *Star* no exageraba las proporciones de los hechos, ya que una cosa semejante podría causar pánico entre la población. Los relatos eran sobrios, pero describían exactamente los sucesos. Las fotografías de los doctores Leaf y Wilhelm producían un efecto tranquilizador.

El *Star* insinuaba que el foco epidémico sería rápidamente localizado, ya que la oficina de Salud Pública local había solicitado la intervención del departamento nacional.

Travis se sintió confortado al leer que no se habían registrado nuevos casos hasta el cierre de la edición del jueves, a las tres de la mañana, o sea a la hora en que volvía en sí después de haber sido golpeado. Se frotó instintivamente el chichón que tenía en la cabeza.

Las columnas de noticias traían una extensa crónica sobre el asunto y un reportaje al doctor Leaf escrito por Donald Gilberts. Si Travis no hubiera estado de licencia, le habría tocado, probablemente, escribirla. Al final el doctor Leaf daba su opinión acerca de la teoría de los virus, en contra de la teoría radiactiva. Se rió para sus adentros. La situación debía de ser seria. De otro modo, el doctor Leaf no hubiera concedido una entrevista a la prensa.

—¿Todavía está Travis?

Una voz lo volvió a la realidad.

—Sí, capitán —replicó el sargento Webster—. Está esperando afuera.

La puerta de la oficina del jefe se abrió, y apareció el capitán Tomkins.

—Pase, Travis —dijo.

Travis dejó el periódico y entró en la amplia oficina del jefe de policía. Ya conocía a Riley, hombre grande y pesado, de cabello canoso, que siempre acos-

tumbraba usar anteojos, salvo cuando hablaba en las fiestas de graduación de los cadetes y en las fechas patrias. También conocía al fiscal O'Brien; éste era delgado y demacrado, sin un pelo en la cabeza, su nariz era larga y fina, sus ojos grises, y tenía los dientes torcidos; llevaba constantemente una porción de tabaco en la boca. O'Brien se parecía exactamente a la imagen convencional de un fiscal. El capitán Tomkins también se hallaba presente, ocupando su lugar. Travis vio, por último, al doctor Leaf, con su oblicua sonrisa habitual.

—Me imagino que usted conoce a todo el mundo, señor Travis —dijo el jefe.

Hizo un gesto de asentimiento:

—Sí, anoche conocí al doctor Leaf.

—Entonces no hacen falta preámbulos.

La concurrencia tomó asiento y Travis encendió un cigarrillo.

El jefe prosiguió:

—O'Brien ha decidido que no necesita su ayuda para la investigación, porque cree que la muchacha no tiene nada que ver con la muerte del anciano. ¿Es así, Dwight?

—Sí —dijo O'Brien—. Ella puede haber figurado en el esquema general, en los acontecimientos que culminaron con su muerte, pero no es la causa directa.

—Pero usted está todavía complicado en el asunto —continuó el jefe—. Usted se encontraba allí cuando la muchacha llegó, según me han informado, y también estuvo en la casa.

—Es verdad.

—Entonces, ¿tendría inconveniente en hacer su declaración?

—Al contrario.

—Pienso que lo que usted nos va a decir puede orientarnos; quizá nos proporcione una clave por medio de algún dato que para usted carezca de importancia. Tengo interés en que un empleado judicial registre todo lo que usted recuerde sobre este caso, desde el principio hasta este momento. ¿Tiene algo que objetar?

Travis aceptó.

—Me han dicho que el *Star* le ha concedido un año de licencia. Después de dar su testimonio podrá alejarse de la capital durante todo el tiempo que desee. ¿Ha decidido adónde irá?

—Todavía no —admitió Travis—. Todo esto me ha aturullado.

—Una rubia, jefe —intervino el capitán Tomkins—. ¿No recuerda su pelea con la muchacha rubia, en el hospital?

Todos rieron, con excepción de Travis.

—¿Cuáles son las últimas noticias? —preguntó éste—. En el *Star* mencionan cuatro fallecimientos.

—Dos más esta mañana —dijo el doctor Leaf—. Ahora el total asciende a ocho.

Travis inclinó tristemente la cabeza.

—Supongo que no hay esperanzas...

—Creo que es un lugar común expresar que donde hay vida, hay esperanza, señor Travis —dijo el doctor—; pero los otros cuatro parecen predestinados a seguir el mismo camino. Es curioso que no se presenten casos benignos. El que cae, está condenado. A menos que aparezca algo que no se nos haya ocurrido hasta ahora.

—Usted recibió esta mañana un informe de Chicago, ¿no es así, doctor Leaf? —preguntó el jefe.

El doctor asintió.

—Han hecho experimentos completos en los tejidos. Parecería que existen más motivos para pensar en una forma de radiación que en un virus, porque es evidente que todas las células se muestran afectadas en el mismo grado. El examen demostró que, sea lo que fuese, estimula la actividad de la célula más allá de lo normal, destruyendo los genes y los cromosomas en cualquier estado de evolución.

—Pero ninguna mujer... —se apresuró a decir el capitán Tomkins.

—Ya sé lo que iba a decir —prosiguió gravemente el doctor Leaf—. En efecto, ninguna mujer ha sido afectada. Ahora bien, caballero: una célula es una cosa extremadamente compleja. La diferencia princi-

pal entre las células de un hombre y las de una mujer radica en sus valores productivos, en las materias que segrega; su actividad glandular productora de hormonas, por ejemplo. Este proceso debe estar relacionado con lo sexual, pues las células femeninas y masculinas cumplen sus funciones ordinarias de la misma manera. ¿Cuáles son las células masculinas atacadas en este caso? La respuesta sigue siendo una incógnita, aunque todos, en el hospital, formuláramos algunas teorías al respecto. Ahora es, sobre todo, un asunto de eliminación. Acabaremos por averiguarlo.

Se encogió de hombros, y añadió, más amablemente:

—Y una vez descubierto, no sé lo que haremos. Puede ser, apenas, el principio.

—Me hace pensar en una especie de cáncer —dijo O'Brien, tomando un trozo de tabaco—. Un doctor me explicó algo así en una oportunidad.

—Sí —replicó el doctor Leaf—, hay semejanza con el cáncer, porque en este caso también las células son afectadas y mueren; pero algunas de ellas se inflaman y producen esas manchas rojas y purpúreas que nos han llamado la atención. Hay cientos de agentes químicos que inician procesos que conducen al cáncer. Hasta los rayos de sol, recibidos con exceso, pueden producir un cáncer de la piel. El aire que respiramos contiene miasmas que, según se conjetura, pueden causar el cáncer. Las impurezas producen en las áreas sensitivas una irritación que altera el funcionamiento de las células, y las enzimas (esos miles de catalizadores químicos que gobiernan el crecimiento) y la química de la célula misma son afectadas.

Mientras el doctor hablaba, Travis, distraídamente, se acarició la cabeza, y al encontrarse con la dura protuberancia que se le había formado, retiró la mano prestamente.

El doctor Leaf observó su movimiento.

—Mire —le dijo acercándose a él—, tiene un feo chichón, no debe descuidarlo.

—¿Qué le pasó, Travis? —inquirió el jefe con interés.

—Bueno —dijo Travis— no era mi intención refe-

rirlo, pero, ya que viene al caso, les confieso que me lo hizo la rubia que mencionó el capitán Tomkins. Me golpeó con un revólver.

—¿Por qué no refirió antes este hecho? —preguntó el capitán Tomkins, malhumorado.

—Porque perdía la oportunidad de conseguir una información real. Ella me esperaba la noche pasada, cuando volví. Se había apostado detrás de la puerta, con un arma.

Hizo un resumen, a continuación, de su entrevista con la muchacha.

—Se llama Betty Garner, ¿eh? —subrayó el capitán anotando el nombre en su libreta—. ¿Cuál es su domicilio?

Travis lo repitió.

—¿Por qué no pide un coche y hace vigilar la casa? —intervino el jefe.

El capitán se dirigió al teléfono interno y dio la orden.

Una voz contestó: "Imposible comunicarnos con la patrulla que acaba de salir. Hay un desperfecto en la radio. El mecánico viene para acá."

El capitán colgó el receptor con impaciencia, y dijo:

—Saldremos nosotros. Opino que no debemos descuidar esta situación.

—Yo me figuraba que lo sucedido anoche quedaría estrictamente entre la chica y yo —objetó Travis.

—Acompáñenos, entonces —dijo el capitán sonriendo—; les cederemos, a usted y a ella, el asiento de atrás.

Unos minutos después un automóvil policial, conduciendo al capitán Tomkins y al chofer en el asiento delantero y a Travis en el posterior, recorría velozmente la avenida en dirección al extremo oeste de la ciudad, hasta llegar a una nueva zona en floreciente progreso. Los viejos y austeros edificios habían sido desplazados, y surgían nuevas construcciones blancas, de un solo piso, influidas por la arquitectura moderna.

Atravesaron sin respiro West Prairie, dejaron atrás praderas bien cuidadas, senderos pavimentados, lotes

deshabitados. Los números pares estaban del lado norte: 1600, 1700, 1800, 1802, 1806, 1810, 1812, 1818, 1820, 1824.

—¡Eh! —gritó Travis—, lo hemos perdido.

El capitán Tomkins se dio vuelta desde su asiento delantero y le dijo sonriendo:

—Puede estar seguro; y usted es el responsable. El mil ochocientos veintidós no existe.

CAPITULO VII

Travis pasó el resto de la mañana en una oficina de los tribunales relatando ante un taquígrafo todo lo que sabía sobre el caso desde su comienzo. Sólo omitió declarar que tenía una tarjeta en su bolsillo con el nombre de Rosalee Turner. Quería investigar eso por su cuenta.

Después del almuerzo se dirigió hacia el edificio del *Star*, cruzó a la taberna de enfrente y llamó por teléfono al laboratorio fotográfico.

—¡Hola!

—Sí... ¿Quién es?

—¿Pretendes hacerme creer que no conoces mi voz? Quizás haya retornado a la adolescencia.

—Escucha, Trav, no tengo tiempo para bromear. Estoy seriamente preocupado.

—¿Tienes tiempo para tomar una cerveza?

—¡Demonios! Supongo que sí; pero escucha: debo regresar en seguida.

—Muy bien. Te espero en Harold Place, cruzando la calle.

Hal Cable llegó a los pocos instantes, transpirando, nervioso, con un resto de cigarrillo apagado en la boca.

—¿Qué te sucede? —inquirió Travis.

—¡Cómo se me complican las cosas!

Hal tomó asiento en el bar y se pasó la mano húmeda por el rostro.

—Algo me dijiste por teléfono.

—Sí, estoy realmente muy preocupado. ¿Recuerdas que te hablé de los rollos y de la calidad del celuloide?

—Sí, creo que me contaste en el hospital. ¿Qué ocurrió?

—Ahora viene el desenlace —dijo Hal tétricamente—: ¡La película! Toda la película salió mal. ¡Puedes imaginártelo! Hemos filmado una docena de rollos, todos perdidos. Abres una nueva caja, desenrollas... no hay nada que hacer, ¡todo velado! —Apretó los puños—. Creo que podría asesinar al individuo que nos vendió la película... ¡Y pensar que encargué semejante cantidad! De acuerdo con la situación internacional, se me había ocurrido que podrían racionalizar el material...

Pidieron la cerveza.

—No querrás oír lo que voy a decirte, entonces —dijo Travis—. Sólo servirá para aumentar tu aflicción.

—Cuenta no más. Nada en el mundo podrá hacer que me sienta peor.

—Tú eres parte de un proyecto.

—No me interesa. Aunque sea bonita.

—Se trata de aquella chica con quien tuve una refriega en el hospital.

—¿La que nos amenazó en la calle con un revólver?

—Ha prometido hacérsela pagar; a ti y a mí.

—¿De veras? —dijo Hal empujando su cerveza—. ¿Y por qué?

—Porque le has visto la cara.

—Tú también pudiste verla.

—Lo sé. Casi me rompió la cabeza anoche.

Travis puso a Hal al tanto de los últimos acontecimientos.

—Nunca debí haberte ofrecido mi ayuda —suspiró Hal—. Ahora me persigue una rubia. Esto podría ser agradable, pero no me gusta que ande con un revólver.

—Estás tan complicado como yo.

—Es una situación endemoniada. Escucha: la próxima vez que te encuentres con esa niña le comunicas que he abandonado la trinchera. No quiero desaparecer de un porrazo...

Al decir estas palabras, Hal se reanimó:

—¿Y si fuera una solución? Podría ser la manera de librarme de mis terribles problemas. ¡Imagina el escándalo en la oficina cuando se enteren de que la película no sirve!

—¿No puedes reclamar y exigir que te envíen material en buenas condiciones? No esperarán que el *Star* pague un material averiado.

—Quizá. ¿Pero qué utilizo mientras tanto? Hayden anda por todos lados tratando de obtener todo lo que se pueda de los fotógrafos. Cline está por cerrar el negocio. No hay arte local de ninguna especie. En cuanto a los grabadores...

—¿Los grabadores?

Hal vació su copa y movió la cabeza.

—Ellos también se ensartaron con la película inservible. No puedes comprender. Todo el cargamento llegó hace pocos días. ¡Qué agallas demuestra poseer esta compañía! “Este envío remitido por el empleado número tal..., esta remesa inspeccionada por el número cual...” ¿Para qué tanta historia si no sirve el material?

—Te compadezco —dijo Travis—, pero de un modo u otro te las arreglarás.

—Ojalá pudiese creerlo —dijo Hal encendiendo lo que restaba de su cigarrillo.

Llamó al mozo:

—Tráiganos otro par de cervezas. ¿No transmiten el partido de béisbol?

El mozo se balanceó sobre sus pies demostrando cierto embarazo:

—Esperaba de un momento a otro que alguien me hiciese la pregunta —dijo morosamente—. Falla la televisión.

—¿Falla? ¿Qué le pasa?

—Véalo usted mismo —dijo el mozo dirigiéndose al recuadro que se hallaba en un rincón del local—. Todas las tardes esto se llena de clientes. Se sientan, miran y toman cerveza. Con excepción de esta tarde. ¿Quién va a venir a mirar esto?

La pantalla pareció estallar bajo una confusión de

sombras y nubes que se perseguían, interceptadas por una forma dentada que giraba como un torbellino. El sonido era un crujido áspero, chillón y zumbante.

—Ya ves —dijo Travis volviéndose hacia Hal—, siempre hay alguien más desdichado que uno.

—No le va tan mal como a mí. Hay una enorme diferencia.

—Puede ser. Pero, para aumentar aún tu dolor, voy a pedirte el automóvil por unas horas.

—Bien, bien —dijo Hal—, toma todo lo que tengo. Si no estoy vivo cuando regreses, puedes quedarte con él.

Registró sus bolsillos y sacó las llaves:

—Está estacionado frente a la puerta sur del *Star* —continuó—. ¿Qué piensas hacer?

—Quiero proteger a una muchacha.

—Una muchacha, ¿eh? —Hal se bebió su segunda cerveza—. Bueno, no creo que puedas tener grandes complicaciones en mitad de la tarde. ¿Podrás estar de vuelta a las cinco?

—Haré lo posible.

Se levantaron de sus asientos y avanzaron hacia la puerta.

—Mañana tendré la televisión en condiciones —les avisó el mozo cuando salían.

—No se preocupe; quién sabe si pasaré de esta noche —dijo Hal.

Travis condujo el automóvil de Hal Cable hacia el este de la ciudad, dejando atrás un distrito industrial, un parque y un barrio densamente arbolado en el que se erigían algunas antiguas mansiones. Recorrió una ancha calle bajo una enramada de olmos que formaban un techo natural y, al finalizar la hilera de árboles, irrumpió a la luz del sol.

En cuanto vio las señales que anunciaban "Higgins Development Co", en un costado del camino, disminuyó la marcha. Un cartel indicaba "Drexler Drive", una calle curva recientemente pavimentada que penetraba en el interior de una zona subdividida por el Estado. Se internó en ella, vio al pasar los postes

adornados con banderines luciendo la inscripción "Higgins", algunos lotes con un gran letrero rojo y el aviso de su venta.

Era un terreno muy vasto, y en algunos de los lotes había huellas del trabajo comenzado: pozos para los cimientos, pilotes. Unos cuantos automóviles recorrían el lugar, y un grupo de gente que inspeccionaba un lote se detuvo y miró a Travis con curiosidad. Se dirigió a un edificio de un solo piso, situado a unas cuantas cuadras de la ruta nueva. Si no le fallaba el palpito —pensó—, Rosalee Turner debía encontrarse en ese local. Travis dejó el coche en una playa de estacionamiento próxima a la entrada; en la puerta había una placa donde podía leerse "oficina", grabado en grandes letras.

La oficina estaba constituida por una sola habitación, con varios escritorios. Cerca de la puerta había una baranda divisoria de madera. Recordó a Travis una ordenada oficina militar y pensó que el Higgins Development Co. debía haberse instalado con saldos del ejército. Nadie se hallaba en la oficina, con excepción de una joven que escribía a máquina. Al ver al recién llegado, levantó la cabeza:

—¿Puedo serle útil en algo? —preguntó con aire protector.

—¿Es usted Rosalee Turner? —inquirió él, quitándose el sombrero y aproximándose a la baranda.

—Sí. ¿Qué desea?

La señorita Turner tenía cabellos rojizos, ojos verdes y una suave piel de durazno. Por lo que podía apreciar, estaba hermosamente proporcionada. Pero en cuanto la miró por segunda vez observó en sus ojos una fría vaguedad, un atisbo de indiferencia, que lo disgustó. Era bonita, pero su belleza tenía algo glacial. Intuía que no era lo que él había esperado, pero no podía perder tiempo en analizar sus sentimientos.

—Me dijeron que preguntara por usted —mintió Travis—. ¿Quedan aún algunos buenos lotes?

—El señor Forrest volverá dentro de quince minutos. Justamente acaba de salir con un cliente. ¿Quién le dijo que preguntara por mí?

—Un amigo. Compró un lote aquí, y pensó que usted podría quizá darme datos interesantes sobre precios y todo lo demás. No tengo mucho dinero y quisiera hacer una buena compra.

—El señor Forrest es el encargado de las ventas —dijo la joven—; sírvase esperar un momento.

—Gracias.

Se sentó en un banco, junto a la baranda, y trató de continuar la conversación:

—Este parece un lugar muy bonito...

La empleada lo miró con desconfianza.

—Ya lo creo. Los clientes del señor Higgins y del señor Forrest son numerosos y se muestran satisfechos.

—¿Cuándo iniciaron el loteo?

—Hace pocos meses. Al comenzar la primavera.

—¿Desde cuándo está usted trabajando aquí?

—¿Por qué quiere saberlo?

Ahora los ojos verdes demostraban interés, un interés taimado.

Travis continuó:

—Era una pregunta sin mayor importancia. Como se apresuraba usted a ponerse en contacto con el señor Forrest, deduje que no se sentía con la autoridad necesaria para resolver mi problema, por estar en este puesto desde hace un tiempo relativamente corto.

—Le participo, para su gobierno, que soy solamente la taquígrafa de la oficina. No intervengo para nada en la venta de los lotes.

Travis sonrió:

—Pensé que una joven hermosa como usted podría hacer algo más que ser una simple oficinista.

—¿Qué quiere significar? —repuso con visible hostilidad.

—No se ofenda, señorita —se apresuró a expresar Travis—. Si le dije hermosa es porque la veo así.

—Gracias.

Había un dejo de gratitud en su voz. Empezó a teclear.

—Usted escoge muy bien su ropa —declaró Travis con decisión.

—Procuro ser agradable.

—¿Usted misma se hizo el vestido?

La muchacha volvió la cabeza para mirarlo.

—Por favor... El señor Forrest llegará de un momento a otro. Tengo que hacer unas copias.

—Discúlpeme. Pensaba que si usted misma se cose los vestidos demuestra una gran habilidad.

—¿Es usted, por casualidad, miembro del Club de los Cumplidos? ¿O se dedica a practicar "Cómo ganar amigos y causar buena impresión en sociedad" o algo por el estilo? Se lo dije y lo repito: No tengo nada que ver con los lotes.

Travis permaneció sonriente.

—Usted no cree en mi sinceridad. Qué le vamos a hacer, soy sincero.

—Gracias.

—A propósito del Club de los Cumplidos, ¿usted es socia de algún club?

—No.

—¿No se reunía usted, por casualidad, con otros socios, en la calle Winthrop, en el número 1722?

Los ojos de la joven se apartaron del papel y, por encima de la máquina, se posaron en los de Travis, sin pestañear.

—Creo tener en mi poder su carnet de socia —dijo él extrayendo del bolsillo la tarjeta de Rosalee—. ¿Dónde diablos está situado el número dieciocho?

—No lo hallaría aunque se lo dijese —contestó ella con cautela.

—Aquí dice que su número de ficha es 17.432.

La joven se levantó y, de espaldas a él, caminó en dirección a la ventana.

—Rosalee, ¿cómo fue destruido el pequeño local del club?

Ella lo encaró de frente, con los brazos cruzados sobre el pecho:

—Señor Travis, sería usted un caso bastante divertido si no resultara tan patético —observó con gran calma.

Al oír su nombre, Travis se sobresaltó.

—¿No se da cuenta de que lo estaba esperando? —

añadió ella —. Debe pensar que somos rematadamente tontos.

—¿Somos?

—Usted no puede apreciar ni comprender lo que yo podría decirle. Pero al punto que han llegado las cosas y teniendo en cuenta lo ocurrido desde esta mañana, lo mismo da. Y ahora, váyase, por favor.

La señorita Turner regresó a su escritorio.

—¿Cómo puede expresarse así? —exclamó Travis—. Si usted estaba al tanto de lo que sucedía en esa casa de la calle Winthrop, es tan culpable como cualquiera de ellos. ¿También a usted le da lo mismo que doce hombre lo estén pagando con la vida?

—No se equivoca —dijo la señorita Turner, obtusamente—. Me da exactamente lo mismo.

—Entonces no es humana.

—¿Le parece? ¿Y qué soy, según su opinión?

—Quisiera saberlo. ¿Cómo ha podido permanecer tecleando en su máquina durante estos dos días mientras un hombre tras otro caía al hospital con ese mal terrible contraído a consecuencia de algo que ocurría en la casa de la calle Winthrop? No, no puedo creer que sea humana.

—¿Qué necio es usted, señor Travis! Juzga al mundo desde su punto de vista; yo lo juzgo desde el mío.

—¿Carece usted en absoluto de compasión, de piedad, de sentimientos?

Travis estaba ahora de pie.

—Sí, tengo sentimientos. Muchos sentimientos y tan profundos como los suyos.

Sus ojos ahora relampagueaban y se posaban en él con desafío:

—Procedo de acuerdo con lo que me parece bien. Y estoy dispuesta a arriesgarlo todo por un ideal.

—Ningún ideal puede justificar la muerte de una docena de inocentes —enunció Travis con ardor.

—¿No hay hombres inocentes!

—¿Pero qué le pasa? ¿Nunca le dieron su merecido?

—No sea ridículo.

—¿También le parece ridículo que llame a la policía para entregarla?

—Sigue comportándose en forma ridícula.

—Ellos no son ridículos. Consideran que el asunto es grave.

—En esta forma no conseguirán nada.

—Usted obtendrá la reputación que se merece.

La señorita Turner dio una especie de bufido. En la oficina reinaba una tranquilidad especial: se oían voces que provenían de una gran distancia y, por momentos, el rumor de un automóvil al pasar. Sonó la campanilla del teléfono y ambos saltaron a la vez. La joven atendió:

—Para usted —dijo con extrañeza, tendiéndole el aparato.

Travis lo tomó, tan sorprendido como ella.

—Habla con Betty Garner —susurró la voz—. No profiera exclamaciones ni deje saber quién soy. Es muy peligroso para mí, ¿comprende?

—Sí, Linda —repuso, prestándose al juego.

Observó que la señorita Turner se había retirado cortésmente a su rincón de la ventana.

—Este es mi proyecto, Travis —dijo Betty—. Quiero hablar con usted a solas. Tengo que confiarle algo muy importante. No quiero intervenciones de la policía ni nada parecido. ¿Me da su palabra?

—Sí, Linda.

—Bueno, no comente nada. Venga a su departamento, allí lo espero; y ahora no me pregunte nada, se lo ruego. Travis: es algo de vida o muerte. ¿Vendrá en seguida?

—Sí, Linda.

Ella se despidió y él colgó el receptor.

La señorita Turner se apartó de la ventana y lo miró con frialdad.

Travis no se tomó la molestia de dirigirle la palabra. Dio media vuelta y salió.

Manejando en dirección a su departamento, Travis procuraba borrar de su mente la impresión causada por los glaciales ojos de la muchacha. Pensaba que no era posible encontrar dos seres más distintos que Betty Garner y Rosalee Turner. Betty parecía igual-

mente inteligente, pero había en ella oleadas de calor, de amistad, de buen humor. Rosalee era como una flor hermosa y mórbida, un ser con vida pero sin corazón. ¿Cómo podía permanecer indiferente ante la muerte de todos esos desdichados?

Le admiraba que Betty supiera dónde se hallaba, pero comprendió que no era tan difícil para ella enterarse, porque el grupo vigilaba los hechos que concernían a la casa de Winthrop; posiblemente habrían prevenido también a Rosalee sobre su visita. Pero lo curioso del caso era que él no había referido a nadie, ni siquiera a Hal Cable, adónde se dirigía.

Una cuestión de vida o muerte, había dicho Betty. Como quiera que fuese, era por lo menos un paso adelante. Se le cruzó por la cabeza la idea de llamar a la policía para contar con su apoyo en el departamento o en su cercanía; pero había aceptado las condiciones propuestas por Betty y le había dado su palabra. Quizás yo sea rematadamente tonto — pensó —, pero me parece una deslealtad proceder de otro modo. Además deseaba creer en ella, deseaba que fuera digna de confianza.

Entró en el departamento; Betty no había llegado aún. Esta vez, por lo menos, ya no se iniciaba a culatazos. No habrían transcurrido ni cinco minutos cuando un suave golpecito resonó en la puerta. Era Betty.

Entró en la habitación, miró a su derredor y su mirada se iluminó, agradecida, cuando vio que no había nadie más.

—Le agradezco su confianza — dijo, sentándose en el sofá —. En estos momentos mi conducta puede parecer sospechosa. Me costó mucho salir y telefonearle. Y más difícil aún me resultó salir para encontrarme con usted.

—¿Quiénes sospechan de ti? — dijo él, acercándose.

—Hay cosas que puedo decir y otras que no puedo. No puedo contestar esa pregunta.

—Me hablas como a un niño, como si no se pudiera confiar en mí. ¿Por qué no eres franca conmigo?

—No me explico por qué estoy actuando en esta forma — dijo ella mordiéndose el labio inferior, rojo

y carnoso —. O quizá lo sé y no tengo otra solución. Esta es la última vez que puedo ayudarlo, es la última vez que lo veré.

—¿Por qué?

Travis tomó sus manos entre las suyas; ella las retiró.

—Se trata de una organización de eslabones muy ajustados — dijo la joven esquivando la mirada —. Nadie de afuera conoce nada de ella, con seguridad. Son pocas las cosas que nos incumben a cada uno de nosotros. Si estoy aquí es por una sola razón: para cumplir con mi deber. Por eso nuestra situación es tan peligrosa.

Posó sobre él sus ojos, que brillaban:

—Se supone que he venido para matarlo.

—Casi lo lograste la noche pasada — dijo él tristemente, acariciando la protuberancia de su cráneo.

—Lo lamento — dijo ella —. Realmente, no pude hacerlo. Quizás... quizás no pueda matar a nadie. Pero esto no significa que no crea en nuestro plan. Sólo usted es la excepción. Usted solamente. Ningún otro ser viviente...

El volvió a asirle las manos, y esta vez ella no lo rechazó.

—La otra noche, cuando lo herí con el revólver, revisé sus bolsillos y encontré las balas. Encontré también la tarjeta que había hallado en la casa de la calle Winthrop. Sabíamos que faltaba, y fue ésta una de las razones por las que se decidió a quemar la casa. Era fácil deducir que haría una visita a Rosalee en los días subsiguientes, si ya no la había hecho antes. Fue una suerte que no entregara la tarjeta a la policía.

—¿Para esto me citaste? — preguntó Travis.

—No — estrechó sus manos, se inclinó hacia él sin darse cuenta de lo que hacía, como si sostuviera una lucha interna, y sus ojos suplicaron —. No, no fue por esa razón. Es porque no quiero que le suceda nada malo.

Sus grandes ojos azules lo miraban, implorantes. El la tomó en sus brazos y cubrió de apasionados be-

sos aquellos labios, aquellas mejillas, enardecido por el hálito tibio de la joven que languidecía a su lado. Pero Betty se desprendió con la misma prontitud con que había cedido.

—No, no —dijo suavemente pero con resolución—, no seamos insensatos. Esto es imposible.

—No es imposible —afirmó Travis, atrayéndola hacia sí.

La tibieza de su cuerpo, su pecho agitado, sus mejillas inflamadas, aceleraban el pulso de Travis, que sentía crecer el deseo de estrecharla nuevamente en sus brazos.

No aguantó más.

—Querido, querido —dijo ella suavemente. Y continuó—: Es curioso. Nunca pensé que podría decir *querido* a un hombre. Me enseñaron a ahogar el sentimiento. No soñaba...

Betty se apartó un poco. Sus ojos brillaban, tenía el rostro encendido, jadeaba.

—Travis, me pones en aprietos. Vine a decirte que debes irte de Union City. ¿No comprendes que estás en peligro? No puedo soportar la idea de que tú te quedes aquí...

—¿Por qué? —preguntó él, algo fastidiado por sus altibajos de frialdad y de pasión.

—Estoy ofreciéndote una oportunidad para salvar tu vida —dijo la joven—. Estás en peligro de muerte. En peligro de ... Es aún peor que la muerte...

—¿Qué quieres decir? Dijiste que yo formaba parte de tus "planes especiales", pero no sabía que alguien más estuviera tratando de cercarme.

—No es eso.

Los ojos de Betty estaban empañados de lágrimas. Volviéndose hacia Travis, hundió la cabeza en su hombro.

—No quisiera verte... —sollozó— así... con la piel grisácea, como los otros hombres...

Los cabellos de la joven le rozaban el cuello; sentía latir su corazón. ¿Qué querría decir? ¿Por qué tendría que sucederle lo mismo que a los otros?

La tomó por los hombros y, mirándola fijamente, le dijo:

—Betty, debo de ser muy poco inteligente, pues no comprendo lo que dices.

Ella, acurrucándose nuevamente entre sus brazos, gritó:

—Soy la persona más desgraciada del mundo. Yo creía en algo; le dediqué mi vida y todos mis pensamientos. Y ahora... ¿por qué tiene que resultar así? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —exclamaba golpeando con el puño el hombro de Travis.

El sacó un pañuelo de su bolsillo y enjugó las lágrimas de la muchacha.

Betty parecía entonces una niña, una adolescente, tal como la podía haber conocido a los dieciséis años. Una criatura espontánea, llena de asombro, de congojas y de amor.

—Estoy convertida en una perfecta tonta, ¿verdad? —dijo ella sollozando—. Nunca en mi vida me he sentido más ridícula. Tendría que haberte matado... antes que nada. Entonces no hubiera sentido lo que siento ahora. No me hubiera preocupado por ti.

—¿Por qué te preocupas por mí?

—A causa de mis sentimientos. He experimentado algo que los de mi clase nunca podrían...

—¿Tu clase?

Ella se había levantado y estiraba su vestido con la mano.

—¿Es de veras tan hermoso estar casada y besar al marido? ¿Y tener hijos? ¿Ser madre? ¿Cuidar la casa?

—¿Estás mal de la cabeza? —dijo Travis, levantándose y aproximándose a ella—. Por supuesto, es muy hermoso. ¿Dónde has pasado tu vida? Antes no pensabas así.

Ella lo apartó un poco.

—No, nunca lo pensé.

—¡Condenada muchacha! —dijo Travis.

De pronto, ella recuperó su antigua actitud.

—Ve hasta el sillón y siéntate, Travis. Tengo que

decirte algo. No quiero que estés cerca de mí. No podría decírtelo...

Su voz era serena y segura. Parecía haber recuperado completamente el control de sí misma.

—Te dije por teléfono que era un asunto de vida o muerte —prosiguió la joven—. No mentía. Se trata de tu vida. No quiero que suceda, pero tu muerte parece inevitable.

—¿De qué estás hablando? Todos moriremos, por cierto.

—Pero tú morirás antes de tiempo. Podrías salvarte temporariamente. Debes elegir entre irte de Union City o suicidarte.

Travis se apartó:

—Estás loca —dijo exasperado—. Al minuto siguiente de estar en mis brazos, quieres que me suicide. ¿Qué manera de razonar es ésa?

—¡Sólo trato de pensar en ti! —dijo apenada.

—Tienes una lógica espantosamente desviada. Si piensas tanto en mí, mejor sería que me dijeras todo lo que sabes acerca de los doce hombres muertos, de la epidemia, de la casa de la calle Winthrop, de Rosalee Turner, de tu intervención en este asunto.

—No puedo decírtelo —se quejó ella, apartándose bruscamente—. Estoy arriesgando mi propia vida al estar aquí, conversando contigo.

—Eso es lo que tú dices. ¿Puedo creerlo acaso? ¿Sólo porque tú lo afirmas?

—Muy pronto verás claro en este asunto —dijo firmemente—. Pero no lo conseguirás si te empeñas en quedarte en esta ciudad.

Travis se pasó la mano por el pelo y se sentó en una silla. Parecía que la joven estaba diciendo la verdad. Si había venido a salvarle la vida, ¿cómo podía él seguir dudando? La miró.

—¿Dices que si no me voy de aquí moriré?

—Exactamente.

—Muy bien. Parto, pero con una condición.

Ella frunció el ceño:

—¿Cuál?

—Que tú vengas conmigo.

Por un instante la respiración de la muchacha se aceleró, apareció en sus ojos un destello de deseo y un repentino rubor le invadió el rostro. Pero inmediatamente volvió a exhibir su acostumbrada calma.

—Créeme que no hay nada en el mundo que yo desee tanto como eso, Travis —dijo suavemente—. Pero a ti no te conviene que yo vaya contigo.

—Entonces me quedo.

—Pues eres un loco —dijo con voz aguda la joven. Se quedó mirándolo, incrédula, como esperando que él cambiara de opinión.

En seguida se dio vuelta y, antes de que Travis pudiera evitarlo, estaba fuera de la habitación. Se oía el taconeo de sus zapatos al alejarse por el pasillo.

CAPITULO VIII

Rosalee Turner alineó a los hombres contra la pared de color púrpura. Con una gran escopeta apuntaba a uno de ellos. Apretó el gatillo. Salieron algunas chispas y el hombre se volvió gris, luego ennegreció, cayendo al suelo sin vida. Rosalee reía como una loca. Amartilló nuevamente el arma. “Debo detenerla”, pensó Travis. “Debo matarla antes de que extermine a todos estos hombres.”

De pronto, Betty Garner se interpuso entre él y la escena. Se aproximaba; sonreía y movía seductoramente los labios. Travis advirtió que su vestido, transparente, apenas ocultaba su cuerpo. Parecía estar próximo a la locura.

Travis no podía moverse. Aunque estaba maniataado, luchaba por liberarse. Todo era inútil. Repentinamente, la cabeza de Betty ocultó la escena de los hombres que se desplomaban. Una luz que provenía de un lugar desconocido hizo brillar sus cabellos. Se formó un halo alrededor de su cabeza. Sus ojos centelleaban, traviesos.

Luego lo besó apasionadamente. Al acariciarlo, le decía:

—No mires, querido. No te preocupes por ella. Rosalee es una mala muchacha. Te desataré y nos iremos.

Ella susurraba en su oído, y Travis podía sentir la proximidad de sus labios y de su aliento.

—Sólo pensaremos en nosotros... Tú y yo...

El repiqueteo de la campanilla del teléfono deshizo el sueño como una burbuja. Allí estaba, en la cama; conservaba todavía la emoción del encuentro soñado. Le hervía la sangre. La deseaba aún con más fuerza. Fue desvaneciéndose lentamente esta sensación mientras iba reconociendo su pieza.

—¿Travis?

Contestó con un balbuceo.

—Te habla Cline. Escucha, Travis; Gilberts se ha enfermado y nuestros asuntos se están descuidando. Te necesitamos. ¿No podrías venir a darnos una manita?

Travis se pasó la mano por la cara.

—Así que eso no marcha sin mí, ¿verdad?

—Podría entrenar una media docena de muchachos nuevos si los encontrara —dijo Cline—, pero es difícil. Supongo que habrás oído hablar de lo que sucede con la película.

—Sí. Cable me lo contó ayer.

—Entonces, escucha: este problema existe en toda la ciudad. No hay una sola película en buenas condiciones. Está ocurriendo algo difícil de comprender. Además, ¿no sabes lo que pasa con la radio y la televisión? Las interferencias son terribles.

—No sabía.

—Y eso también ocurre en todas partes —dijo Cline con voz ronca—. Comenzó ayer a las diez de la mañana. Nadie ha podido escuchar un programa de radio o de televisión hasta ahora. Las estaciones dejaron de transmitir.

—Parece haber alguna relación.

—Seguro que la hay. Contaba con que tú te ocuparías de descubrirla.

—Sabes muy bien, Cline, que estoy trabajando por mi cuenta.

—Muy bien —asintió Cline, aliviado—. Sigue trabajando solo, si prefieres. Pero podrías telefonarme de vez en cuando, ¿eh? No es necesario que vengas a la oficina o pierdas tiempo escribiendo a máquina. Encargaré a otro que haga eso... o lo haré yo mismo si es necesario.

—Cline —dijo Travis fríamente—, me retiré del trabajo con todo derecho. Parsons dijo que podía hacerlo. Tú te quedabas con todo el personal. En este momento yo podría estar en Moscú. ¿Qué habrías hecho, entonces?

—Pero estás aquí —replicó el director—. Y aun más; te encuentras trabajando en este asunto. Después de todo, estuviste desde el comienzo, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? ¡Si hubiera salido un día antes del hospital!

—Pero no fue así. Y ahora estás verdaderamente interesado en el caso. ¿Por qué no trabajas con el estímulo que significa estar haciendo algo para nosotros también?

—Hasta ahora me estaba desenvolviendo muy bien solo. Me gusta trabajar así. Todo cambiaría para mí si comenzara nuevamente a trabajar para el *Star*.

—¿No significa nada para ti, Travis, que yo esté pidiéndote una ayuda?

—Claro que sí, Cline.

Travis encendió un cigarrillo.

—¿No significa nada para ti que el *Star* te haya dado con qué vivir durante diez años, Travis? No se pueden tirar así no más diez años por la ventana.

—Escucha, Cline. Acabo de levantarme. Déjame tiempo para pensarlo nuevamente.

—Bravo, muchacho. Pero piénsalo rápidamente. Te necesitamos.

A Travis comenzó a ocurrírsele algo. Recordó, después de varios días, la llegada del anciano al hospital, cuando él aún se encontraba internado. Era el lunes por la noche y el hombre gritaba desesperadamente.

Travis tomó apresuradamente su desayuno y consultó una guía telefónica. Había sólo una posibilidad de que su pensamiento fuera acertado, y dependía de la veracidad de Betty y de las insinuaciones de Rosalee. La señorita Turner había hecho mención a lo ocurrido "esta mañana"; dijo que después de eso ya nada importaba... Ayer fue jueves. "Eso" había comenzado el jueves por la mañana. Y los aparatos de radio y de televisión comenzaron a funcionar mal el jueves a las diez de la mañana. Entonces recordó la televisión de la taberna. Hal Cable le había contado que las películas se velaron también el jueves por la mañana.

Entonces Travis tuvo siniestros pensamientos. Cuando le preguntó a Hal si habían tenido inconvenientes con las películas en ocasiones anteriores, éste le contestó afirmativamente. Travis recordaba haberle oído decir algo al respecto aquel día que fue al hospital a decirle que Cline deseaba que volviera. El día que llegó el viejo dando alaridos.

Estos hechos concordaban.

Encontró lo que estaba buscando en las páginas amarillas de la guía de teléfonos. Un taller de reparación de aparatos de radio. Escogió el que quedaba más cerca de la casa y se fue caminando hasta allí. Estaba cerrado. Entró en una farmacia y buscó en la guía otra dirección. La encontró. Hacía allí se dirigió. El local estaba abierto. Entró.

Un hombre alto, vestido de mecánico y con los pies encima del escritorio, lo recibió diciéndole:

—Bueno, llegó un cliente.

—¿No tiene clientes? —preguntó Travis.

El hombre señaló el teléfono.

—Tengo tantos que preferí descolgar el tubo —dijo—. Desde ayer por la mañana todos llaman para que les arreglemos sus aparatos de radio. Se me fue casi toda la mañana yendo de un lado a otro en busca de ellos y ahora están todos ahí, en la otra pieza. Los revisé y me sorprendí de encontrarlos en perfecto estado. Debe pasar algo con la recepción de las ondas.

—¿Qué se le ocurre a usted? —preguntó Travis, apoyándose sobre el mostrador.

El mecánico se encogió de hombros:

—Manchas solares o algo similar. Ya me parecía demasiado bueno para ser verdad; tanto trabajo junto... Ahora estoy esperando que todo esto se aclare y retiren los aparatos. ¿En qué puedo servirlo?

—Vine solamente en busca de información —dijo Travis—. ¿Ha ocurrido algo así otras veces?

El mecánico meneó la cabeza.

—No. No recuerdo nada parecido. A veces alguien nos llama para que vayamos a retirar un aparato de radio que no funciona. Cuando lo traemos al taller funciona perfectamente; por lo general se trata de una lámpara floja, y basta mover un poco el aparato para que el contacto vuelva a establecerse. Por eso, lo primero que hago ahora es ajustar las lámparas y golpear un poco el mueble para ver si funciona.

—Y el lunes pasado, ¿tuvo algún trabajo de ese tipo?

—¿El lunes? —El hombre se rascó la cabeza—. Déjeme pensar...

Abrió un cajón y extrajo un libro. Mientras lo hojeaba repetía:

—Lunes, lunes... Sí... aquí está. Sí; hubo tres casos parecidos el lunes. Pero no les presté mayor atención. Los dueños de esos aparatos nos dijeron que habían venido a traerlos el domingo, pero nosotros teníamos cerrado el negocio. Cuando los hicimos funcionar andaban perfectamente.

—Ahora viene la pregunta más importante —dijo Travis—. ¿De dónde trajeron esas radios?

El hombre lo miró inquisitivamente:

—¿Y por qué le interesa saberlo?

—Estoy tratando de relacionar estos hechos con los sucesos del día de hoy. Su información podría ser de gran ayuda.

—Muy bien. Pero déjeme ver. Aquí están las direcciones: calle Willard 1300. Winthrop 1635 y avenida Ridgeway 2110.

Después de alzar la cabeza para mirar a Travis, prosiguió:

—Pero no me doy cuenta qué tiene que ver esto con lo que ocurre desde ayer. Cuando probamos aquí esos aparatos, funcionaban muy bien.

Travis copió las direcciones.

—¿Tiene un teléfono?

El mecánico, ahora completamente confundido, señaló el teléfono descolgado.

—Gracias —dijo Travis—. Olvidé que ya lo había visto.

Colgó el receptor, luego volvió a levantarlo y marcó el número del *Star*. Preguntó por Hal Cable.

—Hal —dijo—, te habla Travis.

—Hola. Me parece que Cline te anda buscando.

—No importa... Y, antes de seguir adelante, muchas gracias por el automóvil. ¿Encontraste todo en condiciones?

—Sí. Sí. ¿Qué te sucede?

—Escucha. ¿Recuerdas que me contaste algo acerca de esas películas que se velaron el lunes pasado, cuando viniste a visitarme al Union City Hospital?

—¿Si lo recuerdo? ¿Cómo podría olvidarlo?

—Muy bien. Ahora escucha. ¿Dónde fueron a tomar fotografías los muchachos ese día?

—Ajá; ya me imagino lo que te traes. Me parece que era en la zona oeste de la ciudad. Sí, ahora recuerdo que uno de ellos fue a un orfanato que queda en esa zona y fotografió un...

—Eso no interesa. ¿Y los demás?

—Déjame pensar... Sí; Winters también fue hacia el oeste, al campo de deportes. Y Hayden fue... Diablos, no puedo recordarlo.

—¿Podría haber ido alguno de ellos a tomar fotografías cerca de la casa de la calle Winthrop, la que se incendió?

—Espera un minuto... Sí, sí; estuvieron a unas dos cuadras de distancia, en la calle Leland. Dime, Travis, ¿crees que hay alguna relación en todo esto?

—Claro que la hay. Ahora tengo que irme.

Colgó el receptor y salió en busca de un taxi. Pidió que lo llevara al departamento de policía.

—¿Travis! —exclamó el capitán Tomkins cuando lo vio entrar en su oficina—. Me alegro de verlo. Qué incómodo es estar sin radio, ¿no le parece? ¡Condenadas manchas solares! Uno no sabe lo que valen las cosas hasta que siente que no las tiene.

—¿Quiere decir que hasta ahora a nadie se le ha ocurrido relacionar las interferencias con las películas veladas? —preguntó Travis.

—¿Películas veladas? ¿De qué está usted hablando?

—¿No tiene una de esas cámaras fotográficas que usa la policía?

—Por supuesto, pero...

—Así se enterará inmediatamente. Todos los rollos de películas se están velando. En realidad, eso sucede solamente al ser revelados.

El capitán Tomkins se golpeó el mentón.

—Esto sí que es interesante.

—Sin duda —continuó Travis—. Pero sólo le he contado la mitad.

Luego le explicó al capitán cómo interpretaba él las noticias acerca de las películas del *Star* que se habían velado el día lunes y de las radios descompuestas el mismo día en la vecindad de la casa de la calle Winthrop.

—Entonces, quiere decir... ¡Dios mío! —exclamó el capitán Tomkins mirándolo fijamente—. Quiere decir que la radiación ¡ha aumentado de intensidad!

—Exactamente —dijo Travis—. A ver qué le parece mi interpretación: esto ha comenzado el domingo en la casa de la calle Winthrop. Las radios funcionan mal, pero la gente no puede mandarlas a arreglar, puesto que es domingo. Sólo reciben interferencias los aparatos próximos a la casa. En cambio, ahora parecen haberse extendido por todas partes. El lunes Hal Cable, jefe de fotógrafos del *Star*, envía a dos de sus ayudantes más inexpertos a tomar fotos. ¿Qué sucede? La película se vela. Pero también les ocurre lo mismo a otros dos fotógrafos duchos en su

profesión que van a tomar vistas en las proximidades de la casa incendiada. La radiación las ha arruinado.

Todo esto continúa durante el día lunes —prosiguió—. El lunes por la noche, mientras me encuentro en el Union City Hospital, traen al viejo. El anciano se desgañita gritando. Descubrimos que estuvo en la calle Winthrop y recibió la radiación. Luego le sucede lo mismo a Chester Grimes. A éste lo hallamos dentro de la casa. Habría muerto probablemente al mismo tiempo o antes que el otro anciano. Pasan dos días. El miércoles por la mañana comienzan a llegar más enfermos al hospital, y tienen que separarlos en un pabellón especial. Pero la plaga parece estar limitada a una pequeña área, ya que son apenas doce los enfermos. En este momento, esto se está extendiendo por toda la ciudad. Ayer por la mañana, cuando estuve con usted en la oficina del jefe, su radio no funcionaba. Eran las diez de la mañana. Hoy es viernes. Si no me equivoco, muy pronto se llenarán de enfermos los hospitales, capitán.

El capitán se quedó con la boca abierta. Sus hirsutas cejas estaban contraídas en actitud de concentración. Trataba de comprender. Su palidez era impresionante.

—En este mismo instante —continuó Travis— las radiaciones nos rodean, comienzan a ejercer su siniestro influjo. Es necesario que hagamos algo. Pero antes debo decirle algunas cosas que hasta ahora no le he contado.

Travis le mostró la tarjeta que había encontrado en la casa y le habló de su entrevista con Rosalee Turner. También le refirió sus conversaciones con Betty, y la advertencia de ésta acerca de algo muy terrible que podía acaecerle si no se iba de la ciudad.

—¿Por qué? —exclamó el capitán—. ¿Por qué?

El capitán permaneció unos segundos inmóvil, debido a la angustia que le producían estos pesamientos. Pero en seguida comenzó a actuar frenéticamente. Apretó todos los timbres que tenía en el escritorio. Entraron seis policías.

A uno de ellos le dio la dirección de la casa de Ro-

salee Turner. A otro, la dirección de su oficina. Explicó a cada uno de los hombres lo que debía hacer; llamó al jefe y conversó con él durante unos minutos, y luego salió de la oficina llevando a Travis por el brazo.

Dirigiéronse de prisa hacia el Union City Hospital, haciendo sonar la sirena del automóvil. Cuando llegaron, fueron al despacho del doctor Stone. Allí estaban los doctores Leaf y Wilhelm. En pocos minutos les relataron sus últimas impresiones acerca del desarrollo de los hechos. Los médicos palidecieron sin poder articular palabra.

Finalmente, el doctor Leaf rompió el silencio.

—¡Obra de locos! —dijo, jadeando—. ¿A quién se le habrá ocurrido algo semejante?

—No creo que se trate de un loco, doctor —dijo Travis—. Al principio pensé que podría tratarse de Dutch McCoy, un aventurero de los negocios. Pero ahora me consta que no es él. Caballeros, me arriesgo a decirles que los responsables de todo esto son mujeres.

—¡Mujeres! —repitió incrédulamente el doctor Wilhelm—. Pero, ¿por qué dice eso, señor Travis?

Estaba mucho más amable que durante la última visita de éste.

—Una mujer le alquiló la casa a Dutch McCoy por seis mil dólares, a razón de mil dólares mensuales, durante seis meses.

—¡Diablos, Travis —dijo el capitán Tomkins, sorprendido—, usted no me había dicho esto!

—Sin duda, me olvidé de contárselo hace un momento. Y detrás de todo este asunto aparecen dos mujeres. Insisto: hasta ahora no tenemos la pista de ningún hombre.

—¿Podrían ser, acaso, agentes de alguna potencia extranjera? —preguntó el doctor Leaf.

Travis meneó la cabeza.

—No. Ninguna de las dos muchachas tiene acento extranjero. Además, me parece que hace bastante tiempo que están mezcladas en esto.

—¿Qué incentivos podrían tener? —inquirió el doctor Leaf.

—No podemos perder tiempo haciendo conjeturas —dijo Travis—. Es más importante encontrar la causa de las radiaciones y tratar de suprimirlas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, señor Travis —dijo el doctor Stone.

—Así que eran radiaciones... —dijo el doctor Wilhelm sombríamente.

—Pero, ¿cómo interrumpir el proceso radiactivo? —agregó el capitán Tomkins.

—Recuerdo cómo procedían en un hospital donde yo trabajaba hace algunos años —comentó el doctor Leaf—. Cuando apareció la televisión, algunas personas que vivían cerca del hospital se quejaban por el mal funcionamiento de los aparatos. Cada vez que hacíamos funcionar nuestra máquina de diatermia, la pantalla de los televisores era atravesada por una ancha faja de líneas luminosas. Como ignorábamos el efecto producido por el aparato, no tomábamos ninguna medida. Finalmente un vendedor de televisores de la zona, en vista de la escasez de compradores, llevó el asunto a la estación emisora. Esta, a su vez, informó a la Dirección Federal de Comunicaciones. Uno o dos meses después enviaron un aparato rodante —instalado dentro de un camión— que hizo una recorrida general. En seguida localizaron el centro perturbador en el hospital. Entonces nos dijeron que teníamos que blindar la máquina de diatermia o tomar alguna otra medida para evitar las interferencias. Si era necesario, tendríamos que adquirir una nueva máquina. Tengo entendido que ahora vienen completamente protegidas, de modo que no ocasionan ya interferencias.

—Entonces —dijo el doctor Stone— debemos llamar a la Dirección Federal de Comunicaciones y pedirle que traten de localizar el centro perturbador.

—No tenemos tiempo —dijo Travis—. Es necesario actuar inmediatamente. Esta misma noche o mañana temprano comenzarán a llegar los enfermos con la piel oscurecida y se irán muriendo paulatinamente.

—Quizá tengamos que evacuar la ciudad —dijo el doctor Wilhelm.

—Sería inútil —replicó el doctor Stone—. Todo lo que dijo el señor Travis probablemente sea exacto y, muy posiblemente, todo ocurrirá tal como él lo prevé, pero, ¿quién creería en ello? ¡Se produciría una gran confusión! La gente enloquecería tratando de escapar. No, esa solución no sirve. Con seguridad se producirían de ese modo más muertos que si se quedaran aquí a enfrentar las cosas de la mejor manera posible.

—¿Cómo piensa darles la noticia, entonces?

—No podemos usar la radio.

—Aquellos que tienen familias numerosas no podrán abandonar sus hogares —dijo el capitán Tomkins gravemente.

—Podríamos dar la noticia al *Star* y a los otros diarios —declaró Travis—. Pero, aun así, sería demasiado tarde. Si no he comprendido mal, el doctor Leaf acaba de decir que la Dirección de Comunicaciones demoró uno o dos meses para localizar la máquina de diatermia. ¿Qué podemos hacer?

—Veamos —dijo el doctor Leaf—: ¿qué nos sugiere usted?

—En esta ciudad hay una gran cantidad de radioaficionados. Estoy bien enterado de ello, pues tuve que trabajar en una época haciendo notas sobre ese tema. Admito que no sé nada de electricidad o de radio, pero creo que estos jóvenes conocen bien la materia. Quizá ellos podrían localizar la máquina que estamos buscando.

—Podemos agruparlos —sugirió el capitán Tomkins— y dar a cada uno de ellos una zona de la ciudad para investigar.

—¿No les parece que nos olvidamos de algo, caballeros? —dijo el doctor Stone con calma—. Estamos todos aquí discutiendo acaloradamente sobre la forma de evacuar la ciudad y no llega ni un solo paciente nuevo al hospital. Sin duda está ocurriendo ahora lo mismo que sucedió el día lunes, pero parecería que la radiación fuera menos intensa o de otro tipo. Lo

que yo quiero decir es que no tenemos la seguridad de que de esto se deriven consecuencias tan graves.

—No, pero es mejor estar preparados para lo peor —dijo Travis—. Recuerde que yo conozco a las dos muchachas, que he visto el brillo de sus ojos. No hay duda de que se traen algo entre manos. Estas radiaciones tienen una finalidad. Sugiero que nos pongamos en movimiento ahora mismo. Si no ocurre nada ulteriormente, al menos habremos estado preparados para hacerle frente, sea lo que fuere.

—Estoy de acuerdo con el señor Travis —dijo el doctor Leaf.

—Yo también —agregó el doctor Wilhelm.

El capitán Tomkins asintió.

En ese momento sonó el timbre del teléfono. El doctor Stone contestó:

—Es para usted, capitán —dijo, extendiendo el receptor al policía.

—Sí, señor alcalde —respondió el capitán, y después de unos minutos colgó el aparato.

—El alcalde Barnston dice que hay que aclarar este asunto en el menor tiempo posible —explicó el capitán—. Pone a nuestra disposición todos los recursos existentes en la ciudad para extirpar a fondo la causa de las radiaciones. Ah..., quiere hablar con usted, Travis, cuando salga de aquí.

Diez minutos después llegaba Travis a la oficina del alcalde Harvey Barnston. Era un hombre corpulento, de sienes plateadas. Tenía una magnífica postura, y lograba impresionar con su aspecto cuando llevaba puesto el uniforme de gala en las ocasiones importantes. Pero ahora parecía muy preocupado.

—Probablemente veremos desencadenarse serios acontecimientos si llega a suceder lo que usted prevé —dijo el alcalde seriamente—. En ese caso, habrá que hacer alguna declaración e informar al público sobre lo que ocurre. Usted tendría entonces que ocuparse de eso. ¿Lo haría?

—Con el mayor gusto, alcalde Barnston —dijo Travis—. Y espero, como usted, que no sea necesario. De todos modos, quisiera tener el privilegio de con-

tinuar realizando mis propias investigaciones.

—Me parece que usted ya tiene la clave de este asunto. Es lógico lo que propone, pues quizá estemos aún a tiempo de detener la plaga. No quiero tenerlo atado a un escritorio, pero le ruego que cada vez que ande cerca, venga a verme. Y ya sabe, Travis —continuó el alcalde con verdadero sentimiento—, que si consigue tener éxito en este asunto, toda la ciudad le estará agradecida. Por supuesto, siempre que suceda lo que usted predice.

—Comprendo, señor alcalde.

El jefe Riley golpeó la puerta y entró en la oficina sin esperar respuesta.

—Varios radioaficionados están instalando equipos especializados en un comercio cercano —dijo—. Enviaré al capitán Tomkins, con dos patrullas, para ayudarlos. ¡Ah!, Travis, esa muchacha Rosalee Turner, de la que usted habló con el capitán Tomkins, no fue hoy a trabajar. Además, parece que se mudó de domicilio.

—Gracias, jefe —expresó Travis—. Podía esperarse algo semejante. ¿Me permite acompañar a las patrullas?

—Por supuesto —replicó el jefe—. Pero debe apurarse. Los dos vehículos salieron hace un minuto; usted puede ir caminando hasta ese lugar, que queda en la esquina, mientras ellos dan vuelta a la manzana.

—Hasta luego —dijo Travis, mientras salía apresuradamente de la oficina.

CAPITULO IX

—Le presento a Bill Skelley —dijo el capitán Tomkins señalando a un hombre alto y huesudo, en quien Travis reconoció al técnico en radios que había visto por la mañana.

—Parece que mis datos resultaron útiles —dijo Bill,

mientras llevaba un cable hasta el camión estacionado frente al negocio de radiofonía.

—Así es — contestó Travis.

—Los que están en el camión son Thornton Rhoades, a quien llamamos Thorny, y Bob Donn — dijo Bill, señalando a los dos hombres que trasladaban el equipo de radio hacia el vehículo.

Ambos saludaron a Travis.

—¿Estamos listos, capitán?

—Estamos esperándolos — repuso el capitán Tomkins —. Si no se oponen, iré en la parte trasera del camión. Los tres hombres que van en cada automóvil policial saben ya lo que tienen que hacer.

El capitán subió con Travis y Bill. Thorny manejaba. Pocos instantes después el camión radial, flanqueado por los dos automóviles de la policía, se dirigía hacia el centro de la ciudad. El capitán, Travis y Bill se zarandeaban sobre el vehículo, que iba sorteando el tránsito ayudado por las sirenas de los automóviles policiales. A cada salto del vehículo Travis contemplaba el equipo, rogando que soportara mejor que él las peripecias del viaje.

—¿Hacia dónde vamos? — gritó, apoyándose sobre el costado del camión.

—Hacia el campo — replicó Bill —. Aquí hay demasiados edificios y antenas.

Travis echó un vistazo al equipo. Algunas baterías, un sistema de altavoces y una antena circular. Estaba montado sobre una caja que le permitía moverse en cualquier dirección. Cuando llegaron a la avenida que conducía afuera de la ciudad, el camino se alisó; entonces pudieron hablar en un tono más natural.

—¿Para qué es esa antena redonda? — preguntó Travis.

—Es un circuito rotativo — contestó Bill —. Un detector corriente de ondas. Cuando lleguemos a destino lo haremos funcionar. Las líneas de fuerza (esa interferencia que estamos buscando) cortarán el circuito, produciendo energía eléctrica. Afortunadamente, la onda que nos preocupa es una onda polarizada verticalmente.

Travis asintió.

—¿Y eso conviene?

—Es lo mismo que ocurre cuando se envuelve un imán con un alambre, y se consigue de este modo iluminar una lámpara — explicó Bill —. Pero nuestra corriente es más débil y tendremos que amplificarla. Debemos hacer girar el circuito hasta obtener una señal correspondiente a la máxima y a la mínima radiación. Una aguja indicadora nos señalará la dirección de donde ésta proviene.

Travis asintió nuevamente.

—Espero que ande bien. Observe cuando comencemos. Thorny y Bob se colocarán auriculares para fiscalizar la interferencia. Pero también usamos un tubo de rayos catódicos. ¿Ve ese ojo eléctrico? Sirve para indicar el máximo y el mínimo. — Señaló entonces una abertura redonda en el amplificador.

—Podría ser necesario que tuviéramos que cambiar la extensión del circuito si tropezáramos con dificultades, pero, a juzgar por el tipo de las ondas, confío en que no las tendremos. La interferencia parece ser producida simplemente por una fuente de alta tensión. Es probable que se manifieste en toda la amplitud de la banda, porque ya lo hemos comprobado en la televisión. Sabemos que se extiende desde los cien kilociclos hasta los mil megaciclos, cubriendo la totalidad del espectro, ya sea directa o armónicamente. Creo que nadie ha tratado de comprobar estos datos.

El capitán Tomkins preguntó entonces:

—Una vez que está en las cercanías de una onda, ¿resulta fácil localizarla?

—Ese es el gran problema. Si obtenemos una línea clara y definida y sabemos que sólo existe una fuente, podemos ubicarla rápidamente, con mucha aproximación, en un radio que abarque una o dos casas. En caso contrario, necesitaríamos explorar una zona bastante extensa.

El camión y los automóviles se detuvieron finalmente a un costado del camino, y los técnicos comenzaron a trabajar.

Travis observaba el circuito rotativo, que brillaba

a la luz del sol mientras giraba lentamente alrededor de su eje. Thorny y Bob escuchaban atentamente en los auriculares. Cuando el ojo eléctrico se cerró, ambos alzaron los brazos.

—Ya está —dijo Thorny.

Bill Skelley desenvolvió un plano de la ciudad y lo extendió sobre el piso del camión. Mientras Bob verificaba la dirección en el dial, Bill trazaba una línea que iba de borde a borde, pasando por el mismo corazón de la ciudad.

Pocos minutos después los tres vehículos se ponían nuevamente en movimiento, levantando una nube de polvo del costado del camino antes de entrar nuevamente en el pavimento. Anduvieron aproximadamente una milla hacia al oeste de la ciudad, luego doblaron en dirección al norte, y desembocaron en otro camino pavimentado.

—Hasta aquí vamos bien —dijo Bill, ubicándose junto a Travis y al capitán Tomkins, en la parte posterior del camión—. No hay desviaciones ni efectos nocturnos, ni cuadraturas. En la marina era muy diferente. Nunca hacíamos observaciones durante el día: siempre con el peor tiempo.

Travis advirtió que Bill hablaba más para sí mismo que para ellos, de modo que prefirió no hacer comentarios.

Varias millas más adelante el camión detectó otra interferencia de alto voltaje, y los técnicos procedieron con la misma eficacia. Una tercera lectura mostró que la línea, después de atravesar un camino lateral, se desviaba hacia el este.

Bill sonrió cuando Bob le dictó los números. Trazó la tercera línea y exclamó:

—¡Creo que ya lo tenemos!

El capitán Tomkins y Travis se arrodillaron para mirar el mapa con mayor comodidad. El otro técnico los imitó.

—¿Ven? Las tres líneas se cortan exactamente aquí —dijo Bill, señalando un punto sobre el mapa.

—Queda en la calle Wright, justo en la mitad de la

cuadra comprendida entre Major y Hennepin, en el mismo centro del distrito comercial.

—Hay allí un almacén, ¿verdad? —preguntó Bob.

—Me parece que tiene razón —contestó Travis.

Los interrumpió el capitán Tomkins:

—Y bien, ¿qué hacemos aquí? Vamos inmediatamente hacia ese lugar.

El viaje de regreso a la ciudad lo efectuaron sin hacer sonar las sirenas. Los automóviles policiales y el camión entraron en la calle Wright, y luego continuaron lentamente su marcha hasta llegar a Major. La caravana dobló por Major llegando a una avenida. Después de andar un corto trecho los vehículos se detuvieron.

Los seis policías que ocupaban los dos automóviles se acercaron al camión. Los técnicos, Travis y el capitán Tomkins descendieron del mismo.

—Johnson, Barwinkle y Evans: vigilen el frente del edificio —ordenó Tomkins—. Los demás ocúpense de la parte posterior.

—¿Qué es lo que estamos buscando, capitán?

—Supongo que nos interesa encontrar algo así como un equipo de rayos, ¿verdad, Bill? —preguntó el capitán Tomkins.

—Algo semejante —replicó Bill—. Fíjese bien en los aparatos o instalaciones de aspecto poco común. Si tiene dudas, pregúntenos.

La entrada del edificio ubicada sobre la avenida estaba atascada de tarros con basura y desperdicios, que ocupaban la vereda que se extendía frente al negocio. A un costado se veía una desvencijada escalera de madera.

El capitán Tomkins envió tres policías a vigilar el frente del negocio, y a los otros tres a la parte posterior. Uno se apostó cerca de la entrada para evitar que alguien entrara en el edificio.

La parte de atrás del negocio estaba bastante ordenada. Se encontraban allí las acostumbradas cajas de embalaje, mostradores, depósitos de mercaderías y estantes diversos. También había una máquina de picar

carne, y una mesa donde se exponían varias mercaderías.

Tanto Travis como Bill observaban ansiosamente todos los detalles, pero el técnico no descubrió allí nada anormal.

Entonces el policía llamado Johnson asomó la cabeza por una de las puertas del frente.

—¿Encontraron algo por allí? —preguntó el capitán Tomkins.

—Absolutamente nada, capitán.

El grupo salió por la puerta posterior y subió por las escaleras hasta el primer piso. Sin vacilar, el capitán de policía franqueó la puerta.

Era la cocina de un departamento. Sorprendieron allí a una mujer de cabellos grises que estaba lavando platos. Esta dejó lentamente el plato que lavaba, se secó las manos en un repasador y, después de apartar un mechón de pelo que le caía sobre la oreja, los miró con sincera sorpresa.

—Usted deberá perdonarnos, señora —dijo el capitán Tomkins—. Estamos buscando algo.

—¿Algo? —preguntó temblando la mujer—. ¿Adónde fue Roscoe y qué hizo?

—Nada le pasa a Roscoe —repuso el capitán—. ¿Es su marido?

—Sí. Me asustaron... ¿Qué desean?

—Queremos echar un vistazo. ¿Quién vive aquí?

—Nosotros, con una chica. Eso es todo. Nadie más.

—¿Quiénes son "nosotros"?

Roscoe y yo. El señor Tredding y la señora.

—¿Y la chica?

—Se llama Alice Gilburton. Es encantadora.

—¿Me permite echar un vistazo por aquí?

—Por supuesto. Pero, ¿qué están buscando?

—Si lo encontramos, le explicaremos de qué se trata.

Los hombres inspeccionaron rápidamente el departamento, pero cuando subieron los agentes de policía comenzaron a revisar con mucho cuidado los accesorios eléctricos, el sofá, el aparato de radio, los armarios del comedor.

A Travis le parecía que estaban procediendo algo

tontamente. La casa parecía un hogar común, y era ridículo pensar que pudiera encerrar algo capaz de perturbar toda una ciudad.

Se trasladaron a la cocina. No dejaron un mueble sin revisar. La señora Tredding los seguía, frotándose nerviosamente las manos; ayudaba algunas veces, pero más bien perturbaba la búsqueda con su charla ininterrumpida acerca de diversos asuntos relacionados con el manejo de la casa.

—No encontrarán nada en ese jarrón —dijo—. Es un regalo de mi tía Marta. No se nos ocurriría guardar ahí nada que la policía tuviera interés en encontrar.

—¿Quién ocupa esa pieza? —preguntó el capitán Tomkins, señalando una puerta cerrada.

—Es la habitación de Alice. Pero no podrán entrar ahí.

—¿No? ¿Por qué?

—A Alice no le gustaría. No deja que nadie entre. Siempre cierra la puerta con llave.

—Ah, ¿sí?

—Es una muchacha muy tímida. Se molestaría muchísimo si supiera que alguien ha entrado en su pieza, especialmente si lo hiciera Roscoe. Ella y Roscoe no se llevan bien.

—Déme la llave. Tendremos que abrirla.

La mujer meneó la cabeza.

—No, no puede hacer eso. Además, Alice tiene las dos llaves. Hizo que le entregara todas las llaves cuando vino aquí, hace un año.

—Creo que tendremos que derribarla, entonces, señora de Tredding —dijo el capitán.

—¡No lo permitiré!

Las manos de la señora de Tredding no cesaban de moverse, y sus ojos expresaban un gran temor. Balbuceó nerviosamente algo que nadie pudo comprender. Dos de los policías arrimaron sus hombros contra la puerta, forzándola hasta abrirla. Se oyó un crujir de maderas. La señora de Tredding ocultó el rostro entre las manos.

La vista de la habitación los decepcionó. Estaba tan

limpia que resultaba imposible descubrir una pizca de tierra en alguna parte. Un impecable cubrecama de color verde se extendía sobre el lecho; sobre la cómoda había un tapete marrón. Las cortinas eran transparentes, primorosas. Por segunda vez, desde que entrara en el departamento, Travis se sintió muy molesto. Seguramente los demás experimentaron la misma incomodidad, pues vacilaron antes de introducirse en la habitación.

Bill se adelantó primero. Abrió los cajones de la cómoda; luego se dirigió hacia el ropero. Inmediatamente después de abrirlo dijo con sencillez:

—Aquí está.

Se agachó para ver algo que estaba sobre el piso del guardarropas.

Era una caja de metal cuya forma recordaba a la de una valija. En cada costado tenía una abertura por donde se podía distinguir el resplandor de una lamparilla. Todos se arrimaron a observar el objeto. Los dedos de Bill trabajaban velozmente tratando de descubrir la conexión principal. Al mover el aparato, advirtió que su base estaba unida a tierra por medio de dos alambres conductores. De un tirón los desconectó. Instantáneamente la lucecita se extinguió. En seguida alzó la caja y la colocó sobre la cama.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el capitán Tomkins.

Bill no contestó. En cambio, comenzó a palpar la tapa superior, consiguiendo finalmente levantarla.

No pudo contener un silbido.

—Alice es incapaz de hacer mal a nadie —dijo la señora de Tredding.

—¿Tiene receptor de radio, señora? —preguntó Bill.

—No funciona. No funciona desde ayer por la mañana. Nadie quiere venir a arreglarlo.

Uno de los policías trajo un pequeño receptor. Bill lo enchufó.

—No oirá absolutamente nada —dijo la señora de Tredding—. Sólo se escucha un zumbido constante.

En pocos minutos, la radio se calentó. Pero era im-

posible escuchar algo. Bill hacía girar el dial, pero únicamente conseguía sintonizar apenas algunas estaciones lejanas.

—Ya lo tenemos —dijo Bill—. Por fin encontramos la causa de todos estos inconvenientes.

—Señora de Tredding —dijo el capitán Tomkins, avanzando hacia la confundida mujer—. ¿Dónde trabaja Alice Gilburton?

—En la compañía Acme Furnace. Es secretaria.

—Johnson —prosiguió el capitán, dirigiéndose al policía—: vaya con otros tres hombres y traigan a esta muchacha para que la interroguemos. Barwinkle y Jones: quédense aquí a acompañar a la señora. La muchacha podría aparecer en cualquier momento. No le permitan usar el teléfono ni comunicarse con el exterior.

Aunque apenas había transcurrido la mitad de la tarde, el taller de reparación de radios estaba ya casi a oscuras. Llegaba la débil luz de una lámpara eléctrica colocada encima de la mesa de trabajo; además, penetraban algunos rayos por la única ventana, situada en la parte posterior del negocio, y también por debajo de una puerta que separaba el taller de la oficina con vista a la calle.

La luz eléctrica iluminaba un círculo de rostros: el capitán Tomkins, Gibson Travis, Bill Skelley, Thorny Rhoades, Bob Donn y el doctor Leaf, a quien llamaron a último momento al hospital. Todos contemplaban fascinados cómo Bill desmontaba algunas piezas del equipo que contenía la caja metálica y las colocaba sobre un banco.

—Como les iba diciendo —explicó Bill— este aparato parece un generador van de Graaff de juguete. El silbido que escucharon cuando comencé a sacar esta pieza se debió a un escape de gas que se hallaba a cierta presión.

Extrajo una porción del material y, sonriendo, prosiguió:

—Sí. Miren esto. ¿Ven? Hay una envoltura de material aislante adentro de esto. Al ser bombardeado

con electrones adquiere una carga eléctrica. Se halla ajustado a esta esfera de metal por el otro extremo y, a medida que el cinturón aislante se mueve, sin duda a una velocidad enorme, la carga pasa al interior del aparato. Es un dispositivo asombroso. El gas a presión permite crear rápidamente una carga tremenda dentro del aparato, que podrá suministrar una fuente permanente de iones al tubo de rayos X.

—Es increíble —suspiró el doctor Leaf—. Completamente increíble. ¿Cómo puede trabajar un aparatito de este tamaño? He visto máquinas semejantes en el hospital y en laboratorios de investigación; hasta he manejado yo mismo algunas de ellas, pero este tubo de rayos X tiene sólo veinticinco centímetros de largo. Los que yo conozco tienen por lo menos tres metros.

—¿Recuerdan los primeros aparatos de radio? —preguntó Bill—. Reconozco que esto es, sin duda, algo especial. Ni siquiera podría decir con qué están hechas algunas piezas. El cinturón aislante, que ordinariamente se hace con seda, parece confeccionado con un material mejor aún. Además, ¿ven esos pequeños ganchos para recoger la carga?... Indiscutiblemente no conocemos nada semejante, a juzgar por los efectos que ha producido sobre los receptores de radio durante las últimas veinticuatro horas.

—Estoy tratando de calcular el voltaje, Bill —dijo Bob—. ¿Cuántos voltios dirías tú que tiene esta máquina?

—Para poseer un poder semejante debería tener más de un millón.

—¿Con un tubo tan pequeño! —exclamó Thorny.

—Miren lo que hay en el extremo del tubo —comentó Bill—. Es un motorcito de inducción; nunca vi uno tan diminuto y perfecto. Posiblemente es lo que hace girar a gran velocidad el tungsteno insertado en el ánodo. Pero no..., no podría ser tungsteno; debe ser algo mucho más resistente, ya que el tungsteno no resistiría tantos choques con electrones. El motorcito, al girar, actúa como distribuidor de la radiación. Y, hablando de radiaciones, quizá sea imposible medirlas, a causa del voltaje que deben de tener.

—¿Qué significan esos discos que rodean al tubo por arriba y por abajo? —preguntó Travis.

—Son para unificar el voltaje, ¿verdad, Bill? —inquirió Bob.

—Creo que sí. Evitan que la tensión se distribuya en forma despareja a lo largo del tubo. Por lo que veo, también están contruidos con un material diferente.

—Muy bien, Bill —dijo el capitán Tomkins—. Todos hemos observado ya el aparato. Pero, ¿qué significa? ¿Para qué sirve?

—Es una mera suposición, capitán —dijo Bill—, pero ya que estamos en tren de plantear hipótesis, se la diré: creo que este pequeño aparato puede irradiar al exterior rayos *gamma* de longitud de onda mucho menor a la conocida; diría que sobrepasa ampliamente a la longitud de los rayos X, o sea, a un cuatrillón de megaciclos. Me imagino que una longitud de onda tan pequeña debe resultar imposible de medir; la estimaría en unas 0,3 a 0,015 unidades Angstrom en el espectro electromagnético, junto a los rayos cósmicos. Ustedes sabrán que en tales magnitudes es posible hablar de una "creación" de materia... Pienso que todo esto debe de estar bastante relacionado.

—Perdonen mi ignorancia —dijo Travis—. Me gustaría saber qué es una unidad Angstrom.

—Es una medida igual a la cienmillonésima parte de un centímetro. Cuanto mayor es el valor de la unidad, tanto mayor es la longitud de onda. Por ejemplo, conocemos rayos que oscilan entre 7,600 y 3,800 unidades Angstrom. Los que sobrepasan el valor máximo se denominan infrarrojos; los más cortos son los ultravioletas.

El doctor Leaf se movió nerviosamente.

—Aunque comprendo a grandes rasgos el sentido de este aparato —dijo—, no por eso me produce menos horror. Es como si alguien tomara una máquina productora de rayos X y la hiciera funcionar frente a las personas que caminan por la calle. Pero esto es mucho peor, pues no sabemos nada acerca del tipo de radiación que produce. Sólo conocemos sus efectos.

—¿Podría usted explicar esta parte? —preguntó el capitán Tomkins.

—Con mucho gusto. En medicina se usan rayos comprendidos entre una y 0,15 unidades Angstrom, yendo de los más largos a los más cortos. Los rayos *gamma*, emitidos por el *radium* y otras sustancias radiactivas, poseen una longitud de onda que varía entre 0,04 y 0,07 Angstrom, sobrepasando los rayos X de pequeña longitud de onda. Esto —dijo, señalando la caja de metal— funciona en otro sentido y resulta imposible comprender lo que sucede en su interior, aunque hayamos tenido abundantes pruebas durante esta semana.

—Agregaré, si me permite —dijo Bill—, que la teoría de los *quanta* estableció una correspondencia entre cada radiación de una longitud de onda dada y cierto número de voltios. Las radiaciones visibles y las ultravioletas corresponden a muy pocos voltios; en cambio, los rayos X representan cientos de millones de voltios. Para provocar un rayo *gamma* es necesario emplear potencias que sobrepasen el millón de voltios. Lo que nosotros detectábamos con nuestro equipo no eran los rayos *gamma*, sino la interferencia causada por el voltaje tan elevado.

Levantó la caja y la dejó caer. El metal sonó a hojalata.

—¿Ven? Ni siquiera trataron de protegerla con una armadura adecuada. Les debe de haber resultado imposible conseguir algo mejor, y se arriesgaron a hacerla funcionar así. Lo ideal, por supuesto, hubiera sido que la armadura sólo dejara pasar los rayos *gamma*... o lo que sea. A causa de esta pequeña falla nosotros pudimos localizar el aparato.

—Esto no me gusta nada —dijo el doctor Leaf—. Si hemos encontrado un aparato, es posible que tengan varios más.

—Lo que no comprendo es qué tipo de organización se esconde detrás de este asunto —dijo Travis—. ¿Qué motivos tiene una "chica encantadora", como dice la señora de Tredding, para ocultar semejante artefacto en su habitación?

El capitán Tomkins encendió su pipa.

—Aquí debe haber algo más de lo que se ve a simple vista. Seis mil dólares por seis meses alcanzan para alquilar un edificio completo. Si han colocado el aparato en esta pieza es porque no afecta a las mujeres. Esto me hace pensar en las derivaciones internacionales del caso.

—Estoy muy preocupado por la acción de la radiación —dijo el doctor Leaf—. Por lo general —agregó— la radiación es electiva: ataca intensamente ciertas áreas y deja intactas otras. Es lo que sucede con los rayos X, que afectan a aquellas células que se desarrollan rápidamente, como las cancerosas. El fundamento de la terapia de rayos X descansa precisamente en ese hecho. Pero los rayos producidos por este aparato atacan sin discriminación; o, al menos, así parecería. Estoy por creer que esta máquina es la misma que comenzó a usarse moderadamente en la calle Winthrop.

Golpearon a la puerta. El capitán Tomkins se acercó a abrirla y uno de los patrulleros entró en la habitación.

—Encontraron a Alice Gilburton, capitán —dijo—. Se había encerrado en el tocador.

—Muy bien.

El capitán, Travis y el doctor Leaf salieron apresuradamente del taller de radios.

Cuando llegaron al departamento de policía, el capitán Tomkins pidió que llevaran a la muchacha a su oficina.

Pocos minutos después el sargento Webster entró en la oficina. Su rostro estaba pálido.

—Creo que está muerta, capitán —dijo.

En una celda destinada a detenidos de sexo femenino el doctor Leaf examinaba a la muchacha, que se encontraba extendida sobre un catre. Irradiaba juventud, tenía pelo negro y rasgos delicados, pero su mirada estaba extraviada.

—No se le siente el pulso —dijo.

Abrió la boca de la joven y extrajo algo que mostró

a Tomkins y a Travis. Eran fragmentos de una cápsula de material plástico, de color carne.

—No me recuerda el olor de ninguna sustancia conocida —expresó el doctor Leaf—. Sin embargo, podría ser cualquier cosa.

Sacó una sábana de un estante y cubrió el cuerpo de la muchacha.

—Sea lo que fuere —continuó el médico—, era tan grande su fe en lo que estaba haciendo, que prefirió morir antes que revelar su secreto.

En ese momento se acercó nuevamente el sargento Webster.

—Vuelvo a traer malas noticias —dijo el capitán—. Acabo de recibir una llamada de Union City Hospital. Han llevado un nuevo enfermo; igual que los otros, tiene la piel grisácea. Se llama Roscoe Tredding.

Bill Skelley entró en ese mismo instante, presa de gran agitación.

—Capitán Tomkins —gritó, casi sin aliento—. Thorny... Usted conoce a Thorny. Se sintió enfermo, y cuando quiso abandonar el taller apenas pudo llegar hasta la puerta. Allí yace... Se le ha puesto la piel de color gris.

Travis sintió que el estómago le daba un vuelco. Ahora sí que comenzaba lo peor.

—¡Capitán Tomkins!

Estas palabras fueron pronunciadas por el alcalde, que se acercaba a grandes zancadas por el corredor.

—Estaba escuchando la radio —prosiguió— y de repente volvió a oírse el mismo zumbido de antes. Pero ahora mucho más fuerte. ¿Ya han encontrado la causa? ¿O están todavía experimentando?

—Alcalde Barnston... —dijo el capitán lentamente; lo llevó a un rincón y comenzó a explicarle.

Travis se sintió enfermo. No era su cuerpo lo que lo molestaba sino sus pensamientos. Temía por la suerte de la ciudad indefensa, por esa ciudad que algunas mujeres, o los hombres que las dirigían, querían aniquilar.

Una ciudad sin hombres no podría subsistir... ¿o

tal vez podría? Trató de imaginar un mundo semejante, pero no lo consiguió.

Travis se dirigió, como en sueños, hacia la oficina del capitán. Ya estaba allí el doctor Leaf.

—... es una cuestión de tiempo.

Fue todo lo que Travis comprendió de lo que el doctor Leaf le decía.

Afuera podían oírse el silbato de un tren y el zumbido del motor de un avión que surcaba los aires. Eran los ruidos característicos de una ciudad en movimiento, que llegaban a través de puertas y ventanas; pero era ésta una ciudad condenada.

Ellos conocían el secreto: una sencilla caja de metal que desconcertaba a los pocos que la habían visto. Pero muy pronto, antes de que pudieran adoptar las medidas necesarias, otras cajas semejantes comenzarían a funcionar. Si pudieran descubrirlas todas... Pero todos estarían muertos antes de que sucediera tal cosa.

Quizás debiera de haber escuchado a Betty, pensó. No estaría ya en esta ciudad. Pero ya era demasiado tarde.

Levantó el receptor del teléfono y marcó el número del *Star*. Pidió hablar con Cline.

—Te habla Travis —dijo.

—¿Dónde te encuentras? —preguntó la voz ronca de Cline—. Acabamos de saber que están llegando más víctimas de la peste a todos los hospitales. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué hacen ustedes en este momento?

—Debiera estar escribiendo mi nota necrológica —respondió Travis—. Y tú tendrías que hacer lo mismo.

—Espera un minuto. ¿Hablas seriamente?

—Nunca en mi vida he hablado más en serio, Cline. Tengo que decirte algo. Debemos pensar en la forma de dar la noticia en el periódico. Ahora lo más importante será lo que pueda decir el *Star*. Lo más importante para cada uno de los habitantes de esta ciudad.

Cline prestó atención mientras Travis le relataba todo lo que sabía. Cline expresó, finalmente, con serenidad:

—Parece... Pareciera que esto es el fin... el fin de todos nosotros, Travis.

Travis nunca lo había oído hablar tan gravemente.

—Pero —prosiguió— quisiera decirte una sola cosa. Es terrible anunciarlo. ¿Recuerdas cuando comenzó ayer la interferencia?

—Sí.

—Pasé esta información telegráficamente a Chicago. Apareció en algunos periódicos, y ahora, por lo que puedo apreciar, veo que le han prestado atención.

—¿Qué sucede?

—Pasa lo siguiente, Travis. Hace media hora nos comunicaron que había interferencia en toda la ciudad. Nos preguntaban si ya habíamos encontrado la causa.

CAPITULO X

—Muy bien —carraspeó el alcalde, mientras mascaba la colilla de un cigarro—. ¡Veamos su informe!

Bill Skelley consultó una hoja de anotaciones y dijo:

—Hemos reclutado sesenta y tres técnicos en radio, familiarizados todos con el uso de los equipos detectores de ondas. Los hemos distribuido en veinte camiones, y ha partido ya la mayor parte de ellos. Comenzamos con setenta hombres, pero seis se contagiaron de esa enfermedad y el séptimo no se presentó.

La habitación estaba saturada del humo de los cigarrillos. La sala de consultas donde se encontraban era un lugar de gran movimiento; los mensajeros entraban y salían apresuradamente. Se había instalado un equipo telefónico en un costado de la sala, y los operadores estaban muy atareados anotando nombres y direcciones que entregaban inmediatamente a los encargados de las ambulancias.

Doce ambulancias pertenecientes a los cinco hospitales con que contaba la ciudad habían trabajado sin descanso desde la tarde anterior. Innumerables voluntarios respondieron al llamado del gobierno, pres-

tando sus vehículos para las operaciones de emergencia.

En un extremo de la sala un hombre marcaba números sobre un pizarrón. A las 8 de la noche el total anotado era de 316. En otra pared un empleado colocaba alfileres rojos sobre un plano de la ciudad.

—Pronto estarán llenos todos los hospitales —dijo el mayor—. Tendremos que habilitar los cuarteles. ¿Ya escribió su artículo para el *Star*, Travis?

Travis asintió.

—Ya lo tiene Cline en su poder. Le dije que todos los técnicos en radio de la ciudad están tratando de localizar los aparatos. Se ha pedido la colaboración de las mujeres voluntarias para desempeñar importantes tareas que eran desempeñadas por hombres. Cada cual debe efectuar la búsqueda de las máquinas emisoras de ondas dentro de la zona donde vive. Pensamos hacer una edición extra —dijo, mirando el reloj colgado en la pared—. Debe de estar saliendo en este momento. Se ha planeado distribuir los periódicos por medio de mensajeros esta misma noche, no sólo a los suscriptores sino a toda la población. *El Courier* se ha comprometido a lanzar la próxima edición extra.

—Perfecto —exclamó el alcalde—. Será una buena manera de comunicarse con el pueblo, a pesar de no disponer de la radio.

Y, mirando el gran plano de la ciudad, continuó:

—La plaga parece concentrarse alrededor del almacén de la calle Wright. Pero fíjese cómo se extienden los puntos rojos a una gran distancia de allí.

El doctor Leaf meneó tristemente la cabeza.

—Creo que este asunto está perdido, alcalde. Deben estar funcionando ya otros aparatos. Sólo se está a salvo fuera de la ciudad, y eso si uno no está contaminado.

—Debe funcionar en la misma forma que la televisión —explicó Bill Skelley—. Llega hasta el horizonte. Colóquese en el horizonte y no se contaminará.

—Quizás los técnicos puedan localizar los aparatos que comiencen a funcionar —dijo el alcalde, esperando.

—Es mucho más difícil localizar las fuentes de emisiones cuando hay más de una —agregó Bill.

Riley, el jefe de policía, entró en la sala y se sentó junto al escritorio con los demás hombres. Apretaba entre sus manos un montón de papeles.

—Hemos recibido un cable del F. B. I. Envían hombres aquí y a Chicago —dijo—. Tienen ya un informe completo sobre este asunto. Ha habido violación de leyes federales. De otro modo, sería un acontecimiento de orden local.

Y extendiéndole a Travis varias hojas, continuó:

—A usted podría interesarle esto, Travis. Son pedidos de informes de los servicios de prensa, llamadas telefónicas, de los periódicos y revistas, que no pude contestar. Algunos han enviado a cronistas, por avión. Les advertí acerca del peligro que corren. En Chicago cunde la desesperación, a pesar de que no se han producido aún víctimas. Los periódicos de Chicago, recibidos esta tarde, se ocupan de todo esto en primera plana, y tratan de preparar a la población.

Eligió otra hoja y prosiguió:

—Tengo una comunicación de South Bend, Indiana. Parece que allí ha comenzado también la interferencia radial. Quieren saber de qué se trata. Se lo dije a pesar de lo mucho que me costó. Ya se han tomado medidas, según tengo entendido. Acabo de comunicarme telefónicamente con el equipo que trabaja en Chicago. También recibimos un mensaje del departamento nacional de Salud Pública. Sugiere toda clase de medidas preventivas. Por supuesto, estas sugerencias fueron hechas antes de que descubriéramos la causa de este mal. Y también habló el gobernador. Le expliqué que el honor le correspondía a usted, Travis.

—Parece que enviará algunas unidades de la Guardia Nacional —dijo el alcalde.

El capitán Tomkins, que había estado vigilando el trabajo de los operadores telefónicos, se acercó:

—Doctor Leaf, quiere verlo inmediatamente el doctor Wilhelm —anunció—. Acaba de llamar y no quiso esperar a que le avisáramos.

El doctor Leaf se levantó:

—¿No sabe para qué me necesita?

Travis salió detrás de él.

—¿Me permite acompañarlo?

—Sí, por supuesto.

Subieron al automóvil del doctor y se dirigieron al hospital. Mientras se hallaban en camino, pudieron apreciar la gravedad de los acontecimientos. Las calles estaban prácticamente desiertas. Esporádicamente cruzaba alguna ambulancia, un vehículo a toda velocidad o un coche fúnebre; no se veían automóviles particulares, y menos aún transeúntes.

Esto prueba, pensó Travis, que las noticias son veloces como el rayo. Advirtió que los pocos peatones que caminaban apresuradamente por las calles no desviaban siquiera su mirada a derecha ni a izquierda. También comprobó, apesadumbrado, que la excepción a la regla la constituían las tabernas. Estaban repletas. La gente sentía la necesidad de olvidar algo que pocas horas antes ignoraba: por el solo hecho de ser hombres, estaban expuestos al influjo de malignas radiaciones, imposibles de detectar por medio de la vista, el oído o el olfato; a algo invisible que los perseguía para envolverlos y darles muerte. En cuanto a las mujeres, todas tenían un marido, un padre o un hermano, algún ser querido amenazado.

Allí se amontonaban, a la expectativa, preguntándose si resultarían víctimas de la plaga. Habían oído hablar de ella, aunque no la conocieran todavía de cerca. Si supieran lo que era, quizás no estarían reunidos allí. Estarían con sus familias. Pero no querían atemorizarlas y pretendían que esta noche era como cualquier otra, aunque en el fondo de sus pensamientos estuvieran buscando una solución. Todos habían oído hablar de la peste. Quizás alguno recordaba lo que leyó en los periódicos el miércoles, cuando se afirmaba que el departamento de Salud Pública dominaba la situación. Pero esta noche se anunciaba que no era así. Otro tal vez se enteró de lo que ocurría, por intermedio de un amigo.

También había mucha gente que aún no sabía nada.

Para ellos todo esto no era nada más que un zumbido molesto en su aparato de radio. Pero si tenían teléfono, ya habrían de enterarse.

A medida que se aproximaban al Union City Hospital, el tránsito se volvía más intenso. Se veían innumerables vehículos estacionados en sus cercanías y había gente que se encaminaba hacia la entrada del edificio.

Algunos policías dirigían el movimiento de vehículos alrededor del hospital. El doctor Leaf tuvo que mostrar su tarjeta de identificación para que lo dejaran pasar. Estacionó el automóvil en el patio, y junto con Travis franquearon la puerta de entrada.

La gente se agolpaba en los corredores. Las enfermeras se desplazaban con rapidez, sin detenerse a contestar las preguntas que les formulaban algunas personas ansiosas. El vestíbulo principal se hallaba repleto. Travis y el doctor Leaf se abrieron paso hasta el consultorio del doctor Stone. Se encontraba solo en la habitación.

Sentado frente a su escritorio, con la corbata desanudada, estudiaba una página llena de cifras. Levantó la vista; su rostro estaba pálido, macilento, y tenía los ojos nublados.

—Están ubicados en los pasillos del tercero y del cuarto piso —dijo el doctor Stone con expresión fatigada—. Ahora los estamos instalando en el vestíbulo del segundo piso. Luego habilitaremos el primer piso, si alcanzan las camas. ¿Cómo están ustedes, doctor Leaf, Travis?

Estrecharon su mano.

—¿Y el doctor Wilhelm? —preguntó el doctor Leaf. El rostro del doctor Stone se ensombreció.

—Me pidió que me comunicara con usted, doctor Leaf. Ha estado trabajando sin descanso desde el miércoles. Vaya a hablar con él. Se encuentra en el cuarto piso. Le di una habitación, una sala auxiliar de operaciones que no necesitamos por ahora. Dice que seguirá trabajando allí... hasta el final.

—¿Hasta el final? —repitió el doctor Leaf—. ¿Qué quiere usted decir?

—Si aún no lo sabe, se enterará inmediatamente. Está en la pieza 434. Ha caído enfermo.

Salieron del consultorio y subieron las escaleras. Entraron en la habitación 434. Allí estaba el doctor Wilhelm, el corpulento doctor Wilhelm, tendido sobre un catre. Tenía a mano una libreta de notas y varios libros de texto. Su piel había adquirido el característico matiz grisáceo.

—Me alegra verlo —dijo al doctor Leaf—. Siéntese. Cuánto me alegro de que hayan llegado antes de que...

Hacía rechinar sus dientes. Trató de incorporarse.

—Acuéstese —ordenó el doctor Leaf, ayudándole a recostarse nuevamente.

—Ahora puedo sentirlo dentro de mi cuerpo —dijo el doctor Wilhelm—. Me parece percibirlo en cada una de mis células.

Trató de esbozar una sonrisa, y continuó:

—Creo que he averiguado algo.

Hizo un movimiento y miró a Travis con hostilidad. Luego agregó:

—Déme un trago, doctor.

Travis le alcanzó rápidamente el vaso que se encontraba sobre la mesa. El doctor lo miró con fijeza, tomó el vaso y bebió su contenido.

—Si sigue rondando por aquí, señor Travis, usted también caerá muy pronto.

—Travis se halla perfectamente bien —observó el doctor Leaf—. ¿Qué ha podido descubrir?

—Es el cromosoma Y, doctor.

—¿El Y? —inquirió el doctor Leaf—. Ah, ya comprendo.

—La descripción que usted hizo de la máquina...

El doctor Wilhelm hizo rechinar nuevamente los dientes, como si lo punzara un dolor agudo. Se humedeció los labios con la punta de la lengua, y continuó:

—¿Recuerda que usted me llamó?

—Sí. Lo llamé esta tarde a última hora y le conté el descubrimiento del aparato.

—Estuve pensando en eso durante una hora, hasta que pude relacionar las distintas partes de este asunto —dijo el dolorido doctor, mordiéndose los labios—.

Y llegué a la conclusión de que solamente podían ser los Y. Los rayos *gamma* tienen una longitud de onda suficientemente corta como para destruir a los Y; en cambio no influyen sobre los cromosomas X, porque entonces resultarían también afectadas las mujeres.

—Debe de tener razón —dijo el doctor Leaf—. No se me había ocurrido... En realidad, había pensado en algo semejante, pero no le di esa interpretación. Debe de ser como usted dice.

Presa de gran agitación, el doctor Leaf continuó:

—Usted lo ha descubierto, doctor Wilhelm.

—¿Para qué nos sirve ahora? —reflexionó este último.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Qué es el cromosoma Y? —preguntó Travis.

El doctor Leaf y Travis salieron de la habitación, dejando al doctor Wilhelm sobre su cama, retorciéndose de dolor.

Cuando estuvieron en el corredor, el doctor Leaf le explicó:

—Cada célula de nuestro cuerpo contiene 48 cromosomas —dijo—. Cuarenta y seis de ellos son los que llamamos autosomas para diferenciarlos de los cromosomas determinantes del sexo, o sea los cromosomas X e Y. El cuadragésimo séptimo es el cromosoma X, y el cuadragésimo octavo es el Y.

—El doctor Wilhelm dijo algo acerca de que las mujeres no resultarían afectadas —comenzó a decir Travis.

—Exactamente —explicó el doctor Leaf—. ¿Recuerda que le dije que existía una diferencia muy pequeña entre ambos sexos, aparte de las obvias diferencias de constitución física?

Travis asintió.

—Prosigo. Las mujeres tienen cuarenta y seis autosomas; el número cuarenta y siete es el cromosoma X. En el hombre pasa exactamente lo mismo. La diferencia está en que el cromosoma cuarenta y ocho, en vez de ser también X, como en la mujer, es Y. Cuando una persona nace, sucede lo siguiente: la ovogénesis materna (creación de un óvulo) se produce

cuando una célula 46 XX se fragmenta en dos. Es lo que llamamos un proceso de "mitosis" o "reducción por división". El huevo resulta así formado por la mitad de una célula 46 XX, o sea 23 X, que es también una célula completa. En el padre, la célula 46 XY (la célula masculina) origina dos espermatozoides al dividirse por "reducción". Uno es el 23 X, y el otro, el 23 Y. Cuando los millares de espermatozoides 23 X y 23 Y convergen hacia el óvulo, y logra introducirse un 23 Y, al unirse con el 23 X de la madre, forma un 46 XY, origen de una persona del sexo masculino. Si se unen dos 23 X, el sexo del nuevo ser será el femenino. El 46 XY así formado sigue dividiéndose hasta el nacimiento de la criatura, y continúa este proceso durante toda su vida, bajo el control de los genes.

Travis sonrió.

—Tal como usted lo dice, parece extraordinariamente simple.

Y mientras expresaba esto, recordó repentinamente aquel dibujo circular en cuyo interior se hallaba escrito 23 X.

¡El espejo de Venus! ¡El diagrama dibujado por el anciano!

—¡Doctor Leaf! —exclamó—. ¿Recuerda aquel diagrama que dibujó la primera víctima? Allí estaba escrito 23 X. ¿No tendrá algo que ver con esto?

La mirada del doctor Leaf se fijó sobre Travis durante algunos momentos. Luego sus ojos se iluminaron lentamente.

—Tiene razón —dijo, como si comprendiera de pronto—. El primer caso. El doctor Collins, aquel médico interno... ¡Sí, recuerdo!

Y luego, pensativo, agregó:

—Es curioso, pero entonces no se me ocurrió darle esta interpretación a 23 X. ¿Por qué habría escrito aquel viejo algo semejante?

—Parece difícil que quisiera significar —dijo Travis— que un óvulo haya sido la causa de su enfermedad.

—A no ser que se refiera a su origen.

—De lo que acaba de explicarme, doctor, deduzco

que en ese caso le hubiera resultado más fácil dibujar sencillamente una Y.

—No, no —contestó el doctor, frunciendo el entrecejo—. También dibujó un círculo. Eso significa “hembra”. Una hembra tiene 46 XX cromosomas, sin embargo.

Parecía que el doctor estuviera hablando consigo mismo.

—Salvo que..., salvo que...

—Y en cuanto a Betty Garner —dijo Travis—, ¿no le contaron que le mostré el dibujo a ella? Palió al verlo. A toda costa quería saber de dónde lo había sacado.

—Se me acaba de ocurrir algo, Travis —dijo el doctor Leaf—. Pero no puede ser. Es imposible que...

—¿Qué, doctor Leaf?

—Un haploide. Podría ser, si se tratara de plantas o de algunos animales. Pero no. Debe de tratarse de algo distinto.

La pequeña figura del doctor iba y venía por el corredor; estaba completamente abstraído.

—Si fuera exacto...

—¿Qué es un haploide, doctor? —lo interrumpió Travis.

—Usted es un diploide —replicó el doctor, y agregó rápidamente—: No se ofenda. Sólo quiere decir que cada célula de su cuerpo está compuesta de pares de cromosomas. En cada célula, veinticuatro pares. Una parte proviene de su madre, y la otra, de su padre. Quizás usted podría existir aunque tuviera una de esas partes. Tal vez no fuera posible. Pero en una mujer podría darse el caso. Sería una mujer haploide. Una mujer creada solamente con un tipo de cromosomas. Es lo que se conoce con el nombre de partenogénesis. Puede experimentarse en biología, pero hasta el momento nadie lo ha ensayado con seres humanos. Tendrían entonces 23 X, en lugar de tener 46 XX. Y eso siempre que no existieran genes “en blanco”, pues en tal caso podría faltar un brazo, o una pierna, o el cerebro.

—No alcanzo a comprender —dijo Travis.

En vez de contestarle, el doctor Leaf regresó a la habitación donde se encontraba el doctor Wilhelm. Travis lo siguió. Al llegar a la puerta vieron que dormía, pero su sueño era muy intranquilo. También notaron que su piel estaba más oscura que unos momentos antes.

El doctor Leaf se dirigió hacia un lustroso armario. Abrió la puerta y miró detenidamente los instrumentos que se hallaban en su interior. Tomó varios y los colocó en su bolsillo. Luego, de uno de los estantes de arriba, retiró un microscopio cubierto con una funda de material plástico.

—No tiene sentido que lo despertemos ahora —dijo el doctor Leaf—. Venga conmigo. Tendremos que trabajar. Debo descubrir si aquel diagrama quería significar una mujer haploide.

Esa misma persona que momentos antes parecía lenta, metódica, y más inclinada al pensamiento que a la acción, se transformó en un manojo de energía. Envolvió el microscopio y salieron al corredor. Se abrieron paso entre los catres, sobre los cuales reposaban hombres atacados por la enfermedad en distintos grados de evolución. Algunos respiraban dificultosamente; otros tenían la mirada inexpresiva fija en el cielo raso; otros gemían y se retorcían, igual que el doctor Wilhelm. Había uno que lanzaba carcajadas, como si hubiera perdido la razón.

¿Cómo es posible que un ser humano pueda inferirle a otro un daño semejante?, se preguntaba Travis. Pero recordó que había visto cosas tan terribles como ésa durante la segunda guerra mundial. Hombres destrozados por las granadas. Hombres aplastados como insectos por los tanques gigantes. Había visto cómo una mina explosiva transformaba a un hombre en un idiota delirante y le quitaba todo deseo de vivir.

¿Y qué decir de la bomba atómica? Algunos dicen que es necesaria, pero no hay que olvidar que es una creación del hombre para ser usada contra los demás hombres. ¿Existen otras armas de destrucción más terribles que ésta? Sí, hay una peor. Una pequeña ca-

ja negra, que contiene en su interior una máquina infernal. Un tubito...

¡El hombre es inhumano con los demás hombres! La civilización, ¿aprenderá algún día? ¿O la guerra y el matarse los unos a los otros es inherente a la naturaleza misma? ¿Es acaso algo necesario? ¿Podría extinguirse biológicamente el hombre si no saciara ese instinto que lo induce a exterminar a sus congéneres? Pero el cerebro nos permite razonar y comprender lo terrible que sería semejante destrucción.

Cuando llegaron a la planta baja comprobaron que había aumentado notablemente la cantidad de gente. El gran vestíbulo del hospital se hallaba repleto de hombres con la piel grisácea, y ya no había lugar donde instalarlos. Algunos se quejaban, tendidos sobre el suelo. Otros ocupaban sillas. Sus rostros eran inexpresivos y sus miradas desesperadas. Las mujeres se agolpaban alrededor de sus familiares y lloraban, dejando oír ahogados sollozos.

El doctor Leaf y Travis salieron del hospital y se dirigieron hacia el automóvil del médico. Sólo cuando estuvieron en la calle, notaron el cambio que se había producido.

No había policías y las calles estaban a oscuras. Sólo se distinguían las luces del hospital. No había ninguna calle iluminada y las casas estaban también envueltas en sombras.

Circulaban unos pocos vehículos, a gran velocidad. Algunos hombres y mujeres corrían desesperados.

—Algo debe de haber ocurrido —dijo el doctor—. Se han apagado las luces de la ciudad. Nos costará bastante llegar a los Tribunales.

El automóvil comenzó a andar lentamente.

—¡Cuidado! —gritó Travis pocos minutos después.

El doctor frenó ruidosamente el vehículo, que se detuvo a pocos centímetros de un hombre que se hallaba tendido sobre el pavimento. Descendieron.

—Ayúdeme —gimió el hombre—. Estoy enfermo.

Consiguió incorporarse a medias, iluminado por los faroles del coche. Su rostro había adquirido un color gris plomizo; tenía los labios violáceos y los ojos dilatados,

con un brillo que los destacaba en medio de aquella piel oscurecida.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlo, compañero? —dijo Travis.

—Mátenme —repuso el hombre—. Quiero morir.

—¡Allí hay un automóvil!

Las exclamaciones provenían de un lugar oscuro, en la mitad de la cuadra. Tres hombres que se acercaban corriendo pasaron junto a ellos y se encaramaron en el vehículo del doctor.

Travis, confundido por ese extraño suceso, demoró algunos segundos en reaccionar. Se aferró entonces a la manija de la puerta del coche, antes de que tuvieran tiempo de cerrarla, y tiró de ella con tanta fuerza que hizo caer al hombre sobre el pavimento.

Se movió Travis rápidamente para echarse sobre otro de los intrusos, que ya se habían ubicado frente al volante. En ese mismo momento el doctor abrió la otra portezuela, logrando desplazarlo de aquel lugar.

El tercer hombre se arrojó sobre el doctor Leaf y comenzó a forcejear, golpeándolo al mismo tiempo.

Travis apretó la cabeza de su contrincante contra el tablero de la dirección, y el hombre, con la espalda arqueada contra el piso, se hallaba en una posición desventajosa. Finalmente perdió las fuerzas, quedando inmóvil.

Travis lo arrastró afuera del automóvil, sacó las llaves y se acercó a ayudar al doctor, que rodaba por el suelo con su adversario.

Pero no llegó a acercarse, pues el primero de los hombres le saltó encima. Por la espalda. Se revolcaron sobre el pavimento. Travis sintió que el hombre le apretaba el cuello y le impedía respirar. Le dio entonces un golpe con el codo y tuvo que aflojar la presión, dándole tiempo a Travis para zafarse del brazo que le oprimía la garganta y arrojar a cierta distancia a su enemigo.

Se incorporó, e inmediatamente se abalanzó sobre aquel hombre, sujetándolo contra el suelo, mientras le torcía el brazo detrás de la espalda para impedirle todo movimiento.

Los dos que luchaban abrazados a pocos pasos de distancia acababan de separarse. Uno de ellos quedó tendido sobre la calle, mientras el otro se incorporaba dificultosamente. Travis reconoció en esta última persona al doctor Leaf.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Travis al hombre, que lanzaba juramentos debajo de su cuerpo.

—Sólo queríamos el automóvil —respondió, jadeando—. Queríamos... huir de la ciudad... escapar de la peste.

—Váyase caminando, entonces —dijo Travis, empujándolo.

Escucharon entonces otro impresionante alarido, y oyeron ruidos de pasos que se aproximaban corriendo desde la oscuridad. Travis y el doctor Leaf subieron rápidamente al coche. Travis empuñó el volante y el doctor aseguró las puertas por dentro.

Retrocedió unos metros con el vehículo y luego avanzó, pasando al costado del hombre caído sobre el pavimento.

—Pobre diablo —dijo el doctor, que se hallaba muy agitado.

En ese mismo instante varios hombres se encaramaron sobre el automóvil. Uno de ellos golpeó la ventanilla, a la altura de la cabeza de Travis, con un objeto pesado. El vidrio se rompió. Travis puso el coche en segunda y apretó el acelerador, alejándose del lugar. El hombre no se desprendió, a pesar de esta maniobra; entonces Travis bajó la ventanilla, apretó bruscamente el freno y empujó al mismo tiempo al individuo, que cayó sobre la acera.

—La población está alborotada. Tienen miedo. No saben qué hacer. Quieren alejarse de la ciudad y ni siquiera disponen de un automóvil. Quizás nosotros haríamos lo mismo.

Se oyó un disparo. Una bala, que pasó a través de una ventanilla, perforó el parabrisas dejando un orificio perfectamente redondo. Travis volvió a apretar el acelerador.

Al doblar las esquinas veían grupos de hombres, que los faros ponían al descubierto. Algunos corrían

detrás del automóvil, tratando de detenerlo. Otros trataban de obstaculizar el camino con sus cuerpos, y Travis los atropelló al tratar de abrirse paso.

Tuvieron que presenciar otros espectáculos horribles. Se veían hombres tirados sobre el pavimento, y en varias oportunidades Travis tuvo que maniobrar para no pisarlos. Era evidente que algunos de ellos habían sido asesinados; la sangre lo atestiguaba. Pero hubiera resultado muy difícil saber si fueron víctimas de los automóviles que pasaban a toda velocidad, de una pelea o de algún disparo de arma de fuego.

Ocasionalmente se veían mujeres. En cierto momento pasaron junto a un grupo que agredía a una mujer, y ésta lanzaba agudos gritos. También había borrachos. Muchas vidrieras de las casas de comercio habían sido destrozadas; el pillaje había comenzado.

—Basta apagar las luces para que el hombre vuelva a la barbarie —filosofó el doctor Leaf.

También encontraron varios automóviles destrozados. Al llegar a una esquina se encontraron con un grupo de personas que había colocado un obstáculo en el camino, con la intención de apoderarse de algún vehículo cuyo conductor viniera desprevenido; sólo lograron escapar gracias a la destreza con que Travis manejaba.

Hubo una escena que le hizo hervir la sangre. Sus manos se crisparon en el volante. Una familia completa yacía muerta en una zanja.

—¡Dios nos salve! —murmuró el doctor Leaf, al pasar junto a ese horripilante espectáculo.

Tardaron más de media hora para llegar a los Tribunales. Allí todo parecía más soportable; las luces resplandecían todavía.

Estaban buscando un lugar para estacionar el coche, cuando aparecieron dos mujeres corpulentas que llevaban sendos revólveres en sus manos. Ostentaban en sus blusas las estrellas características de la policía.

—Soy el doctor Leaf —explicó el doctor—. Este es el señor Travis. Queremos hablar con el alcalde.

A pesar de que las dos mujeres los miraron con desconfianza, les permitieron pasar.

—Gracias a Dios ustedes están bien —dijo el alcalde cuando los vio entrar en la sala de consultas—. ¡Pensaba que yo era el único que quedaba con vida! Se levantó, adelantándose para recibirlos. Luego continuó:

—El infierno se ha desencadenado sobre esta ciudad. ¡Pero escuchen!

Sonreía mientras señalaba una radio que se hallaba sobre la mesa. Podía oírse una música suave.

—No puedo comunicarme con Chicago, pero esa música llega de alguna parte. ¡Ya no se escucha el zumbido!

Sólo había mujeres custodiando la sala. Todas llevaban el distintivo policial y pistolas, con su revólver respectivo, en la cintura. Otras mujeres se ocupaban de responder las llamadas telefónicas.

—Tuvimos que emplear mujeres, como pueden ver —dijo el alcalde—. Lo estuve esperando, Travis, pero luego llamé por teléfono a los periódicos para explicar que estábamos interrumpiendo la electricidad en todos los barrios de la ciudad, con excepción de los hospitales, la central de aguas corrientes y los edificios públicos. Las mujeres que hemos reclutado se encuentran en este momento patrullando esos edificios.

—¿No tuvieron éxito los radiotécnicos? —preguntó el doctor Leaf.

El alcalde meneó la cabeza.

—Todo sucedió repentinamente. Algunos llegaron a enviar informes, pero luego se paralizó todo. Probablemente deben de haberse enfermado y quizá se encuentren hospitalizados en este momento. Entonces decidí que había que cortar la corriente eléctrica. No podrían funcionar las máquinas. No escucharíamos ningún zumbido. Pero parece que fue demasiado tarde.

—¿Dónde está el capitán Tomkins? —preguntó Travis—. ¿Y el jefe Riley?

El alcalde respondió con tristeza:

—Se fueron. Se fueron, como los demás. Quisiera comprender todo esto. Los vi cuando caían a mi alrededor. El sargento Webster fue el último.

Travis miró el plano de la ciudad. Estaba cubierto

de centenares de alfileres rojos; el hombre que estaba encargado de colocarlos también había partido. El último total era de 3.567. Después, nadie siguió marcando.

—Las calles están repletas de hombres enloquecidos —dijo Travis—. Tuvimos suerte en poder llegar desde el hospital hasta aquí.

—Ya lo sé. Me lo contaron.

El alcalde enjugó su frente con un pañuelo, y prosiguió:

—Hemos equipado más de veinte patrullas de mujeres con revólveres, gases lacrimógenos y fusiles. Ahora se encuentran vigilando la ciudad; están encargadas de restaurar en lo posible el orden y la ley.

El alcalde volviéndose hacia una joven de alrededor de veinticinco años que se hallaba junto a la batería de teléfonos, dijo:

—Señorita Hanson...

La muchacha se acercó.

—Le presento a la señorita Mary Hanson, nuestra nueva jefa de policía. La hemos nombrado en vista de que todos los hombres capaces están imposibilitados. Señorita Hanson: le presento al doctor Leaf, del departamento de Salud Pública, y a Gibson Travis, del *Star*, que ha estado colaborando con nosotros.

La señorita Hanson contestó con una sonrisa, dejando al descubierto una hilera de dientes perfectos. Luego volvió junto a las jóvenes que atendían los teléfonos.

—El *Courier* piensa imprimir una edición extra para explicar el oscurecimiento de la ciudad; pero para ello necesita una cantidad suficiente de hombres que manejen las máquinas impresoras. El periódico será distribuido por medio de muchachos mensajeros. Habrá que ver cuántos hay disponibles, ya que los jovencitos son tan vulnerables como los hombres. Lo mejor será emplear niñas.

El doctor Leaf interrumpió:

—¿Todavía se encuentra el cuerpo de aquella muchacha llamada Alice Gilburton en el calabozo de mujeres?

El alcalde se rascó la cabeza y respondió:

—Creo que sí. Pienso que nadie debe de haber tenido tiempo para sacarla de allí hasta este momento. ¿Por qué me lo pregunta?

—Venga entonces con nosotros —dijo el doctor Leaf—. Esto promete ser muy interesante. ¿No oyó hablar de las haploides, alcalde?

—No; me parece que no. ¿Qué son las haploides?

—Pronto podré mostrarle una —dijo el doctor Leaf—. Creo que no me equivoco.

El doctor recogió su equipo, que estaba en el automóvil, y todos se encaminaron hacia los calabozos de mujeres.

Cuando entraron en el que estaba el cadáver de la muchacha, el doctor Leaf levantó la sábana. Sólo encontró almohadas debajo de la misma.

CAPITULO XI

—Es curioso —dijo el doctor Leaf—. En medio de semejante desbarajuste, ¿quién pudo haber tenido tiempo para retirar el cuerpo de esta muchacha y poner almohadas en su lugar?

—Es, en cierto modo, una prueba, ¿verdad, doctor? —dijo Travis.

—¿Prueba de qué? —interrogó el alcalde.

—Esto prueba que aquel anciano que murió en el Union City Hospital, la primera víctima de la plaga, sabía lo que estaba sucediendo —explicó el doctor Leaf—. El dibujó un símbolo representativo de una mujer haploide, una mujer estructuralmente semejante a todas sus congéneres, pero con cierta diferencia biológica, cierta diferencia en la organización celular.

—Pero usted acaba de decir que una mujer haploide es igual a cualquier otra mujer... —comenzó a decir el alcalde.

—Exteriormente sí —contestó el doctor Leaf—,

pero por dentro, sólo Dios sabe cuán diferente puede ser de las demás.

La capitana Mary Hanson entró en la celda.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó.

—Sí, Mary —dijo el mayor—. ¿Vio usted entrar a alguien en esta celda? Ha desaparecido el cadáver de la joven que estaba aquí.

Ella meneó la cabeza.

—Ni siquiera sabía que había un cadáver en este calabozo.

Travis fue invadido en ese instante por aquella antigua sensación que solía experimentar en algunas ocasiones: una punzada en el estómago, que le corrió por todo el cuerpo, hasta la cabeza. Había algo en el tono de voz de la muchacha, que lo puso en guardia. Fue como una corazonada. Un resplandor en las sombras.

—¿Cómo supo usted que estábamos aquí? —preguntó Travis a boca de jarro.

La muchacha que llevaba el distintivo de capitán cambió levemente de posición y le contestó:

—Oí voces; no sabía qué pasaba.

Travis observó que ella miraba fijamente el microscopio del doctor; ¿sabría ella lo que se hallaba dentro de esa envoltura?

—¿Es usted una haploide? —le preguntó súbitamente.

Los ojos de la joven relampaguearon durante una fracción de segundo.

—¿Qué es una haploide? —fue la lenta y cautelosa respuesta de ella; demasiado lenta, demasiado cautelosa, pensó Travis.

—No importa —dijo el alcalde—. Ahora nos vamos; debemos investigar esto.

Abandonaron la celda y se dirigieron nuevamente hacia la sala donde habían estado antes. Travis pensó que era muy significativo que Mary Hanson cerrara la puerta detrás de ellos. Sus músculos se pusieron tensos.

—¿Qué quería hacer usted con el cuerpo de esa tal Alice? —preguntó el alcalde al doctor Leaf.

—Traje un microscopio del hospital —contestó el

doctor Leaf—. Pensaba extraer una porción de su piel para observarla con el microscopio; coloreando la muestra hubiéramos podido saber cuántos cromosomas tienen sus células. Pero ahora volvemos a estar como al principio.

En su rostro se dibujó esa típica sonrisa tan característica de su fisonomía; sin embargo, tenía los hombros agobiados y la mirada cansada. Travis imaginó que el doctor Leaf tenía cifradas sus esperanzas en el examen del cadáver de la muchacha.

—¿Qué quería averiguar, doctor?

Era nuevamente la joven jefa de policía. Tomó asiento frente a la mesa, muy cerca del microscopio del doctor.

Súbitamente el alcalde golpeó con su puño sobre la mesa.

—¿Quién apagó mi radio?

—La desenchufaron —dijo Travis, levantándose para conectarla nuevamente.

—No la haga funcionar, por favor —dijo la señorita Hanson.

Travis se volvió hacia ella sorprendido.

—¿Por qué no?

—Es necesario que ese receptor esté funcionando —dijo el alcalde con firmeza—. En caso contrario, no sabríamos cuándo vuelven a hacer funcionar esas condenadas máquinas.

—Entorpece el trabajo de las telefonistas —dijo Mary Hanson—. Creía que era mejor vigilar el buen funcionamiento de los teléfonos. Han estado trabajando ininterrumpidamente durante muchas horas. La radio...

—¡Maldición! Haga funcionar la radio —exigió el alcalde.

—Muy bien —contestó la joven—. Así se hará.

Arrebató el enchufe de las manos de Travis e iba a colocarlo cuando trastabilló, cayendo pesadamente sobre la mesa y enredándose en el cordón de la radio. El aparato cayó al suelo.

—¡Oh! Dios mío —gritó el alcalde.

—Lo siento —dijo la muchacha—. Fue un accidente.

—¿De veras? —preguntó Travis, levantándose—. Señorita haploide...

—Le ruego que deje de llamarme de esa manera —dijo la joven muy acalorada—. O, por lo menos, explíqueme qué significado tiene ese término.

—Bien sabe lo que significa.

—Puede estar seguro de que lo ignoro.

—Fue un accidente, Travis —dijo el alcalde—. Ella estaba muy nerviosa y tropezó. Pero hay una forma de comprobar que efectivamente no lo es.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Ella... Bueno, es igual que cualquier otra joven —agregó, tratando de disculparla—. Según lo que he podido apreciar, se comporta normalmente. Suelo juzgar acertadamente la naturaleza de las personas.

—No es una cuestión de naturaleza, alcalde Barnston —dijo Travis—. Nosotros debemos comprobar si es o no una haploide. ¿Tendría algo que objetar, señorita Hanson, si el doctor Leaf extrajera un pequeño fragmento de su piel para examinarlo en el microscopio?

—No le dolería —dijo el doctor Leaf—. Así podremos aclarar esta duda.

—No veo por qué voy a prestarme a algo semejante —dijo la joven con evidente desagrado—. Me presenté como voluntaria para realizar este trabajo. Pensé que era una manera de manifestar mi patriotismo. Y ahora, ustedes me acusan de ser una... una haploide o qué sé yo.

—Es la única forma de aclarar esta cuestión —dijo Travis—. Después no tendrá que soportar injustas acusaciones.

—Bueno —dijo la joven, sentándose—. ¿Qué debo hacer?

Travis la miraba fijamente, mientras el doctor Leaf explicaba a la joven que le rasparía una pequeñísima porción de tejido epidérmico de la oreja y que, antes de examinarlo en el microscopio, debía colorearlo.

Travis creyó observar que su respiración era algo

más agitada de lo que podría esperarse de una joven en tales circunstancias. Además, parecía no escuchar al doctor; tenía una expresión inquieta en la mirada y parpadeaba frecuentemente, como si buscara una forma de resolver rápidamente la situación en que se hallaba.

Todos guardaron silencio mientras el doctor Leaf cortaba un pequeño filamento de piel de su oreja. Lo colocó sobre un vidrio y le echó encima una gota de colorante. Inmediatamente llevó el vidrio al microscopio, y se preparaba para mirar a través de la lente cuando la joven se levantó empuñando su revólver.

—Entrégueme ese preparado, por favor —dijo.

Cesó todo ruido en la habitación. Todas las miradas estaban fijas en la joven. Las telefonistas se dieron vuelta para mirar y lentamente se incorporaron. El doctor, inclinado sobre el microscopio, con la mano sobre el espejo del mismo, las miraba. El alcalde parecía muy sorprendido. Travis estaba dominado por una gran excitación.

La muchacha se acercó, tomó el preparado y lo arrojó al suelo, pisoteándolo después.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó suavemente el alcalde Barnston.

—Aquí ocurre algo raro —dijo ella—. Todos los hombres han muerto, salvo ustedes tres. Hace muy pocos minutos el sargento Webster sufrió un ataque y rodó por las escaleras. Fue el último.

La joven frunció el ceño, como si sospechara algo.

—¿Cómo puedo saber si ustedes tres no son los responsables de todo esto? Y se complacen en culpar a alguien a quien llaman una haploide...

—¿Por qué hizo caer la radio? —preguntó Travis.

—Fue un accidente —contestó Mary Hanson, colocándose detrás de ellos—. Ahora caminen en dirección a la puerta. ¿Podría alguna de ustedes, jóvenes, abrir la puerta, por favor?

Los tres hombres se encaminaron hacia la puerta de la habitación. Una de las muchachas telefonistas se adelantó a abrirla. Salieron al pasillo vigilados

por Mary Hanson, quien los obligó a marchar en dirección a los calabozos.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó el mayor.

—Pasarán las pocas horas de vida que les quedan en la celda donde murió Alice Gilburton —dijo ella.

—Creíamos que no conocía su nombre —expresó Travis.

La muchacha no contestó.

Mientras caminaban por el pasillo en dirección a los calabozos pasaron junto a una escalera que conducía al piso principal de los Tribunales. Bruscamente Travis se arrojó al suelo.

—¡Levántese! ¡Está loco! —gritó la joven, acercándose y pateándolo.

—Yo... no puedo —balbuceó Travis—. Es la...

Lanzó un gemido y ocultó el rostro entre las manos.

La muchacha se acercó para obligarlo a levantar la cabeza, tironeándolo del cabello. Entonces Travis estiró sorprendentemente el brazo y, pasándolo alrededor de las piernas de la joven, le hizo perder el equilibrio. Ella cayó al suelo y el arma rodó por el pasillo. Los tres hombres se abalanzaron para recogerla. Travis la levantó.

—¡Deténgalos! —exclamó la muchacha, tratando de incorporarse.

Varias mujeres aparecieron por la puerta abierta de la sala. Travis, el doctor Leaf y el alcalde Barnston bajaron las escaleras saltando de tres en tres los escalones. Cuando llegaron al piso inferior, salió una mujer de una oficina. Iba a disparar el arma que llevaba en la mano cuando Travis dio un ágil brinco, colocándose junto a ella e impidiéndole moverse.

Oían ahora disparos que provenían del piso de arriba. Travis escuchó un gemido, y al darse vuelta vio al alcalde Barnston que se desplomaba pesadamente sobre el suelo.

Travis y el doctor Leaf no se detuvieron a ayudarlo. En pocos instantes estuvieron fuera del edificio; los vidrios de las puertas caían hechos añicos por el efecto de las balas.

Una mujer policía se acercó a grandes trancos y

subió las escaleras para averiguar la causa de ese tumulto. Antes de que tuviera tiempo de decidir lo que debía hacer, los dos hombres habían desaparecido entre las sombras de la noche.

Corrieron varias cuadras en la oscuridad antes de detenerse a tomar aliento en una avenida.

La quietud de la ciudad los envolvió. Era como una sábana; de tanto en tanto se veían algunas formas iluminadas por la casi imperceptible luz de la noche.

Eran hombres muertos. Muertos o moribundos. Una vez iniciado, el flagelo había sido inexorable; en vez de disminuir la intensidad de sus efectos, se había extendido en círculos concéntricos, cada vez más amplios, que tenían como centro el almacén desde donde emanaban los mortíferos rayos de la máquina de Alice Gilburton.

Ni siquiera habían tenido tiempo de seguir la pista y descubrir su verdadero origen, cuando comenzaron a caer, uno a uno, y luego en cantidades cada vez mayores.

Travis anhelaba fumar un cigarrillo mientras él y el doctor se acurrucaban junto a una pared de ladrillos, a cierta distancia de los disparos, que se percibían confusamente desde la avenida. Pero no se atrevió ni siquiera a encender un fósforo.

—Eran haploides, o al menos la mayoría lo eran — suspiró el doctor Leaf.

—Yo tuve esa sensación desde el mismo instante en que fijé la mirada en Mary Hanson — dijo Travis —. Si ella y algunas otras mujeres que se encontraban allí eran haploides, debían tener un objetivo específico. Quisiera saber por qué estamos aún con vida.

—No lo sé.

—Quizá no seamos verdaderos hombres, después de todo...

El doctor emitió un gruñido como respuesta.

—Ella se zafó con bastante viveza — dijo el doctor al cabo de unos minutos —. No dejó que yo hiciera la comprobación. Si bien al proceder de ese modo se

traicionó, carecemos ahora de pruebas concretas. Me gustaría saber cuántas de esas mujeres eran haploides.

Antes de que Travis pudiera contestar, oyeron el ruido de un automóvil que se aproximaba. Poco después vieron reflejarse en las vidrieras de un negocio, que se hallaba sobre la acera de enfrente, los faros de un coche que doblaba la esquina.

Los dos hombres se apretaron contra la pared y contuvieron la respiración mientras el automóvil volvía a acelerar la marcha después de dar vuelta a la esquina. Luego tomó por esa calle y, cuando el vehículo pasó cerca de ellos, pudieron ver a algunas mujeres que iban en su interior. De pronto, cuando estaban ya por llegar a la otra cuadra, una de las mujeres disparó contra ellos algo que parecía un rayo luminoso. Los frenos del automóvil chirriaron.

—;La patrulla haploide!

El doctor y Travis abandonaron su escondite y corrieron por la avenida.

Las cubiertas del vehículo chirriaron al detenerse bruscamente sobre el pavimento; en seguida el conductor volvió a acelerar, retrocedió y giró para avanzar a toda carrera en dirección contraria.

Los fugitivos eran fácilmente visibles a la potente luz de los faros delanteros. Sus sombras describían amplios giros frente a ellos, a medida que se aproximaban a la esquina de la calle. Las balas pasaban silbando a su lado cuando doblaron la esquina. Todos los vidrios de las ventanas cercanas tintineaban.

El automóvil dobló a toda velocidad y se introdujo en la calle por donde huían los dos hombres. Las cubiertas rechinaban sobre el pavimento.

Esto es el fin — pensó Travis —, a menos que... El doctor debió de haber tenido el mismo pensamiento, pues se dirigió hacia una puerta que estaba al nivel de la acera. La abrió. Los dos se abalanzaron hacia la escalera. Subieron de tres en tres los escalones. Entonces oyeron que el vehículo se había detenido en la calle. La puerta se volvió a abrir detrás de ellos.

Travis, que ya estaba en el último peldaño, se dio vuelta para mirar. Entonces vio una silueta que se

recortaba en el marco de la puerta, a la luz de los faroles del automóvil estacionado afuera. Apuntó con el revólver que había recogido del suelo cuando estaban en los tribunales. Tuvo un momento de indecisión. (No dispares contra una *mujer*, le decía una voz interior.) Luego apretó el gatillo. La mujer se desplomó. En seguida llegaron otras a toda prisa.

Los dos hombres huyeron por el corredor. Al pasar junto a las puertas de las habitaciones que daban al mismo observaron las pequeñas aberturas luminosas de las cerraduras. En su interior debían estar ardiendo velas en reemplazo de la luz eléctrica. Así llegaron a la parte posterior del edificio. Bajaron por una desvencijada escalera que los condujo nuevamente a la calle.

—Por aquí —dijo Travis, viendo que el doctor iba ya a correr en la misma dirección por la que habían llegado. Atravesaron un pasaje y desembocaron en otra calle. Siguieron huyendo desesperadamente.

Cuando se detuvieron para tomar aliento ya no se hallaban sobre una avenida. El frente de la mayoría de los negocios que daban a esa calle se hallaba prácticamente destrozado. Se introdujeron a través de una vidriera de cristal hecha añicos y se escondieron detrás de un mostrador, esperando recobrar plenamente los sentidos.

Vieron iluminarse varias veces el techo del negocio al pasar un automóvil por la calle. También, en cierto momento, alguien exploró desde afuera, con una linterna, el interior del local. Pero nadie entró. Era tan completo el silencio, que podía percibirse el rumor producido por el menor cambio de posición de los fugitivos.

Así estuvieron, en la oscuridad, durante un largo rato, tratando de resolver adónde dirigirse. Ambos concordaron en que debían abandonar ese lugar antes de que amaneciera. Si las haploides dominaban, realmente, la situación, ellos no podían quedarse allí. Era necesario prevenir a las otras ciudades e informar acerca de lo sucedido en Union City.

—Si pudiéramos llegar hasta el edificio del *Star*

—dijo Travis—, estaríamos en condiciones de hacer algo, por lo menos.

—¿Hacer qué?

—El *Star* forma parte de una cadena telefotográfica que se extiende desde Nueva York hasta Chicago y abarca en su circuito, a través de todo el país, las principales ciudades, incluyendo las de la zona oeste. Si fuera posible llegar hasta allí podríamos comunicarnos con ellas, usando la línea por la que se transmiten las telefotos.

—Así se habla —dijo el doctor Leaf—. ¿Qué estamos esperando, entonces? ¿Dónde queda el *Star*?

Sin pensarlo más, Travis y el doctor Leaf salieron a la calle, que en ese momento parecía desierta como por obra de magia. Ya no se veían patrullas enemigas. Tuvieron que pisar cadáveres, flanquear vehículos destrozados y evitar los tramos tapizados con fragmentos de las vidrieras de los negocios. Varias veces se cruzaron con otros peregrinos nocturnos, pero tanto unos como otros huyeron rápidamente antes de llegar a enfrentarse.

En una calle encontraron a un hombre que caminaba y hablaba consigo mismo en alta voz, como si orara; en su alocución se entremezclaban ininteligibles balbuceos. Ni siquiera los vio cuando pasaron a su lado. También hallaron a otro individuo que, sentado en el cordón de la acera, fumaba tranquilamente un cigarrillo. No habló cuando Travis y el doctor Leaf se acercaron.

—¿Qué hace usted? —le preguntó Travis, guardando una prudente distancia.

El hombre se sacó el cigarrillo de la boca. El resplandor del mismo iluminaba su rostro.

—Estoy esperando a la muerte. Sólo falta yo —dijo, soltando una carcajada—. ¿Por qué no me mata usted? Vamos. Máteme si quiere. No importa.

—¿Se siente enfermo? —preguntó el doctor Leaf.

—No; todavía no. Pero yo vi cómo se iban todos los demás —explicó, riendo nuevamente—. La muerte está jugando a las escondidas conmigo. Pero a mí no me engaña. Ya he visto cómo acostumbra a golpear.

Uno está aquí y cree que no le va a pasar nada, y al minuto siguiente la piel se vuelve gris y la muerte no tarda en llegar.

—Nosotros estamos aún con vida —dijo Travis— Quizá no muramos. Quizá usted no muera.

—¿Es usted la muerte? ¿Ha venido a llevarme? Estoy preparado. Lléveme, por favor —dijo el hombre, incorporándose—. Lléveme ahora, por favor. Ya no quiero esperar más.

El hombre se adelantó hacia ellos.

Travis y el doctor Leaf retrocedieron, alejándose del hombre, que quedó oculto entre las sombras. Cuando veían acercarse un automóvil, huían a refugiarse en algún negocio abandonado. Se encontraban muy cerca del edificio del *Star* cuando un coche, al dar vuelta una esquina, iluminó la silueta de un hombre que caminaba en dirección a ellos.

Era un anciano. Cuando vio la luz echó a correr, pero una lluvia de disparos que provenían del vehículo lo tumbaron. Allí se quedó, temblando sobre la acera, mientras el automóvil se alejaba.

—No me dirá, Travis, que ésas no son haploides —expresó el doctor Leaf.

—No le discuto, doctor —dijo Travis, mientras empujaba suavemente la puerta principal del edificio del *Star*—. No creo que mujeres normales puedan hacer algo semejante.

La puerta se abrió.

—Adelante —dijo Travis.

Juntos subieron las escaleras de mármol del edificio del *Star*. Sus leves y sigilosos pasos parecían resonar como truenos. Travis tropezó contra un bulto. Era un cuerpo humano. No quiso ver quién era. Siguió subiendo.

Al llegar al primer piso Travis dijo:

—En el laboratorio fotográfico hay algunas linternas. Déjeme pasar primero.

Siguieron por un pasillo y entraron en el laboratorio fotográfico. Travis se dirigió decididamente hacia un armario y sacó dos linternas. Encendió una de ellas para probarla y se sorprendió al descubrir un hombre

que estaba recostado sobre una silla. Las dos linternas se clavaron en él.

—¡Hal Cable! —gritó Travis.

Allí yacía el jefe de fotógrafos de *Star*. Su cuerpo estaba ennegrecido y lleno de úlceras. Tenía aún los ojos abiertos y había dos copas de *whisky* vacías a su lado. Travis se sintió desfallecer.

—Pobre Hal —dijo, dándose vuelta para no verlo.

—¿Era amigo suyo? —preguntó el doctor Leaf.

—Sí. Mi mejor amigo.

Salieron al corredor. Mientras caminaban cubrían la linterna con la mano, dejando pasar apenas un rayo de luz para iluminar el camino.

Las oficinas estaban completamente desordenadas. Había papeles por todas partes. Varios hombres, ennegrecidos, yacían en el suelo. Otra persona, a quien Travis conocía tan bien como a sí mismo, se hallaba tendida sobre el piso del escritorio principal. Era el director Cline.

Travis no quiso acercarse.

—Vamos a la oficina telegráfica —dijo Travis.

El doctor Leaf lo siguió hasta la oficina de paredes de vidrio donde se encontraban las máquinas telegráficas.

Apenas entraron en la sala, Travis se regocijó al percibir un sonido familiar. Un golpecito muy apagado. Levantó la tapa de una de las máquinas y la colocó suavemente sobre el piso. Alumbró entonces con su linterna y pudo observar el rápido movimiento hacia atrás y hacia adelante de la palanca de transmisión.

—Siguen transmitiendo desde Chicago —dijo.

Arrancó el último mensaje que estaba registrado en el teletipo. Extendió el papel sobre el suelo.

—Dejaron de trabajar aquí poco después de las 10 y 2 de la noche —dijo al doctor Leaf, después de examinar la hoja a la luz de la linterna.

—¿Cómo lo sabe?

—Este fue el último mensaje.

Juntos leyeron los comunicados que figuraban en el papel:

"Primer mensaje radial (urgente).

"CHICAGO. Misteriosas radiaciones que interfieren las ondas de la radio y de la televisión se han registrado esta mañana y amenazan barrer con toda la población masculina de Chicago, a menos que la Comisión Federal de Comunicaciones logre descubrir los centros transmisores.

"Las últimas noticias de Union City revelan que más de un millar de residentes de esa castigada ciudad han muerto esta noche, después de haber estado expuestos durante dos días a las mortales radiaciones.

"Un centenar de patrullas, varias de las cuales trabajan con técnicos locales, alistadas por el gobierno federal recorren la ciudad de Chicago tratando de localizar las misteriosas cajas negras de donde, según se cree, emanan las ondas.

"Aunque los acontecimientos se están desarrollando aquí del mismo modo que en Union City, hasta ahora el Comité de Defensa de Emergencia, que desde esta mañana se ha hecho cargo de la crítica situación, no ha revelado la aparición de ningún caso semejante a los registrados en aquella ciudad como consecuencia de la peste.

"El Comité de Emergencia expresó a las 9 de la noche que se dará orden de evacuar la ciudad en caso de que las patrullas no logran localizar todas las fuentes de emisión de las ondas.

"El mismo comité dijo que todas las compañías eléctricas de Chicago deberán cortar la corriente energética que alimenta las máquinas e industrias urbanas si no se encuentran las emisoras de ondas en las próximas horas.

"A las 6 de la tarde se emitió un comunicado pidiendo a la población que se retirara a sus hogares. Solamente las patrullas radiales, automóviles policiales y vehículos de emergencia tienen permiso para transitar libremente.

"La orden de las 6 de la tarde tuvo origen en las noticias provenientes de Union City acerca de la na-

turalidad de las ondas. Se cree que atacan las células masculinas.

"Los periódicos de Chicago están imprimiendo ediciones extras, que serán enviadas a cada casa para informar a toda la población y difundir las órdenes necesarias. Numerosos voluntarios prestan servicios en la central telefónica para explicar brevemente las órdenes a las personas que, por la distancia a que se encuentran, no podrán recibir los periódicos.

"Las unidades femeninas del ejército que fueran destinadas a Union City recibieron órdenes de dirigirse a Chicago.

"Se han registrado radiaciones en Nueva York, Columbus, Minneapolis, Pittsburgh, San Francisco, Los Angeles y Washington (D.C.) a última hora de esta mañana. Hasta ahora se han registrado radiaciones en más de 100 ciudades.

"La población masculina de las ciudades más pequeñas se dirige en masa hacia el campo, donde parecen encontrarse a salvo de las emanaciones.

10 y 2 hs."

—¿Qué hora es? —preguntó Travis.

El doctor alumbró su reloj de pulsera.

—Son las doce y diez.

—Si las radiaciones comenzaron esta mañana en Chicago, no debe ser aún demasiado crítica la situación. Deben de seguir transmitiendo.

Travis caminó hasta un rincón de la sala y levantó el teléfono especial para telefotografías.

—Este teléfono funciona, a pesar de que se ha interrumpido la corriente eléctrica en la ciudad —explicó—. Chicago, Union City. Chicago, Union City —llamó.

—¡Union City! —repitió, sorprendida, una voz del otro lado del aparato—. ¿Qué diablos sucedió ahí? Hemos estado tratando de comunicarnos durante toda la noche. ¿Quién habla?

—Gibson Travis. Le hablo desde el Star.

—Yo soy Burton. Esto está convertido en un infierno. Las patrullas detectoras ya han localizado una

gran cantidad de esas cajas, pero aún no se hallan todas en su poder. Encontraron a varias muchachas que las transportaban. ¡Imagínese! ¡Muchachas! Dijeron que alguien les pagaba para que hicieran eso y que ellas no sabían ni siquiera de qué se trataba. Pero, prosiga... ¿qué pasa en Union City?

—Esas jóvenes... —comenzó a decir Travis.

—Siempre el mismo Travis, ¿eh? —rió Burton—. Siempre preocupado por las niñas.

—Escuche, Burton, este asunto es muy serio.

—Por supuesto. Dígame, ¿qué sucedió allí, Travis? Al último que escuchamos fue a Cline. Nos dijo que los hombres estaban muriendo como moscas. ¿Es posible que estas radiaciones sean tan mortíferas?

—Deben de haber quedado muy pocos hombres en Union City —explicó Travis—. Se ha interrumpido la electricidad, pero eso no les ha impedido seguir emitiendo las ondas desde algunos edificios.

—¿Quiénes murieron? ¿Hay alguna persona importante?

—¿Alguien importante? Escuche, Burton; le estoy diciendo que todos han muerto. El alcalde Barnston, el jefe de policía Riley, el capitán Tomkins, Cline, Hal Cable...

—¿Por el amor de Dios! ¿Cable también?

—Sí. Todos ellos.

—¿Está bromeando? No puedo creerlo...

—Burton: quiero decirle algo acerca de esas jóvenes.

—Muy bien; diga.

Travis no pudo hablar. Sintió una presión, como si un dedo le tocara la espalda. Una mujer, que le apuntaba con un revólver, le dijo a pocos centímetros de su oído:

—Deje el aparato.

Travis depositó lentamente el teléfono en su lugar. Luego se dio vuelta. El doctor Leaf estaba parado a pocos pies de distancia. Un resplandor le hería el rostro. Travis sintió que ahora recibía él el rayo de luz.

—Tenemos órdenes de llevar a todos los sobrevivientes —jadeó la mujer—. No comprendo por qué no nos permiten matarlos.

—¿No han matado aún suficientes hombres?

Como respuesta, le dio un bofetón en la boca.

—¡Cállese! —ordenó la mujer—. Ahora, camine. Una joven irá delante con una linterna y otras lo seguirán. Es indudable que usted y algunos otros están inmunizados. ¡Camine!

A Travis le dio un vuelco el corazón. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar algo semejante. ¡Inmunizados! Por un instante, sintió que una ola de optimismo lo envolvía, pero muy pronto esta sensación desapareció. Si las haploides se habían propuesto, por alguna razón, matar hombres inocentes, no iban a dejarlos vivos a ellos dos.

Salieron a la calle. Un automóvil, con el motor en marcha, estaba estacionado al frente del edificio. Travis se detuvo un momento, a la espera de órdenes; el doctor Leaf se hallaba junto a él.

—No se queden ahí como un par de estatuas. Suban atrás.

Esa voz... Travis la había escuchado antes. Mientras subía al coche, recordó los rasgos de la joven que iba en el asiento delantero.

—Hola, Rosalee —le dijo.

La joven se volvió, sorprendida.

—Váyase al diablo —gritó ella.

—Bueno..., cállense todos —ordenó la mujer que subió después.

El vehículo se puso en marcha. Recorrían las calles de la ciudad esquivando los escollos que se encontraban en el camino y aumentando la velocidad en los espacios libres.

Travis pensó que se dirigían hacia los Tribunales; pero no fue así, pues dejaron atrás la bocacalle por la cual debieran haber tomado en ese caso.

El automóvil corría por las avenidas, y luego tomó una calle ancha que se transformó poco después en un camino carretero. Se alejaron de las últimas casas de la ciudad y aceleraron su marcha, pues el camino estaba ahora libre de obstáculos.

Veinte minutos después, el coche dobló y se internó en un camino flanqueado por altos arbustos. Pasaron

debajo de una arcada blanca, donde podía leerse: *Sanatorio Faircrest*.

Luego continuaron la marcha por un camino muy tortuoso, que los condujo finalmente hasta un parque que rodeaba un gran edificio que parecía un hospital.

Las jóvenes bajaron del automóvil, y empuñando sendos revólveres obligaron a Travis y al doctor Leaf a marchar delante de ellas. No se dirigieron a la entrada principal: atravesaron el parque caminando sobre el húmedo césped hasta llegar a un sendero lateral que los llevó a la parte posterior del edificio. Avanzaron aún algunos pasos y las mujeres les señalaron unos escalones. Los dos hombres descendieron por ellos. Una de las jóvenes se adelantó y abrió una puerta que daba a una habitación amplia y bien iluminada.

Travis y el doctor Leaf fueron obligados a entrar en forma brusca, y la puerta se cerró detrás de ellos.

CAPITULO XII

Había numerosos hombres en la habitación. Algunos permanecían aislados y otros formaban grupos; algunos estaban de pie, otros sentados. Todos miraron con curiosidad a los recién llegados.

El subsuelo servía de depósito y lavadero. En las paredes, sobre el nivel del suelo del jardín, había ventanas con barrotes; y frente a la entrada, en el costado opuesto, Travis y el doctor Leaf pudieron distinguir otra puerta. Había gran cantidad de cajones, algunos vacíos y otros llenos, colocados al lado de las paredes, dejando libre el centro de la habitación.

Algunos hombres estaban sentados encima de los cajones; otros se apoyaban en una larga piletta que ocupaba un costado de la pieza, de extremo a extremo. Había también algunas sillas viejas, un raído colchón y varios muebles y artefactos cubiertos con fundas. La única luz de la habitación provenía de una

lamparilla, colgada de uno de los tirantes del techo, que proyectaba extrañas sombras.

Travis y el doctor Leaf se acercaron a la piletta y se sentaron sobre un reborde de madera que sobresalía de su parte inferior. La situación era embarazosa. De pronto alguien dijo:

—¡Eh, Travis! ¡Doctor Leaf!

Travis dio vuelta la cabeza y pudo distinguir a uno de los hombres que se hallaban recostados sobre un colchón y que en ese momento le hacía señas.

—¡Bill Skelley! ¡Lo creíamos muerto!

Bill se levantó dirigiéndose al encuentro de su amigo, y se estrecharon las manos.

—¡Qué alentador resulta encontrar a alguien conocido! —dijo Bill, con una amplia sonrisa en su rostro juvenil.

Estrechó la mano del doctor y luego les presentó a los demás ocupantes de la habitación.

—Les presento a McClintock; Charlie McClintock.

—Encantado de conocerlo —dijo Charlie.

—Estos son Marvin Peters y Powers... Gus. ¿No es así?... y Tonny Webb y... no recuerdo su nombre.

—Perry Williams.

—Gracias. Como pueden darse cuenta, hace pocas horas que estamos juntos. Este señor es McNulty, Jacob McNulty, y Margano, Kleiburne y Stone... Y aquí está también el pequeño Bobby Covington.

Les presentó a un muchacho de unos doce años, que les tendía la mano.

En pocos minutos los dos nuevos prisioneros saludaron a los demás ocupantes de la pieza. Había veinte hombres y dos muchachos; veinticuatro varones, incluyendo a Travis y el doctor Leaf. Todos se sentaron nuevamente. Algunos trataron de dormir y otros reanudaron las conversaciones, interrumpidas por la llegada de los dos últimos.

—¿Cómo andan las cosas afuera? —preguntó Bill, tomando asiento junto a Travis en la saliente de la piletta, mientras le extendía un paquete de cigarrillos.

—¡Como el diablo! —contestó Travis, aceptando el cigarrillo.

Mientras fumaba, relató a Bill lo que sabía acerca de la hipótesis del doctor Wilhelm, el estado de las calles, las jóvenes de los Tribunales, y su intento de avisar a los empleados de la oficina de la *Associated Press*, en Chicago, que tuvieran cuidado con las muchachas que llevaban esas extrañas cajas.

—Ahora se ve claramente —dijo el doctor Leaf minutos más tarde, en medio de la animada conversación que se suscitó en seguida— que la máquina de la calle Winthrop no operaba con la intensidad máxima. Afectó solamente a las personas que vivían en las cercanías, y sus efectos se desarrollaron lentamente. La máquina hallada en la habitación de la muchacha era más mortífera. Lo atestiguan los desastres acaecidos en la ciudad. Pensábamos que tendríamos más tiempo para proceder, pero nos equivocamos de medio a medio.

—Nosotros creímos lo mismo —dijo Bill—. Yo pensaba que tendríamos tiempo suficiente para localizar todas las misteriosas cajas. Todos los radiotécnicos que salieron en los camiones con los equipos detectores se enfermaron, uno tras otro. Al ver que nos quedábamos sin personal, yo mismo ocupé un camión y comencé a trabajar. Ya había descubierto dos máquinas, cuando un grupo de mujeres que iban dentro de un automóvil policial me detuvieron. Eran alrededor de las 9 y 30. Me encerraron en una comisaría, juntamente con una cantidad de hombres. Traté de explicar a esas mujeres que yo no era un delincuente y que estaba tratando de localizar las peligrosas radiaciones. Pero ellas se rieron. Una de ellas pegaba bastante fuerte —agregó Bill, mientras se frotaba la mandíbula—. Los otros detenidos iban muriendo paulatinamente. Esperaba que me tocara la misma suerte, pero no fue así. Transcurrió una larga media hora antes de que regresaran las mujeres. Parecían sorprendidas al ver que aún estaba vivo. Estuvieron deliberando para decidir qué harían conmigo. Luego me trajeron aquí.

Encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Oí la explicación que usted daba acerca de esas

mujeres, las haploides. Para mí no se diferencian en nada de las demás mujeres.

—Exteriormente son iguales —dijo el doctor Leaf—. Se diferencian, en cambio, por su estructura celular. Tienen los mismos pensamientos, los mismos órganos, todo igual, hasta las mismas ambiciones. Temo que hayan sido sus ambiciones las responsables de todo esto. Yo supongo que ellas se consideran a sí mismas como algo nuevo (en realidad lo son) y quizá superior. Pienso que se han propuesto eliminar todos los cromosomas Y que existen en el mundo, y por consiguiente, a todo el género masculino.

—Parece razonable —dijo Bill, restregándose la barbilla—. Aclara la explicación del doctor Wilhelm acerca de los cromosomas Y. Pero, ¿qué sucede entonces con nuestros cromosomas Y? ¿Cómo explica el hecho de que no hayamos sido afectados?

El doctor Leaf movió la cabeza.

—Quizá sea una cuestión de tiempo. O tal vez, cuando conozcamos la razón de nuestra inmunidad, nos parecerá algo muy sencillo, del mismo modo que al principio nos parecía increíble que una simple radiación pudiera ocasionar semejantes estragos.

Travis echó un vistazo a su alrededor.

—Hemos quedado veinticuatro sobrevivientes de una ciudad de sesenta mil habitantes. Parece imposible que no hayamos muerto, como los demás; pero aquí estamos. Quizás en cada uno de nosotros existe un germen salvador. ¡Si pudiéramos saber qué es!

El hombre que fue presentado como Charlie McClintock se volvió hacia Travis.

—Esas mujeres también quieren saberlo —dijo—. No tengo ninguna duda. Me he enterado de que los primeros hombres que llegaron aquí fueron sometidos a un cuidadoso examen. ¿Qué me decía acerca de eso, Margano?

Margano, un hombre de pelo negro, que estaba recostado sobre un colchón, levantó la cabeza.

—Fui el primero —dijo—. Cuando llegué me desnudaron, y comenzó la revisión.

El doctor Leaf se mostró muy interesado.

—¿Qué le hicieron entonces?

Margano se sentó.

—Me pesaron, me tomaron la presión colocándome ese adminículo, que se infla como un globo, alrededor del brazo, lo mismo que en el ejército. Anotaron mi estatura, me sacaron radiografías y tuve que orinar dentro de una botella. Eso no me gustó nada. Las condenadas muchachas estaban allí mirándome —agregó, sonriendo con embarazo.

Varios hombres rieron.

—¿Le hicieron algo más? —insistió el doctor.

Margano estaba pensativo; se rascaba la nariz y miraba el cielo raso con el ceño fruncido.

—Sí. Creo que sí. Ah, ya recuerdo... Me hicieron un análisis de sangre. Me auscultaron y me examinaron los dientes. Una de las chicas me colocó un aparato en la boca y me miró la garganta. Me parece que eso fue todo. No... Hay algo más. Me cortaron un pedacito de piel de la oreja —agregó, alzando su mano y tocando una tela adhesiva que tenía sobre la oreja.

El doctor Leaf sonrió.

—Pensaban que usted podía ser también un haploide, ¿eh?

—Sí. Oí cuando ustedes hablaban de eso. Había una mujer de guardia en el piso de arriba, constantemente. Parecía la capitana. Todas saltaban cuando ella abría la boca para decir algo. La llamaban doctora Gonner, o algo parecido.

—¿Gonner? —preguntó Travis asombrado—. ¿No sería Garner?

—Sí —asintió Margano—. Eso mismo.

—Era una rubia muy linda, así de alta —dijo, haciendo un movimiento con el brazo—, rostro hermoso, bien formada y...

—Me parece que se equivoca —contestó Margano sonriendo—. Esta era todo lo contrario. Era una mujer de cierta edad y cabellos grises. Tenía los ojos grises más terroríficos que he visto en mi vida. Parecía capaz de atravesarlo a uno con la mirada.

El doctor Leaf se acomodó sobre el reborde de madera.

—Esos exámenes que le hicieron no significan nada, pues son los habituales —dijo el médico.

—A mí no me examinaron —dijo Charlie McClintock—. Sólo me hicieron un análisis de sangre.

Se oyeron en la habitación varias voces que dijeron: "A mí también."

—Espere un minuto —dijo Travis, poniéndose de pie—. Usted fue el primero, ¿verdad, Margano?

Margano asintió.

—¿Quién fue el segundo?

Marvin Peters hizo un gesto.

—¿Qué clase de revisión le hicieron? —preguntó Travis.

—Igual que a Margano.

—¿Quién fue el tercero?

Kleyburne levantó la mano.

—Me encontraron frente a la taberna *El Barril de cerveza*. Cuando vi que todos los compañeros iban apagándose como lamparitas, decidí terminar mis días con tanto alcohol adentro como me fuera posible soportar. Apenas había comenzado cuando me detuvieron; me llevaron en uno de sus vehículos patrulleros y me arrojaron en el entrepiso de la biblioteca, juntamente con un montón de individuos. Sólo nosotros dos, McNulty y yo, sobrevivimos. Los restantes se contagiaron la peste. Luego volvieron las muchachas y nos sacaron de allí. Si hubiéramos sido más inteligentes, habríamos simulado estar muertos. Estoy seguro de que otros procedieron así. Luego nos trajeron acá —prosiguió— y comenzaron a examinarnos, lo mismo que a Margano y a McClintock. Cuando iban por la mitad del examen, vino esa vieja ramera de cabellos grises y les dijo: "No importa lo demás, chicas. Sólo me interesa el análisis de sangre." Eso fue todo.

—El cuarto fue usted, McNulty, ¿verdad? ¿Y el quinto?

Stone levantó la mano.

—Sólo examen de sangre.

—¿El sexto?

Gus Powers tosió.

—Lo mismo.

—¿El séptimo?

Perry Williams alzó el brazo.

—A mí no me hicieron nada. Sólo me encerraron aquí.

A ninguno de los restantes les habían hecho análisis de sangre.

—Muy bien, doctor Leaf —dijo Travis—. ¿Usted extrae la mismas conclusiones que yo?

—Creo que sí —respondió el doctor Leaf, muy excitado—. Al principio revisaron cuidadosamente a cada uno de los hombres, pues ignoraban la razón de su resistencia al mal. Luego deben de haber encontrado algo. En la sangre. La vieja pidió entonces que hicieran otros dos análisis, para estar completamente segura. Luego ya no necesitaron seguir la investigación.

—¿Qué puede ser, entonces? —preguntó Bill.

—Tenemos la explicación aquí mismo. ¿A qué grupo sanguíneo pertenece usted, Margano?

—Cuando estaba en el ejército me dieron una tarjeta donde decía AB.

—Muy bien. ¿Y el suyo, Kleyburne?

—AB.

—¿Peters?

—Creo que AB.

—¿McNulty?

—No sé.

—¿Y el suyo, Stone?

—Grupo AB. ¿Podría ser diferente?

—Está claro, ¿verdad? ¿Hay alguno que no pertenezca al grupo sanguíneo AB?

Ninguna mano se levantó.

—Es eso, entonces —dijo el doctor Leaf—. Es lógico, también. Tenemos suerte, realmente.

El doctor se ajustó los lentes y sonrió con su mueca característica.

—Permítanme que les explique. Los cromosomas Y, como los otros cromosomas, están formados de largos

collares de genes, apretados como pequeños discos. Algo semejante a una pila de monedas. Todos los cromosomas Y que contienen genes A, B u O de la sangre son sensibles a las radiaciones *gamma*, tal como ya se lo he explicado. Pues bien, en las células existen también, además del cromosoma Y y los otros cuarenta y siete cromosomas, ciertas sustancias producidas por los genes y que llevan el nombre de antígenos. Comúnmente, estos antígenos no actúan como protectores, pero la combinación de los antígenos producidos por los genes A y B en el grupo sanguíneo AB, produce entre otras cosas los antígenos que nos inmunizan a todos los que nos encontramos en esta habitación, contra las radiaciones que resultaron mortíferas para las demás personas. Los antígenos son simplemente hidrocarburos nitrogenados, pero no podría decir qué clase de coraza forman contra estas emanaciones. Debemos estarles agradecidos por lo que hacen. No hay duda de que las hormonas femeninas, la crebiozona y otras sustancias que hemos ensayado, no podían tener ninguna acción.

—¿Por qué dijo que teníamos suerte? —preguntó impaciente Bill Skelley.

—Es justamente lo que iba a explicar ahora —dijo el doctor—. El grupo sanguíneo AB podría ser inmune, del mismo modo que aquellas personas que carecen de algún gene específico del gusto y no pueden paladear, entonces, ciertas sustancias como la feniltio-carbamita (FTC, como suele llamársela). Algunos llegan a sentir su gusto amargo, otros no. Vean ahora por qué tenemos suerte. ¿Recuerda la población de Union City, Travis?

—Unas sesenta mil personas.

—Entonces tenemos suerte. Suponiendo que la mitad pertenezca al sexo femenino —y si yo recuerdo bien las cifras—, todavía debe de haber alrededor de mil ochocientos hombres vivos en Union City.

—¡Imposible! —estalló Travis—. No vimos a nadie.

—No. Hablo seriamente. El grupo sanguíneo AB es un grupo raro. Si mal no recuerdo, alrededor del seis

por ciento de la población de Estados Unidos pertenece a ese grupo, lo cual quiere decir que unos mil ochocientos hombres pueden estar escondidos en la ciudad. Por supuesto, algunos pueden ser ancianos; otros niños. Y supongo que algunos no habrán nacido todavía. Pero constituyen un núcleo para luchar contra el mal, si en realidad hubieran sobrevivido. — Un núcleo que en este momento está oculto en los edificios y cuyos componentes pueden, en cualquier instante, ser detenidos por las haploides o morir a causa de un disparo de sus armas. Usted recordará la forma en que procedió la patrulla haploide con aquel viejo que encontraron en la calle.

—Es verdad — dijo el doctor —. Deben de estar escondidos porque ignoran lo que está sucediendo. ¡Si pudiéramos informarles!

—Sí — dijo McClintock —. Podemos salir a decírselo. Avisen a las chicas que pensamos salir a dar un paseíto.

—¡Diablos! No podemos salir de esta pieza — dijo Bill —. Hay guardias apostadas, con armas, por todas partes.

—No perdamos las esperanzas — dijo Travis —. Quizás se nos ocurra alguna solución.

La puerta del subsuelo se abrió bruscamente, con gran estrépito, golpeando contra la pared. Una mano pálida la contuvo, evitando su rebote. En el umbral se dibujó la figura de una mujer alta, de cabellos grises; había en sus ojos centelleantes una expresión de loca hilaridad; sus labios, con las comisuras caídas hacia abajo, comunicaban a ese rostro delgado una expresión desdeñosa. Tenía las cejas muy pobladas y la cabeza orgullosamente erguida. Llevaba el cabello peinado a lo Pompadour y su cutis era extremadamente pálido. Tenía la apariencia de un asceta. Llevaba un guardapolvo blanco, como los médicos, y las jóvenes que se hallaban detrás de ella iban igualmente ataviadas y armadas.

Margano tenía razón, pensó Travis. Sus ojos eran terroríficos. ¡Así que estaban frente a la doctora Garner! ¡Esa mirada, capaz de atravesar a un hombre!

Travis sintió un hormigueo en la columna vertebral cuando su mirada se posó un instante sobre él. Se preguntaba si era posible que Betty fuera su hija. —Entonces usted cree, Travis, que se le ocurrirá algo...

Sus labios se torcieron en una mueca sarcástica: —¿Y cuándo le parece que sucederá eso?

Un hombre flaco se destacó en ese momento entre los del grupo. Travis no podía recordar su nombre. Su aspecto era desaliñado; seguramente hacía mucho tiempo que no se alimentaba a su gusto. Travis observó que los otros también tenían ese aire desnutrido y desprolijo. El hombre se dirigió a ella con nerviosidad:

—Por favor, señora — dijo con voz desafinada —, permítame que regrese. Me trajeron para aquí cuando iba a la farmacia en busca de un remedio para mi esposa. Mi esposa está enferma.

La mujer le respondió con una bofetada. El hombre cayó de rodillas:

—¡Por favor, por favor! — suplicó —. Sólo pido clemencia para mi mujer. Sin duda morirá.

Rompió en sollozos con la cabeza entre las manos. La doctora Garner le asestó un tremendo golpe que lo arrojó al suelo, donde quedó tendido en una posición lamentable, con las manos lastimadas y la cabeza doblada.

—¡Por el amor de Dios! — exclamó ella —. Saquen de aquí a este Jeremías. Lo primero que hará, en cuanto se recobre, será ponerse a vomitar.

Travis sintió la terrible tensión de sus músculos. Sus puños se habían crispado de tal modo que sentía el dolor de las uñas incrustadas en la palma de las manos. La sangre se agolpaba en su cabeza.

Unos cuantos hombres se desplazaron hacia el frente.

—Quietos, muchacho — susurró a su lado el doctor Leaf.

Sonaron dos tiros. El hombre que yacía en el suelo se irguió y se retorció herido por las balas. Sonó otro disparo. El hombre quedó inmóvil.

Dos mujeres entraron en la habitación y lo arras-

traron afuera, dejando un largo y brillante rastro de color carmesí.

—Buena sangre AB —dijo la mujer, examinando con atención la fisonomía de los presentes—. Una sangre maravillosa, según tenemos entendido.

Luego se dirigió especialmente al doctor Leaf:

—Conozco su interesante opinión sobre los antígenos. Esto parece una novela de espionaje. Quizá le divierta saber que en el subsuelo funcionan micrófonos, lo que nos ha permitido escuchar todas sus conversaciones. Antes enviábamos aquí a los pacientes, cuando ya no sabíamos qué hacer con ellos. —Sonrió con dulzura—: Algunas cosas que decían de nosotras, no dejarían de sorprenderlo.

La mujer dio unos pasos por la habitación sin apartar la vista del grupo masculino:

—El factor X en nuestra pequeña ecuación —prosiguió—: esto es lo que son ustedes. De acuerdo con las aseveraciones del doctor Leaf, debería haber muchos como ustedes en la ciudad. Pues bien, si todos son como ustedes, ¿qué podríamos temer? —Se detuvo en el centro de la sala—: No se preocupen demasiado por la suerte que les espera. Mañana todos habrán muerto. Y como saben ahora por qué causa sobreviven, saben también que no traeremos aquí a ningún otro de sus hermanos. Los estamos eliminando en donde los encontramos. En cuanto al camino que elegiremos para enviarlos al otro mundo, no sé nada. Posiblemente sea éste un pequeño detalle que los preocupa. Quizás alguno de los presentes pueda sugerirnos algo al respecto. ¿Qué opina, doctor? ¿No tiene algo para proponernos, alguna preferencia?

El doctor no contestó. Ella se puso a su lado:

—Usted aparenta tener cierta inteligencia y equilibrio.

Continuó, volviéndose a Travis:

—Tal vez le agradaría a los dos ver un verdadero laboratorio. Un lugar que se ha adelantado en muchos años a nuestro tiempo. Ustedes, por supuesto, no vivirán para ver la culminación, el poderío de una raza de haploides...

—Entonces, es verdad...

—Usted lo ha dicho, doctor. En efecto, es verdad. Siganme. Me resulta interesante explicárselo. Existe la remota posibilidad de que hasta dos seres como ustedes dos alcancen a apreciar lo que se les mostrará.

Se dirigió a la salida, seguida por Travis y el doctor Leaf. Al llegar a la puerta se apartó para que ellos franquearan primero el umbral. Dos guardias femeninas armadas de fusiles se apostaron a cada lado.

—No hace falta tanta precaución —dijo la doctora Garner—. Creo que son inofensivos. Es suficiente con que nos escolten a prudente distancia. Si cualquiera de los dos esboza el menor gesto de rebeldía, actúen sin perder tiempo; pero si se portan bien, permítanles alguna libertad de movimientos.

Se instalaron los tres en el escritorio de la doctora Garner, como si se tratara de una consulta vulgar; la diferencia estaba en las dos guardias estacionadas en la puerta. Los muebles eran lujosos y la suave iluminación se proyectaba en forma indirecta. Sobre la mesa había una bandeja con el servicio de té y bizcochitos.

—Los he traído aquí primero porque pensé que era preciso proporcionarles alguna información previa. ¿Un terrón o dos, doctor Leaf?

—Sin azúcar, por favor.

—Un solo terrón —dijo Travis.

La mujer revolvió su té.

—¿Recuerda al doctor Tisdial, doctor?

—¿Tisdial? —El doctor reflexionó unos segundos y dijo de pronto—: Creo que sí. Era un biólogo de renombre, en Eckert, si no me equivoco. Un genético.

La doctora Garner sonrió.

—Tiene buena memoria. Sí, el doctor Tisdial se dedicó a la enseñanza durante muchos años, en Eckert. Era un hombre relativamente joven cuando lo conocí. Fui discípula suya.

La doctora miraba a lo lejos, con un dejo de suave añoranza en sus ojos habitualmente tan duros.

—Yo lo admiraba. El me distinguía. Cuando me recibí, me propuso que fuera su secretaria. Llegué más lejos aún: llegué a ser su esposa.

Bebió unos sorbos de té.

—El doctor Tisdial y yo éramos muy felices. Pasábamos días enteros en el laboratorio, trabajando juntos. Me enseñaba todo lo que sabía. Era una inteligencia superior.

Dejó la taza sobre la mesa. Una expresión extraña y ausente apareció en su mirada:

—Yo tenía un hermano, también. Era muy joven, muy cariñoso..., indefenso. Se llamaba Ronny, Ronny Garner. Era rubio, buen mozo..., yo quería que él tuviera todo lo que podía desear en este mundo, y hacía todo lo posible para contribuir a que lo consiguiese. Era un artista. Pintaba los cuadros más hermosos que he visto en mi vida. Desde muy niño era un talento. Siempre estaba pintando algo para mí. Me llamaba Kitty (mi nombre verdadero es Catalina). “Kitty —solía decirme—, aquí tengo un cuadro para ti.” Yo lo adoraba.

Sus ojos descendieron hasta posarse en sus interlocutores y perdieron instantáneamente su expresión de suavidad. Era muy llamativa la propiedad que poseían sus ojos de aclararse y fulgurar sobre el fondo gris de la pupila y el negro del iris, en medio de la córnea muy blanca: parecían, así, ojos de alucinada.

La doctora prosiguió con su relato:

—Luego, el ejército. Se lo llevaron. La noche antes de partir, Ronny vino a casa y me dijo: “Kitty, yo no quiero ir. No quiero matar a nadie. Amo a todo el mundo. Amo a todos los seres vivientes.” Sollozó recostado en mi hombro y procuré consolarlo. Llegó el doctor Tisdial y así nos encontró; Ronny, con la cabeza en mi hombro, lloraba desesperado. El doctor Tisdial no pudo comprender. Cuando quise defenderlo, dijo secamente: “Alguien tiene que ir a matar al Kaiser.” Quise hacerle ver que el caso de Ronny era muy especial, pero me interrumpió diciendo: “Tus

palabras me producen una gran desilusión.” Desde ese momento, todas las cosas tomaron otro cariz entre el doctor Tisdial y yo.

En el despacho de la doctora reinaba el silencio. Sólo se oía su respiración. Sus ojos se fruncieron y chispearon.

—Ronny partió a la mañana siguiente. Nunca olvidaré su rostro sensible y trágico. Murió tres semanas después, en un campamento. Murió porque no pudo adaptarse a la locura de este mundo. Entonces tomé una resolución; los hombres y toda su locura debían desaparecer. Durante centurias los hombres habían sido la causa de todas las guerras, de toda la sangre derramada, de todo el dolor y el sufrimiento de cada madre y hermana que había visto partir a su hijo o hermano para que lo mataran o para matar, matar, matar y volver a su hogar con el pecho cubierto de medallas. Había que acabar con esto. Y yo podía hacerlo acabar. Era dueña de un instrumento para destruir el macho, este animal que había traído la desdicha a sí mismo y al mundo de las hembras. ¿Qué podría hacer una mujer mientras existiese el hombre? El era el fuerte; sólo por medio de traiciones y trampas la mujer alcanzaba sus fines. Y esto no debía existir más. Si el hombre debía pasar por miles de agonías para desaparecer, ése sería su castigo por las agonías que había causado a su madre.

Su rostro se iluminó con una expresión enajenada, mientras proseguía arrebatadamente:

—Había que dar paso a una raza nueva. Había que transformar las leyes fundamentales. ¿Por qué razón una mujer y un hombre tenían que unirse para que naciera un hijo? Yo cambiaría esa ley básica. Prescindiría del hombre. Destruiría la piedra de escándalo de nuestra civilización. Los músculos varoniles serían reemplazados por motores y palancas. Y crearía una raza de haploides. Una raza sin la vejación del sexo y sus múltiples frustraciones. Una raza sin partos. Una raza cuya única meta sería el progreso de sí misma hasta el fin de los tiempos. Una raza única, sin barreras de color, herencia o credo, nacida

para gobernarse sola, trabajar para sí y perfeccionarse. Una raza de supermujeres de la cual esto es sólo el comienzo.

Calló y clavó una mirada amenazante primero en Travis y luego en el doctor Leaf. No percibiendo en sus rostros ningún atisbo de burla o de horror, continuó:

—Ustedes me preguntarán cómo era posible realizarlo. La respuesta me la proporcionó el doctor Tisdial. Poco a poco obtuve detalles de los experimentos realizados por él y de sus ideas acerca de lo que me interesaba saber. Más adelante descubrió lo que yo me proponía y me ayudó a experimentar, por puro interés científico. Pero nunca volvimos a ser los mismos después de la noche en que Ronny se despidió.

La doctora rompió a reír:

—Recientemente he leído los resultados del “asombroso experimento” del doctor Gregorio Pincus acerca de una técnica para la ovulación múltiple. Ya en 1916 el doctor Tisdial y yo perfeccionábamos los detalles de la famosa novedad. Pero no habíamos salido a contarlo. Era una especie de “hobby” personal. Inyectábamos determinadas hormonas, y los ovarios aumentaban considerablemente el número de óvulos. El paso siguiente consistía en apoderarse de los óvulos de la madre. Lo resolvimos muy pronto. Fue una simple operación mecánica. La máxima dificultad consiste en el almacenamiento de los huevos. El secreto está en obtener una temperatura cercana al cero absoluto. Con este objeto construimos juntos una de las primeras congeladoras de este tipo.

—¡Extraordinario! —murmuró el doctor Leaf.

La doctora Garner sonrió con indulgencia.

—Eso es poco decir, doctor, como pronto comprobará. En realidad, no había motivos para creer que un óvulo no podía desarrollarse dentro de la mujer adulta sin intervención del esperma. La única función del espermatozoide es estimular el proceso de crecimiento en cuanto penetra en el citoplasma. La preñez de las vírgenes no es una novedad, no necesito señalarlo. Señor Travis, usted también habrá leído algo

acerca de la reproducción de los erizos y estrellas de mar, los gusanos, los caracoles, y aun las ranas; recordará que no necesitan la fertilización por medio de un macho. Los pequeños huérfanos de padre son tan robustos como los que brotaron de cualquier otra manera. ¿Cuál es la contribución del esperma masculino?: el cromosoma X restante, o un cromosoma Y y los veintitrés que conocemos. No son imprescindibles. En realidad, el macho juega la parte débil. Los machos son el sexo débil, y no sólo antes del nacimiento. El doctor lo sabe perfectamente, y cualquier biólogo se lo confirmará. Son más susceptibles de enfermar o perecer, a menudo fracasan, mueren inmediatamente antes o después del parto o llegan al mundo con alguna invalidez. Son más numerosos los espermatozoides del grupo Y que llegan al óvulo que los del grupo X. Ganan la primera carrera, crean un macho, pero, a través de la vida, pierden. En el primer momento, surgen con ventaja frente a las hembras. La balanza de las hormonas tiene mucho que hacer para conservar el equilibrio.

La doctora Garner sorbió otra porción de té:

—La historia continúa: muy pronto descubrió el doctor Tisdial que mi interés por la partenogénesis no era algo pasajero. No estaba de acuerdo con mis experimentos en placenta artificial: yo estimulaba el desarrollo del óvulo con un súbito descenso de temperatura, al mismo tiempo que taladraba el citoplasma con una aguja afilada; una delicada operación, dicho sea de paso, en la que habíamos adquirido rara maestría. Nos separamos en 1920, e instalé mi propio laboratorio para continuar con mi sistema. El siguió su camino, yo seguí el mío. Señores, me ocupaba en la producción de haploides. Se desarrollaban por centenas, por millares. Siguen desarrollándose en la actualidad. El doctor Tisdial vino a verme hace unos meses, interesado por alguna nota sobre mis trabajos que leyó en una revista médica. De vez en cuando me veo obligada a vender inventos e ideas para pagar los gastos de mi experimentación. Se presentó, pues amistosamente, y según sus propias palabras, quedó es-

tupefacto. Imagínense la situación, señores —prosiguió, frunciendo los labios y con un fulgor de odio en los ojos—: la mente de un hombre “estupefacto” ante la posibilidad de un mundo mejor. La mente de ese mismo hombre a quien la imagen de la guerra no perturbaba. La mente de un hombre que colaboró en la bomba atómica. Jamás un hombre podría justificar mi acción. Como el doctor se puso en contra, sólo podía defenderme encerrándolo para que no estropeará mis planes, que ya llevaban veinte años de incesante labor. Lo encerré bajo llave. Al fin consiguió escapar. Corrió a la ciudad y me encontró en la casa de Winthrop Street. Allí fue donde produjimos miles de esas cajas negras de metal. Pero allá ocurrió un accidente: al manejar una de las máquinas (lo que puso en peligro el material) recibió una dosis fatal de radiaciones. Fuera de sí, huyó a la calle. Tuvimos que dismantelar la casa rápidamente y luego la incendiarnos.

—¡Entonces, era el doctor Tisdial! —comentó Travis—. Fue el primer paciente.

—Era, en efecto, el doctor Tisdial —dijo ella sin ninguna emoción.

CAPITULO XIII

El sanatorio Fairerest era un edificio blanco en forma de T: el frente era amplio y los pabellones que ocupaban la parte posterior formaban una larga perpendicular. El grupo se dirigió hacia esa sección, mientras la doctora Garner les mostraba sus aspectos interesantes como si se tratara de visitas distinguidas.

—En la actualidad destinamos el frente a las habitaciones para convalecientes —dijo—. Centenares de enfermos nerviosos y mentales han encontrado aquí reposo, salud y esperanza. Es un maravilloso lugar de descanso, un verdadero hogar. Ha sido un negocio excelente. Pero el ala posterior del sanatorio nada tiene que ver con el frente, como verán.

Recorrieron un corredor intensamente iluminado,

flanqueado por una serie de cubículos anchos separados de la galería exterior por ventanales que llegaban del techo al suelo. Numerosas mujeres vestidas de blanco trabajaban allí; unas inclinadas sobre diseños y diagramas, otra con relucientes equipos de laboratorio. Algunas manejaban aparatos electrónicos: instrumentos eléctricos con diales, llaves, tubos y alambres. Parecían sorprendidas ante la presencia de los dos hombres.

La doctora explicó:

—Hace unos años tuvimos que transformar algunos de estos pequeños laboratorios en oficinas, a causa del incremento de nuestras actividades en todo el mundo. Todas las noticias sobre nuestras haploides se reciben aquí.

La doctora introdujo una llave en la cerradura. La gruesa puerta de metal se deslizó lentamente, y una ráfaga de aire caliente se desplazó hasta ellos. Tras-puesto el umbral, se enfrentaron con un ancho tabique de vidrio doble. A cada lado del tabique se veía una puerta. Frente a ellos, detrás del vidrio, hasta la pared que se hallaba a quince metros de distancia, se veía una gran cantidad de retortas de vidrio, de tamaños escalonados. Llenaban el vasto lugar, dejando apenas un estrecho espacio entre ellos.

—Para empezar colocamos el óvulo fertilizado artificialmente en la retorta más pequeña —continuó explicando la doctora Garner—. Dentro de la retorta tenemos una solución fisiológica salina que equivale, por sus componentes químicos, a los fluidos del organismo humano. Mientras las células se desarrollan mantenemos la presión osmótica correcta, así como la de difusión. La segmentación se produce casi al instante. Como pueden observar, la célula se sumerge rápidamente en la porción más densa de la solución, como lo haría en la pared uterina. Recibe continuamente el fluido vital de la placenta y muy pronto comienza a absorber su alimento. A medida que transferimos las células de las retortas menores hasta las de mayor tamaño, se pueden ver el corazón que late, los rudimentos del sistema nervioso, los brotes que se

convierten en miembros. Después de transcurridos tantos años, el espectáculo de la creación aún me maravilla.

Los ojos de la doctora brillaban de entusiasmo.

—Como ocurre en el seno de una verdadera madre, el embrión de haploide no está unido a su madre material. Están separados por un tejido membranoso: la placenta. El embrión recibe alimento y oxígeno de la solución preparada por nosotras, y arroja allí sus residuos. Cuando llega la hora del nacimiento, simplemente sacamos al niño de su retorta, se le dan las palmadas de rigor, y una nueva haploide ha llegado al mundo. Cada una recibe un nombre y el número de su serie. También se registra el lugar de su nacimiento, pues hay varios laboratorios semejantes en diferentes zonas del país. Aunque ningún laboratorio puede compararse con el nuestro.

—¡Qué lamentable! —exclamó el doctor Leaf—. ¡Qué lamentable que semejante talento no haya servido para algo constructivo!

—No esperaba comprensión ni simpatía, doctor, puesto que se trata de eliminar el sexo al que usted pertenece.

—¡Qué iniquidad! ¡Y pensar que su talento podría beneficiar a la humanidad!

—¿Humanidad? En efecto, *humanidad*. Con ustedes, los hombres, ocurre lo de siempre: todo gira alrededor de ustedes. Hasta las palabras. Hasta el apellido del hombre debe llevar a veces la mujer durante una parte de su vida. Han subyugado a las mujeres desde el principio de los tiempos; a las mujeres, que constituimos la parte principal de la especie.

—Fue una necesidad —intervino Travis—. En la época prehistórica la existencia familiar dependía del fuerte brazo del hombre.

—Sí. Pero el brazo ya no es indispensable —replicó la doctora—. Ahora poseemos máquinas para realizar las faenas más pesadas.

—Su pensamiento carece de lógica —interrumpió el doctor Leaf—. No sólo el brazo del hombre ven-

ció a la mujer, sino la maternidad. ¿Qué podía hacer para subsistir la mujer embarazada?

—El embarazo no es una desventaja —repuso la mujer—, con excepción, quizás, del último mes. Ni siquiera en ese período, probablemente. Desgraciadamente las mujeres permitieron que las mimaran demasiado. Pero no habrá más embarazos, como no sea algún caso elegido especialmente; tal vez sea conveniente en alguna ocasión desarrollar haploides en el seno de haploides...

—Pero aniquilar... matar sin discriminación...

—No sea ingenuo, doctor. Usted mismo en su laboratorio ha causado más de una muerte. Esto es sólo la supervivencia de los más aptos.

Sus ojos relampaguearon con fanático fervor:

—Y nosotras somos las más aptas. Ustedes son los débiles. Ustedes habrían acabado con todos nosotros; ustedes y sus bombas atómicas. Estamos salvando la civilización amenazada por la locura de la guerra.

El doctor Leaf enrojeció, pero permaneció silencioso ante la excitación de la mujer, que iba en ascenso.

—¿Qué sucede después? —preguntó Travis desviando la atención hacia los receptáculos escalonados—. ¿Qué sucede cuando la niña ha nacido? ¿Adónde va? ¿Quién se ocupa de la crianza?

La doctora se volvió hacia ellos:

—Tenemos *nurseries*. Y luego, tarde o temprano, la mayor parte de las niñas encuentra padres adoptivos. Tenemos un registro con todos los datos, y cuando la niña está en edad de comprenderlo, acudimos a ella y le decimos la verdad. Lo hacemos entre los quince y los dieciocho años, de acuerdo con su temperamento. Es curioso; la mayoría de ellas tienen muy temprano la sospecha de no ser iguales a las demás muchachas.

—Suponiendo —dijo el doctor Leaf— que la joven no simpatice con los planes concebidos por ustedes, ¿qué ocurre?

La mujer sonrió:

—Hay varias alternativas. El suicidio, para empezar. Si ella no tiene el valor necesario, nos ocupamos

nosotros de hacerla desaparecer sin dejar trazas. Ahora bien, si la joven forma parte de una familia importante de la que se puede obtener dinero o considerable ayuda de algún otro orden, recurrimos al mentecidio.

—¿Menticidio? —exclamó Travis—. ¿Qué es esto?

—Es un término inventado por la doctora Joost A. M. Meerloo. Consiste en una inyección sintética de nuestros pensamientos y palabras a las personas que deseamos controlar. Destruye la libertad de pensamiento y convierte sus inviolables procesos mentales en instrumentos mecánicos útiles y serviles. A primera vista parece algo extremadamente técnico; es un arma de la psiquiatría moderna. Se obtiene mediante la repetición exhaustiva de una idea, de un pensamiento bajo coacción. De esta manera la mente se resiste a aceptar cualquier otro tipo de realidad que no sea aquella que le inculca la persona que está sojuzgándola. No ha fallado en ningún caso hasta el momento.

—Y estas muchachas, ¿han vivido en nuestro mundo como seres humanos durante tanto tiempo? —dijo Travis—. Pueden tener actualmente treinta y dos años, ¿no es verdad?

—Así es; algunas tienen esa edad. Pero han sido preparadas durante este período para actuar en el momento necesario. Nosotras creíamos que el hombre se destruiría a sí mismo con la guerra, pero esto ha demorado más de lo que conjeturábamos. Además hay que adelantarse a los acontecimientos, porque la guerra planeada por el hombre moderno amenaza aniquilarnos juntamente con ellos. Nuestras cajitas negras aceleran los hechos. Todas las haploides de los alrededores están actualmente equipadas, y esperan solamente nuestro aviso para utilizarlas. Olvidaba algo más que, sin duda, les interesará. Una haploide no puede tener hijos; sólo se puede efectuar con ella la germinación artificial; es decir, puede ser dueña de un óvulo activado con anticipación; pero, a causa del proceso que han sufrido sus ovarios, sus cromosomas 23 X se dividen en células de 11 y 12 X, cromosomas

que rechazarán la célula del espermatozoide 23X o 23Y. Es, por lo tanto, estéril. No obstante, la haploide puede contraer matrimonio, si lo desea.

—¿Cómo puede ser posible semejante cosa?

—Para una haploide verdadera, el sexo es solamente una función innecesaria y estúpida que realizará hasta que llegue la hora de su emancipación total. En realidad, una haploide encontrará muy poco placer en la realización de un acto semejante, puesto que se la ha condicionado para que odie al hombre y para que mire hacia el futuro con la certeza de verse un día liberada de sus cadenas y de ver a los hombres reducidos al nivel de inferioridad que les corresponde.

La doctora comenzó a reír:

—¿A qué atribuyen ustedes la escasa natalidad de hoy en día? Muchas mujeres que aparentan buscar desesperadamente la causa de su esterilidad no son sino haploides que buscan pretextos para una adopción. Ella debe someterse a sus compromisos conyugales hasta que por fin el marido, para calmar su maternidad frustrada, le permite adoptar un niño. Es una haploide lo que adoptará, por supuesto. La esposa haploide está en connivencia con nosotras, desde luego. Nos ayudan a resolver el problema de las adopciones. ¿Y no les ha llamado nunca la atención la cantidad de jóvenes hermosas que prefieren permanecer solteras? Su odio hacia los hombres es tal, que les impide casarse para guardar las apariencias o para colaborar por medio de la adopción de una haploide. Su apasionado sentimiento las exime de todo compromiso. Son las mejores haploides: sólo viven para la hora de la libertad, la libertad de construir el nuevo mundo que han soñado. Esta fecha se avecina. Estos hombres de sangre AB no son un obstáculo serio. Simplemente, los exterminaremos.

—¿Qué harán con las mujeres normales? —preguntó Travis.

—¿Qué haremos con ellas? —repuso la doctora con violencia—. ¿Qué haremos con esas blandas criaturas? ¡Ustedes las llevaron a este estado! Pues bien: una vez desterrada la raza masculina, podrán ser ma-

dres, si es ése su anhelo. Les inocularemos un óvulo fertilizado o fertilizaremos uno suyo, y les daremos los medios para que lo hagan vivir. La hija haploide será la imagen de su madre. Si algunas mujeres se oponen al plan, habrán de eliminarlas. Si su reacción fuese más enérgica de lo que se presupone, las liquidaremos también. Este asunto no me preocupa. Después de haber sido reducidas por los hombres a semejante grado de debilidad nos seguirán como corderos.

El doctor había entreabierto la puerta que comunicaba con el corredor, y Travis respiró con alivio el aire fresco que provenía de afuera, sintiéndolo limpio y saludable. La conversación empezaba a producirle náuseas. Ella avanzó en dirección al vestíbulo y se detuvo ante una ventana.

—Aquí adentro —dijo señalando un muro de porcelana y cromio— conservamos en su temperatura correspondiente unidades que fueron obtenidas muchos años atrás. Tenemos óvulos de mujeres desarrollados hace más de veinte años en una suspensión adecuada. Billones de óvulos. Nunca podremos desaparecer.

Después del fondo del corredor llegó un sonido característico que Travis reconoció inmediatamente. Eran teletipos. La doctora notó su interés en saber a qué los destinaban.

—Es nuestro centro de comunicaciones —dijo, entrando en la habitación.

El doctor y Travis la siguieron. Era una habitación espaciosa en la que había varios escritorios, equipos telegráficos y unas cuantas mujeres. Fueron recibidos con las acostumbradas miradas hostiles de las atreadas haploides.

—Todo en regla, chicas —dijo la doctora Garner con voz tranquilizadora, y avanzó hasta una mesa alargada en la que se apilaban numerosos informes telegráficos. Escogió algunos al azar:

—La oficina de Chicago informa que el FFC se ha visto obligado a interrumpir la nueva instalación de maquinaria para rayos *gamma*. Las autoridades han cortado la electricidad, pero nuestras compañeras son capaces de ponerlas en marcha con la ayuda

de baterías o generadores portátiles. En cuanto los hombres empiecen a agonizar, iniciarán el servicio de haploides voluntarias, como siempre. Aquí es donde se lucen las haploides. Siempre habrá voluntarias. Millares de haploides voluntarias están listas para realizar su misión en cuanto el azote se cierne sobre las ciudades.

La doctora Garner rió una vez más y depositó el informe junto a los otros:

—¿Se dan cuenta de que hay en este momento medio millón de haploides de dieciocho a treinta y tres años desparramadas por todo el mundo? En el único país donde no hemos penetrado todavía es en Rusia y en algunos de sus satélites. ¿Qué probabilidades puede tener el hombre de salvarse?

Señaló el informe con un gesto:

—Hace un instante me reí porque aquí nos notifican que los Estados Unidos han aplazado el proyecto de ensayar un arma nueva y terrible que puede destruir un país entero en una fracción de segundo. Alegan el peligro que eso significa para todos, pero es una mentira evidente. Estados Unidos teme un ataque de Rusia en un momento en que nuestra población masculina disminuye a ojos vista. Que Rusia ataque; la destruiremos también.

—Doctora Garner —dijo el doctor Leaf—: ¿qué sucede cuando descubren a alguna de ustedes? Cuando, por ejemplo, Alice Gilburton cayó en manos de la policía, se envenenó con una droga que no se pudo encontrar...

—Sí, doctor Leaf; tomó empithenal, un producto de nuestros laboratorios. Cada haploide lleva consigo una pequeña ampolla para utilizarla si se ve en una situación difícil. Obtiene así una muerte rápida y sin sufrimiento.

Una joven irrumpió en la habitación y casi tropezó con el grupo. La doctora Garner la miró con dureza.

—¡Señorita Pease! —exclamó Travis.

Era la enfermera que había conocido en el hospital, la que trabajaba a las órdenes de la inspectora Nelson.

—Ustedes se conocen, según parece...

—Sí, doctora —dijo la muchacha, enrojeciendo—, me vi forzada a interceptar su camino cuando se dirigía a la habitación del doctor Tisdial en persecución de Betty.

—¡Ni más ni menos! —gritó Travis—. ¡Usted se interpuso en mi camino!

—Había olvidado ese asunto —dijo la doctora observando a Travis con nuevo interés—. Usted es el que podía delatar a mi hija. Yo la había enviado en su busca.

—¿Su hija?

—Una haploide —dijo la doctora con tono inflexible—. La recogí en la cosecha de 1929. ¿Dónde se encuentra? —preguntó a la señorita Pease.

—Creo que se encuentra en el archivo.

—Dígale que venga, por favor.

Betty salió de un cuartito pequeño que se hallaba frente a la oficina de comunicaciones, y se quedó inmóvil al encontrarse con Travis.

“Qué hermosa está con su vestido blanco”, fue el primer pensamiento de Travis. Pero inmediatamente le dio un vuelco el corazón. ¡Una haploide! Pero haploide o no, era una joven encantadora cuya vista regocijaba su corazón. “¡Cómo puedes ser una haploide —musitaba para sí— con esos ojos, ese maravilloso cabello dorado, esos labios rojos.”

En seguida reaccionó. ¿Qué importaba, después de todo? De acuerdo con los planes de la doctora, muy pronto dejaría de existir. A menos que la joven persistiera en su deseo de ayudarlo.

—¿Conoces al señor Travis? —dijo la madre.

—Ya lo creo —contestó Betty sin dejar traslucir la menor emoción.

La doctora sonrió ligeramente mirando a los ojos de su hija:

—Ahora idearemos juntas, tal vez, un sistema conveniente para acabar con él y sus amigos.

—Me parece muy bien —dijo Betty con frialdad.

—No trataremos el tema en este sitio —dijo la

doctora Garner—. Lo discutiremos cuando regresemos al escritorio.

Acababan de volver al corredor —eran el grupo inicial: ellos tres y las dos guardias que los habían escoltado durante todo el tiempo— cuando una joven salió precipitadamente de la oficina de comunicaciones y llamó a la doctora.

—Un momentito —dijo ésta—. Sigán, ustedes.

El grupo caminó lentamente por el corredor; los dos hombres iban adelante, seguidos de cerca por las guardias, y Betty Garner marchaba a un costado. Caminaba muy tiesa y reconcentrada. Callaba.

¿En qué estaba pensando? Travis trataba de adivinarlo. ¿Intentaría salvarlos? ¿Habría terminado por convencerse de que, realmente, las haploides iniciaban un mundo nuevo y mejor? Si encontraba la menor oportunidad intentaría saberlo antes de que la otra mujer regresara.

Al llegar a la puerta del escritorio la miró. Los ojos de Betty permanecían impávidos.

—¿Podría hablar a solas contigo, Betty? —preguntó.

Lo examinó con severidad.

—No creo que sea necesario.

—Se trata de algo que es preciso que sepas.

Se detuvo, dudando. Luego se volvió hacia las guardias:

—Voy hablar unas palabras con el señor Travis. Los demás esperen aquí.

Mientras entraban en el escritorio el corazón de Travis latía violentamente. Ella cerró la puerta mientras él la contemplaba.

—Ya sé lo que quieres —dijo ella antes de que él despegara los labios—. Esperas ayuda de mi parte. Es imposible.

El hizo ademán de aproximarse, pero ella se refugió detrás del escritorio.

—Por favor —dijo—, nada de estas cosas. Estoy de acuerdo con todo. Admito que tu presencia me ha impresionado, pues, francamente, creí que no volvería a verte nunca más. No me explico cómo has sobrevi-

vido. Me han hablado del grupo sanguíneo AB. Nuestra tarea se complica.

—Pero tú, Betty, eres muy distinta de esta gente. He visto, una vez, ternura en tu mirada. Tienes una naturaleza dulce y noble. No puedes, conscientemente, participar de una empresa como ésta.

—¿Qué sabes tú si puedo participar o no? —Sus ojos azules relampagueaban—. Apenas me conoces.

—Sé que eres una haploide, si es esto a lo que aludes. Pero no me importa. ¿No significa nada para ti que te quiera a pesar de todo?

—¿Qué fácil es declamar un discurso! —dijo ella con impertinencia—. ¿Qué fácil, cuando nos va en ello la vida!

Travis suspiró.

—No pensaba en ello en este momento. Sólo pienso que si me quisieras, comprenderías. No se debe ir en contra de las leyes de la naturaleza.

—¿Quién eres tú para opinar sobre las leyes de la naturaleza? —replicó la muchacha—. La doctora Garner tiene razón. Tú y los hombres como tú son los que nos conducirán al exterminio con su insensatez y su vanidad.

—No voy a negar que las guerras son una plaga de nuestra civilización. Pero hasta entre las hormigas existe la guerra.

—Y dices que nuestro programa es contrario a las leyes de la naturaleza. Supongo que si tienes un ataque de apendicitis querrás que te extirpen el apéndice infectado. No, Travis; los hombres son una maldición sobre la tierra. Constituyen la parte enferma de sus habitantes.

—Repites las palabras de la doctora. No puedo entender cómo te han convencido de semejante patraña.

—Será una patraña para ti —dijo Betty con seriedad—. Para mí no, por cierto. No puedes opinar sobre el asunto porque eres hombre y, por lo tanto, uno de los perjudicados.

Las mejillas de la joven se colorearon intensamente y, al verlo, Travis se reanimó:

—No crees en lo que estás diciendo —declaró con seguridad.

Ella lo miró. Sus labios se mantenían firmemente apretados, pero no se leía en sus ojos la misma determinación.

Travis contorneó el escritorio, la abrazó con furia y besó.

Nuevamente se encontraba ella en sus brazos, estrechándose contra él.

—Travis —susurró—, me acordaba de ti, rezaba por ti... Estás vivo, ¡gracias a Dios! Recordaba tus caricias...

—Yo tampoco podía olvidarte —dijo él cariñosamente—. ¿Por qué no me seguiste cuando te lo pedí?

—Me iban a encontrar rápidamente. ¡Oh! Ignoras hasta qué punto están organizadas. Nos hubieran encontrado en seguida para matarnos.

El aflojó el brazo:

—¿Cómo nos arreglaremos para salir de aquí?

Ella sacudió la cabeza con pesar:

—Mantengo lo que te dije al principio: no te ayudaré.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Por Dios!

—¡Oh, Travis! —murmuró la joven cansadamente—. No sabes lo que la doctora es para mí. Y esto es su vida. Ha vivido y respirado minuto por minuto y año tras año esperando lo que va a realizarse esta noche. No puedo traicionarla.

Travis la apartó para hablarle mejor:

—Querida mía, la doctora no está en su sano juicio, ¿no te das cuenta?

—No importa. Siempre fue buena conmigo. Cree sinceramente en su obra.

—Pero es una obra personal, surgida de su delirio, con la cual obtiene beneficios egoístas, que mantiene por medio del terror y con una ley de crueldad hasta para las mismas haploides que ha creado. ¿Crees, acaso, que el mundo mejoraría en el caso de que su sistema triunfara?

—¡Oh! ¡No sé, no puedo saberlo!

Betty se apretaba las sienes con las manos como si quisiera atajar hasta el sonido de su voz:

—He reflexionado y reflexionado y no puedo resolver nada.

—¿Crees que las haploides llegarán a ser felices en un mundo sin hombres? ¿No temes que lleguen a lamentar una decisión que privará a la tierra del género masculino?

—A veces algunas compañeras hablan sobre esto, te lo confieso —dijo Betty—. Algunas tienen dudas. Pero todo se lo debemos a la doctora Garner: ella nos trajo al mundo, por ella vivimos y crecimos. Es nuestro jefe.

—Un jefe que legislará con mano férrea. ¿Y crees, por ventura, que la guerra y la lucha concluirán cuando sólo perdure una raza única, la raza de las haploides? —Travis sacudió la cabeza—. No lo creo. Cada mujer, haploide o no, tiene en su ser elementos varoniles; los elementos suficientes para engendrar conflictos.

La estrechó nuevamente en sus brazos:

—¿Verdad que comprendes que no estoy pensando en nosotros solamente? Pienso en toda la humanidad, incluyendo a las haploides. Todos podríamos ser felices.

Ella lo interrumpió:

—Pretendes que me convierta en una traidora. Nunca haré semejante cosa.

—Perfectamente —dijo Travis con pasión—. Entretanto, millones de personas sufrirán atrocemente. Los niños recién nacidos encanecerán y se cubrirán de parches rojos junto a los padres y a las madres desesperados que los verán ulcerarse como el anciano canceroso...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡No puedo soportarlo!

—¿Los has visto? ¿Conoces su tortura? ¡Oh!, dejemos a los hombres: pensemos en los chicos que corren con una honda en la mano, que van a hacer los mandados que les pide su madre, que juegan al rango; en todos los muchachitos de ojos brillantes, llenos de esperanza, en la inocencia de sus corazones y de su

mente. Estos son los seres vivos que destruye la doctora; no pensemos en los hombres. Por supuesto, los hombres padecen también. Pero es peor aún para los niños. Los niños no entienden. La hermanita verá sufrir al hermanito en la cuna, en la camita, con el rostro y las manos grises, respirando dificultosamente, implorando auxilio con la mirada. La madre y la hermana, sentadas a su vera, esperarán simplemente la muerte del pequeño desdichado.

—¡Oh, Travis! —Betty se había refugiado en sus brazos y escondía la cabeza apoyada en su hombro—. Es horrible, lo sé.

—Está en tus manos salvarlos —dijo él con dulzura, acariciando su cabello—. Debes hacerlo por ellos, por los niños, por las madres, por los padres.

El aflojó otra vez el brazo y ella permaneció con la cabeza baja; sus largos y rubios cabellos rozaban el brazo del muchacho.

En ese momento se abrió la puerta del escritorio, y Travis se apartó rápidamente de la joven.

—La doctora Garner —anunció una de las guardias, entrando. Detrás de ella entraron la otra guardia y el doctor Leaf; éste último miraba a Travis con curiosidad, sin decir nada. Betty se sentó en una silla próxima al escritorio. Travis tomó asiento, a su vez, y encendió un cigarrillo.

La doctora Garner atravesó a grandes pasos el umbral y ocupó su sitio detrás del escritorio.

—Tengo el agrado de comunicar —dijo— que hemos recibido de Chicago los primeros informes positivos. Los hombres están enloquecidos. —Se frotó las manos con satisfacción—. En este momento otras ciudades populosas se encuentran en idéntica situación. Primero realizaremos las grandes matanzas y después nos desplazaremos hacia las regiones de menor densidad de población.

Miró su reloj:

—Son las dos y veinte. Pronto llegará el día. —Dirigió una mirada triunfante, primero hacia Travis y luego hacia el doctor—. Recuerdo una promesa que les hice y que debo cumplir esta mañana. Ahora las

guardias los acompañarán nuevamente a su calabozo. Betty y yo tenemos que conversar, ¿no es cierto, Betty? El grupo sanguíneo AB no puede ser invulnerable a todos los ataques; se puede recurrir, en último caso, a un elemento básico del tipo de un balazo.

CAPITULO XIV

La lúgubre sensación que inspiraba aquel sótano parecía provocada por las estrechas hendiduras que servían de ventanas, por los crujidos de las puertas y el resplandor monótono de la lamparilla; podría haberse creído que las haploides habían inventado una irradiación especial que producía la depresión del espíritu y originaba un sentimiento de desesperanza. Los hombres permanecían echados en el suelo, hablaban poco y miraban fijamente, en un estado de postración y abatimiento.

Ya no se jugaba a los naipes, no había quien hiciese un chiste; nadie se esforzaba en levantar el ánimo con una palabra de aliento. Travis y el doctor refirieron lo que habían visto y oído. Todos estaban de acuerdo en que las haploides, disciplinadamente organizadas, los liquidarían en el primer momento que tuvieran deseos de hacerlo; la única novedad era que la doctora parecía prepararse para cumplir su promesa esa misma mañana.

Aunque Travis había luchado sin pausa para no decaer moralmente, acabó también por sucumbir al contagio y se encontró muy pronto con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared, contemplando estúpidamente la pared opuesta. En su cabeza se mezclaban las escenas vividas durante las últimas horas. Su sensación de peligro inminente, su próxima muerte, la urgencia de escapar, el recuerdo de los preciosos labios de Betty, el impulso de hacer saber a la gente que existían haploides, las escenas en las calles de la capital, el alcalde Barnston des-

plomándose con la boca abierta para proferir la palabra que no alcanzó a pronunciar... Todo esto se arremolinaba en su cerebro, se confundía, se volvía casi incoherente.

“Hace una semana —se decía— me hallaba cómodamente en un hospital. Después de diez años de tensión nerviosa y experiencia periodística, hacía una cura de penicilina para acabar con mi sinusitis. No había oído hablar jamás de una haploide. Mi única preocupación se reducía a elegir la mejor manera de aprovechar mi licencia. Y bien, las haploides decidieron que no hubiese licencia para mí. Esto tiene el aspecto de prolongarse, cuando mucho, unas horas más.”

Su inquietud iba en aumento ante la perspectiva de que las irradiaciones hubiesen alcanzado Chicago y a las otras ciudades mencionadas por la doctora Garner, sin haber podido interrumpirlas o prevenir a la población. Ignorantes del siniestro proyecto que Gibson Travis y el doctor Leaf acababan de conocer, el mundo entero sería violentamente desgarrado.

Ahora Travis estaba enterado de que las haploides intentaban exterminar hasta el último de los hombres, para que ningún macho pudiese entorpecer su plan. Desarrollarían una civilización de incubadora, nacida de los óvulos de las retortas o de haploides. Los óvulos almacenados y científicamente conservados prolongarían la vida en el universo durante millares de años.

Procuró representarse visualmente ese mundo. Allí los hombres serían entes desconocidos. Suponiendo que los haploides permitieran que se estudiase la historia del pasado, ¿qué pensarían las generaciones futuras de la raza masculina? Y si en alguna parte del globo sobrevivía por casualidad un grupo de hombres, ¿qué furor provocaría su aparición en medio de las haploides! Serían considerados monstruos anatómicos, desagradables anacronismos. Después de varios milenios de evolución, la sola idea de unirse con seres semejantes parecería una aberración.

—Opto por intentarlo —dijo alguien en voz baja.

Travis despertó de su ensueño, miró en su derredor y vio a Bill Skelley conversando con un pequeño grupo. Se acercó e inquirió, también quedamente:

—¿Por qué opta usted?

—Por un intento de fuga. Si esa mujer está decidida a cumplir su palabra, si estamos condenados a morir esta mañana, yo intentaría escapar.

—Quizá sea esto lo que están esperando las haploides para hacernos caer en una trampa. Quizá esté previsto por la doctora y favorezca su plan —dijo el doctor.

—Pero si nos unimos y escapamos de nuestra cárcel, uno, tal vez, consiga salvarse —exhortó Bill.

—Es una leve probabilidad —dijo Travis—. Y una vez en libertad, el sobreviviente ¿qué hará?

—Si fuese yo, correría sin detenerme hasta el camino y trataría de llegar a Fostoria, a treinta millas de aquí. Allí tengo un amigo dueño de una de las transmisoras más potentes del país. Tan pronto como la noticia se propagara...

—Pero —dijo Travis—. ¿si es otro el que escapa?

Bill sacudió la cabeza:

—Entonces no sé. Otro puede, asimismo, transmitir el mensaje y explicar a mi amigo la urgencia de la situación.

—¿Y su amigo creerá lo que le dice un desconocido?

—Tal vez no. Pero, seguramente, algo debe de saber sobre estas cosas.

El proyecto no llevó a los prisioneros a actuar impulsivamente. Permanecían sombríos.

Travis miró el reloj. Eran las tres y treinta. Pensó que en el verano amanecía a las cinco y media o seis; nunca se había fijado en ello especialmente, aunque estuviese despierto a esa hora.

Se oyó un grito:

—¡No puedo soportarlo!

Era Perry Williams. Estaba de pie, apretándose la cabeza con las manos.

—¡Que nos maten de una vez! Esta espera es inaguantable. Todos los días, en la ciudad, esperando la muerte... Esperaba y no llegaba nunca... Casi

enloquecí de angustia... La capacidad de aguantar tiene un límite... ¡No puedo más, no puedo soportarlo un minuto más!

Travis se acercó a él y lo sacudió por los hombros.

—¡Déjeme! ¡Déjeme o lo mato! —clamó el hombre agitando los brazos frenéticamente.

Travis lo soltó. Perry Williams giró y lanzó un puñetazo salvaje que alcanzó a Travis en la mandíbula. Travis se puso en guardia y asestó a su vez una formidable trompada en la de su adversario. El hombre cayó a sus pies y no se movió más.

—¡Cómo lo comprendo! —suspiró Charlie McClintock—. ¡Yo estoy tan aterrorizado como él!

Muchos hombres asintieron.

—¡Ojalá alguien me pusiera a mí también fuera de combate!

Unos pocos se echaron a reír.

—Bill tiene razón —dijo Travis sin perder la serenidad—. Hay que hacer algo. Todos enloqueceremos si permanecemos sentados en círculo sin hacer nada. Vamos a planear una escapada.

Los hombres estrecharon el círculo bajo la lámpara. Después de unos minutos de discusión se pusieron de acuerdo: uno de ellos simularía sentirse violentamente enfermo. Los demás armarían un estrepitoso escándalo, aporreando las vigas, llamando, etcétera, hasta que, forzosamente, algunas haploides hicieran su aparición. Inmediatamente los prisioneros se lanzarían sobre ellas.

—Algunos pereceremos en el ataque —dijo Travis—, otros no. Nos apoderaremos de sus armas. Una vez armados, habremos dado un paso muy importante. Todos los que puedan escaparán por la primera salida que se les presente. Seguiremos adelante hasta que podamos. Los que logren salir deberán dispersarse y reunirse más tarde en el lugar que indique Bill. ¿Dónde es, Bill?

—En la casa de Ernie Somers —dijo Bill en voz baja—. Hay que recorrer unas treinta millas por la ruta 180 hacia el sur. Encontrarán escrito su nombre en el buzón que está en la puerta. Es una gran casa

de campo pintada, que se halla en la cima de una colina a unos cien metros del camino. Díganle que van de mi parte y cuéntenle todo lo que saben; así él podrá difundir las noticias. Es verdad que le será imposible ir a las ciudades que ya han sido tomadas por las haploides, pero, en cambio, podrá ponerse en contacto con otros lugares más alejados.

—Debe difundir especialmente la noticia de que todos los hombres de grupo sanguíneo AB son inmunes —agregó el doctor Leaf—. Y que estos hombres podrán librar batalla contra las haploides.

—No quisiera decepcionarlos —dijo Charlie McClintock—, pero me parece que ninguno de nosotros logrará salir de aquí.

—Tal vez no —comentó Bill con seriedad—, pero es mejor estar a la ofensiva que a la defensiva.

Los hombres se sentaron en círculo, y sus deseos de entrar en acción fueron apagándose a medida que cada uno calculaba las posibilidades de éxito del plan que estaban elaborando.

De pronto, oyeron un golpe en una de las ventanas. Aunque fue muy apagado, todos los hombres se levantaron; se miraban unos a otros, sorprendidos. Travis se acercó a la ventana de rejas. Entonces pudo ver que había una persona acurrucada en el pequeño hueco, frente a la ventana. También vio una pierna, un muslo. Era una pierna muy hermosa. El corazón le dio un vuelco. De prisa describió el cerrojo y levantó la ventana. Betty Garner acercó todo lo posible su cabeza al enrejado y le hizo señas de que no hablara.

—Yo... cambié de idea, Travis —susurró ella—. Vine a darte esto —dijo, extendiéndole una automática a través de las rejas—. La saqué del depósito de armas.

Luego le dio cuatro más.

—Es todo lo que pude traer —le explicó.

—¡Bravo, Betty! —jadeó Travis—. Si conseguimos avisar al mundo de lo que nos proponemos, tu nombre no será olvidado.

—Me sentí mejor desde que decidí ayudarlos —dijo ella—. Fue como... como si estuviera completa-

mente limpia por primera vez en mucho tiempo. ¿Qué piensan hacer?

—Simularemos que ha estallado un desorden aquí abajo. Entonces vendrán ellas... ¿Tienes una llave?

—Sí, pueden ahorrarse la comedia. Esta es la llave de la puerta de afuera. La saqué del llavero que está arriba —dijo pasándosela a través de la ventana—. Ahora les diré cómo deben proceder: divídanse en dos grupos y estén alertas. Hay dos camiones en el garaje que está a unos treinta metros de este edificio. En cada uno hay lugar para dos hombres en el asiento delantero y para diez en la parte posterior. Yo me apoderaré de uno de ellos y vendré manejando hasta aquí. El primer grupo debe estar preparado para salir en ese momento e ir corriendo a tomar el otro camión que está en el garaje. Luego saldrá el segundo grupo, que deberá subir a mi camión. Quisiera que tú vinieras conmigo, Travis —agregó sonriendo—. Aquí está la llave del otro camión. Les doy cinco minutos para alistarse.

Dijo estas palabras y se alejó.

Travis cerró la ventana y se volvió hacia sus compañeros para explicarles lo que debían hacer. En pocos minutos estuvieron divididos en dos grupos. Travis entregó tres automáticas al segundo grupo y dos al primero. El iría con Betty en el asiento delantero, y llevarían una automática. Entregó otra a Bill Skelley, quien debía subir, junto con el doctor Leaf, los dos muchachos y los seis hombres de más edad, en la parte posterior del primer camión. El primer grupo, a las órdenes de Charlie McClintock, se apoderaría del otro camión.

La esperanza, que había permanecido adormecida hasta entonces, brillaba en los ojos de todos. Travis se detuvo junto a la puerta; colocó la llave en la cerradura para abrirla rápidamente cuando oyera detenerse afuera el camión. Cada uno ocupó su lugar. Los que tenían armas en la mano las apretaban con firmeza; sus rostros y sus cuerpos revelaban una extraordinaria tensión. Parecían estatuas. No se oyó ni una sola palabra.

Los hombres contuvieron la respiración cuando oyeron el ruido de un camión que se ponía en movimiento a cierta distancia. El motor falló dos o tres veces; luego arrancó. Cada vez parecía más cerca de la entrada del subsuelo.

¿Sería una trampa? ¿Era acaso un acuerdo entre Betty y la doctora Garner para hacerlos morir? A Travis le rechinaban los dientes. No puede ser una trampa, decía a sí mismo. No tendría que permitirme pensar de este modo.

El camión paró junto a la puerta. El motor parecía resonar como un tractor, tan cerca estaba de los hombres. Travis hizo girar la llave y abrió la puerta. No se veían mujeres en los jardines del edificio. El primer grupo salió corriendo. No se oyeron disparos.

Cuando Travis iba a salir con su grupo, aparecieron tres haploides por la otra puerta del subsuelo; empuñaban sendas pistolas.

Perry Williams se abalanzó hacia la puerta exterior. Una de las haploides, con una sonrisa de triunfo en el rostro, apretó el gatillo. Perry se tambaleó, chocó contra el marco de la puerta y cayó al suelo.

—¡Locos! —dijo la haploide, acercándose a los hombres.

Estos, que habían permanecido inmóviles, se pusieron en movimiento. Las haploides confiaron demasiado en sí mismas y no se fijaron en las armas que empuñaban algunos de sus contrincantes. Reaccionaron, pero entonces fue ya muy tarde.

Los hombres las atacaron y consiguieron hacer rodar por el suelo la pistola de una de las haploides. Pero ellas peleaban como fieras. Sonó un tiro. Luego otro. Jacobo McNulty, uno de los más viejos, se apretó el brazo; en su rostro se dibujó una mueca de dolor. Bill, con la humeante automática en la mano, miraba fascinado caer a una haploide.

Travis luchaba con la joven que había disparado contra Perry Williams. Era una voluminosa morocha que usaba los dientes y las uñas para defenderse. También sabía blandir la pistola y causar con ella el ma-

yor daño posible. Todo lo que Travis podía hacer era esquivar los golpes.

Le resultaba extraño luchar contra una mujer. En realidad, le enfermaba tener que hacerlo. Pero no cedía, pues le producía horror la sangrienta trayectoria de estas mujeres y sus desmedidas ambiciones.

Ambos cayeron al suelo y allí siguieron luchando. La joven lanzaba violentos insultos mientras peleaban. Travis le agarró los cabellos y, con todas sus fuerzas, hizo que golpeará su cabeza contra el piso de cemento. Después de esto, la mujer quedó inmóvil.

Los tres hombres más viejos atacaron a la tercera haploide. En pocos minutos lograron eliminarla; en seguida se unieron a los demás compañeros que ya estaban junto a la puerta.

Travis, que respiraba con dificultad, se puso a un costado mientras todos iban saliendo y trepaban al camión. Cuando vio desaparecer al último de los hombres, se apresuró, abrió la puerta delantera del vehículo y saltó adentro. Allí lo esperaba Betty; tenía una automática sobre la falda, sus manos estaban apoyadas firmemente en el volante y miraba preocupada hacia el edificio. Cuando Travis subió al camión, se pusieron en marcha.

Se oyeron más disparos. Travis se dio vuelta para mirar a través de la ventanita que comunicaba con la parte posterior del vehículo. Todos contemplaban el drama que se desarrollaba afuera. De pronto, una luz los cegó. Vieron que salían varias mujeres del sanatorio. Empuñaban pistolas y se encaminaban hacia el garaje.

Se habían apoderado de otro camión y los perseguían. "Más rápido, más rápido", clamaba Travis. El camión donde iban sus compañeros se desplazaba pesadamente a medida que era rodeado por las haploides que disparaban contra ellos. De pronto el vehículo se detuvo. Descendieron los hombres que lo ocupaban y, desparramándose rápidamente por el camino, descargaron sus tres automáticas sobre las haploides. Varias muchachas cayeron. Pero también los hombres iban desplomándose uno a uno. En seguida los perdie-

ron de vista, pues el camión que manejaba Betty, dobló al llegar a uno de los extremos del gran edificio.

—¡Travis! —gritó Betty.

Este se dio vuelta justo a tiempo para ver a un grupo de unas diez haploides que emergían de la puerta principal del sanatorio empuñando rifles y automáticas. Se encaminaban a toda carrera hacia el lugar donde el camino describía una curva. Travis advirtió que las mujeres llegarían a la curva antes que ellos. Entonces decidió aproximarse al grupo que se hallaba ya en medio del camino. Las haploides tenían las armas preparadas para disparar en cualquier momento; sus rostros expresaban confianza en sí mismas. Cuando estuvo muy cerca de ellas, Travis hizo sonar la bocina del camión. Sucedió lo que él esperaba. Por acción refleja, como suele suceder en un caso semejante, las haploides se turbaron durante unos instantes. Les falló la puntería. Lanzaron una lluvia de balas sobre Travis y sus acompañantes, pero una sola pasó cerca; después de agujerear el parabrisa se incrustó en la chapa metálica posterior del camión.

Ya estaban a unos tres metros del grupo cuando Travis abrió fuego, a través de la ventanilla abierta, en esa dirección. Una de las mujeres cayó. Las otras no se movieron. Betty bajó la cabeza; sus manos seguían firmes sobre el volante y tenía el pie sobre el acelerador. El camión se lanzó contra el grupo de mujeres arrojándolas al costado del camino. Travis miró hacia atrás: las haploides habían quedado tendidas e inmóviles sobre el pedregullo.

Más adelante el camino conducía al edificio; dentro de los terrenos del sanatorio describía una curva y desembocaba en la ruta caminera. Ahora el camión se desplazaba más velozmente. Algunas balas seguían pasando cerca de los fugitivos. Una de ellas fue a golpear contra el camión, a pocos centímetros de la cabeza de Travis. Este se volvió para mirar. Una bala de rifle estaba incrustada allí.

Betty seguía en el volante. Dio una brusca vuelta hacia el sur, haciendo rechinar las llantas del camión.

En la parte de atrás casi todos los hombres fueron lanzados contra el otro costado del vehículo a causa del rápido giro. Betty aceleró aún más. El viento silbaba con fuerza a través de las ventanillas.

—El otro camión no consiguió escapar —dijo Travis, dejando un momento la pistola sobre sus piernas.

—Estoy segura de que nos seguirán —dijo Betty—. Subirán a automóviles particulares. Ahora tenemos que salir de este camino.

Travis abrió la ventanilla que comunicaba con la parte posterior del vehículo.

—¿Cómo van ahí atrás? —preguntó.

—McNulty tiene mal el brazo —dijo Bill Skelley—. Los demás están bien.

—¿Quiénes son los que están ahí? —volvió a preguntar Travis, estirándose para mirar a través de la ventanilla.

Pero no pudo ver nada debido a la oscuridad que reinaba allí.

—Los dos chicos: Bobby Covington y Dick Wetzel —contestó Bill—. Además, están Marvin Peters y Gus Powers. Kleiburne y Stone se encuentran justo debajo de la ventanita, al lado tuyo. El doctor Leaf está curándole el brazo a McNulty. Ah..., falta Margano. Casi me olvido de él. Está sentado a mi lado.

—¿Tienen almohadones ahí adelante?

Travis reconoció la voz del doctor Leaf, quien prosiguió:

—Aquí hay demasiado zarandeo para McNulty.

Travis le pasó, a través de la ventana, el almohadoncillo de cuero que se hallaba debajo del asiento delantero.

—¿No crees que debiéramos tomar un camino lateral, Travis? —sugirió Bill—. Seguramente nos seguirán, y si nos quedamos aquí nos sorprenderán fácilmente.

—Estábamos hablando de eso, precisamente, Bill.

—Si no me equivoco, aún no hemos pasado frente a una iglesia blanca... A la izquierda de la ruta, a esta altura, hay un camino de pedregullo, paralelo a

éste, que desemboca en Fostoria. A veces lo he tomado para salir del tránsito intenso.

—Entonces lo tomaremos. Al mismo tiempo, tengan los ojos bien abiertos; es posible que nos persigan.

Travis se enderezó, después de cerrar la ventanilla.

—¿Quieres que yo maneje?

—No es conveniente parar ahora —dijo Betty—. La doctora Garner debe estar pisándonos los talones.

En realidad no había ninguna razón para cambiar de conductor; Betty manejaba el camión como un veterano. Apretaba el acelerador a fondo; los neumáticos producían constante chirrido sobre el pavimento, mientras el marcador de velocidad indicaba setenta millas. Las manos de Betty estaban tensas sobre el volante; sus nudillos, completamente blancos. A la pálida luz que arrojaba el tablero de dirección, Travis percibió el brillo de sus cabellos rubios. Tenía un perfil casi angelical. La nariz ligeramente respingada, una encantadora barbilla, los labios llenos. ¡Qué contraste con las otras haploides que había visto, con excepción, quizá, de Rosalee Turner!

Oyeron un fuerte golpeteo en la ventanilla de atrás. Travis se dio vuelta. Bill tenía la cara pegada contra el vidrio. Abrió la ventana.

—Se acerca un automóvil a toda velocidad —dijo Bill—. Todavía nos falta media milla para llegar a la curva.

—Somos los únicos en la ruta —dijo Betty—. Deben de habernos visto doblar.

—Tenemos que decidir entre ofrecerles lucha en marcha o escondernos en algún recodo —dijo Bill—. Si seguimos un poco, encontraremos una curva muy cerrada y un sendero. Si consiguiéramos llegar hasta allí, podríamos doblar y esperar que ellos pasen de largo.

—Vamos a probarlo, Bill —dijo Travis—. A toda velocidad, Betty.

Travis miró hacia atrás y pudo distinguir los faros de un vehículo que se acercaba por el camino; parecía hallarse a una milla de distancia. Por momentos desaparecía detrás de la cortina de tierra que iba

levantando el camión. Pero cuando volvía a aparecer estaba cada vez más próximo.

—Ya hemos llegado al camino —gritó Bill—. Ahora hay una curva a la derecha y al final de la misma, también sobre la derecha, está el sendero. Doblen aquí.

Betty disminuyó la velocidad para tomar la curva. Luego frenó, después de introducir el camión en el sendero escondido entre los árboles, a unos treinta metros del camino principal. Apagó los faros y paró el motor.

Inmediatamente los hombres bajaron del camión y se reunieron en la parte posterior del mismo. Pocos minutos después oyeron el zumbido de un automóvil que se acercaba por la curva, y sus faros iluminaron por un instante la fronda. Travis y sus compañeros se tiraron cuerpo a tierra. Vieron al automóvil cuando pasó frente al extremo del sendero. La máquina vibraba poderosamente a causa de la velocidad.

—¡Al camión! —gritó Travis.

Todos subieron al camión. Por sugestión de Betty, Travis tomó el volante. Hizo girar el vehículo y se dirigió hacia el camino principal. Casi habían llegado, cuando otro automóvil los cruzó a toda velocidad. Travis no perdió ni un minuto. Imprimió la máxima potencia a la máquina hasta salir al camino pavimentado, tomando por la dirección en que habían venido.

—El segundo coche está doblando —gritó Bill—. ¡Más rápido!

Travis tomó la curva y aumentó la velocidad en el tramo recto; luego la disminuyó para doblar hacia el sur; finalmente, volvió a acelerar. No era suficiente. Por los espejos laterales y el retrovisor podía ver los dos faros de un automóvil que se acercaba rápidamente.

Cuando se encontraron a unos veinte metros de distancia, los perseguidores hicieron fuego. Los muchachos del camión empezaron a contestarles con la única pistola que tenían. Betty abrió la ventanilla y les pasó su automática y la de Travis para que se defendieran mejor. Entonces comenzó en serio el tiroteo.

La ventanilla fue perforada por una bala que siguió de largo, llegando a atravesar también el parabrisa. De pronto, las luces del automóvil que los perseguía viraron bruscamente. Los hombres del camión lanzaron gritos de alegría. Los faros desaparecieron.

Bill se asomó nuevamente a la ventanilla.

—Ningún herido —dijo—. Me pareció que esos automóviles llevaban largas antenas. ¿Es posible, Betty?

—Sí, Bill —contestó Betty—. La doctora Garner piensa en todo. Seguramente estaban transmitiendo nuestra posición a los otros vehículos.

—Y el otro automóvil estará encima de nosotros dentro de un minuto —dijo Travis.

—Podemos doblar en una infinidad de lugares —dijo Bill, mirando hacia atrás para ver si se acercaban los coches. Luego continuó—: Sugiero que doblemos por cualquiera de estos caminos laterales y busquemos una huella para ocultarnos durante un rato. No nos falta mucho para llegar a lo de Ernie Somers, pero se nos cruzaría algún automóvil. ¿Por qué no buscas un buen camino lateral, Travis?

—Bueno.

Travis disminuyó ligeramente la velocidad y se introdujo por un camino lateral. Después de andar por allí varias cuerdas, se desvió hacia otro camino. Luego siguió serpenteando a medida que se adentraban en la zona arbolada. Finalmente tomaron una curva que los condujo a un frondoso bosque. Las ramas y arbustos raspaban el costado del camión. Continuaron hasta un lugar donde el sendero se ramificaba, pero ambas huellas eran igualmente intransitables a causa de la densa vegetación. Allí se detuvieron.

El silencio era impresionante. Con los faros apagados, contemplaban el bosque, que parecía mágico bajo el cielo sin luna. Sólo había luz suficiente para distinguir los árboles, que semejaban negros y erguidos pilares sosteniendo un cielo cubierto de estrellas.

—Pueden bajar —dijo Travis a los que estaban atrás—, pero no se alejen del camión. Y tengan las armas preparadas.

Betty y Travis se unieron al grupo que se hallaba

al lado del vehículo. En previsión de que sus perseguidores recorrieran posiblemente todos los caminos, incluso los laterales, resolvieron que lo mejor sería permanecer allí, por los menos quince minutos; tenían la esperanza de que las haploides iniciaran la búsqueda por otros lugares.

—Por supuesto que lo mejor sería seguir adelante —comentó el doctor Leaf—, pero, ya que tenemos la oportunidad, holguemos un rato.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Travis, rodeando con su brazo la cintura de Betty, que apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Supongo que las radiaciones demoran unas treinta y seis horas para alcanzar su máxima intensidad. Usted recordará que las emanaciones comenzaron en Union City el jueves, alrededor de las diez de la mañana. En la noche del viernes comenzaron a afectar a los hombres. A las diez de la noche muchos habían muerto ya o estaban moribundos. A medianoche el desastre era casi completo.

—El informe que vimos en la cabina telegráfica del *Star* decía que las emanaciones comenzaron en Chicago el viernes por la mañana —comentó Travis—. De acuerdo con eso, ellos tendrían todavía un margen para ponerse a salvo.

—Sí. Pero tendríamos que prevenirlos antes de las seis de la tarde de hoy, sábado, antes de que ocurra algo realmente serio.

Mientras conversaban, veían cómo se condensaba el aliento que salía de sus bocas. Hacía frío y Travis sentía que Betty temblaba, pero no tenía ningún abrigo para ofrecerle.

—En caso de que otra ciudad hubiera sido afectada lo hubiéramos leído en el informe, ¿verdad, Travis? —preguntó el doctor Leaf—. ¿Qué puede referirnos, Betty? Usted se encontraba en la sala de comunicaciones, en el sanatorio.

—Chicago fue la primera ciudad atacada, después de Union City —respondió ella—. Pero en este momento están recibiendo radiaciones todas las grandes ciudades.

Como la joven seguía temblando, Travis la llevó nuevamente a la cabina del camión, donde la temperatura era menos fría. Se sentó junto a ella. Betty se acurrucó entre sus brazos y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿En qué piensas? —le preguntó Betty en voz baja.

—¡Qué hermosa eres!

—No debes decir eso.

—Ya lo sé. Pero sucede que estoy enamorado de ti.

—De una haploide —dijo ella tristemente.

—¿Qué importa eso? Tú y yo nos casaremos.

—¿Te gustan los niños? —preguntó a Betty.

—Por supuesto. ¿Y a ti?

Ella lo miró sorprendida.

—Supongo que tú sabes...

—Sí. Ya lo sé. Quiero que olvides todas esas cosas. Hay muchísimas mujeres que no pueden tener hijos y no son haploides. En caso de que nos casáramos y alguno de nosotros fuera estéril...

—¿Adoptaríamos otros niños?

—Exactamente. Tú serías una maravillosa madre.

Travis sintió que una lágrima de Betty le humedecía la mano.

—Toma —dijo, extendiéndole su pañuelo—; no es muy lindo, pero creo que te hará falta.

Ella se sonó la nariz.

—No sé por qué te amo. Ninguna haploide de las que conozco ama a un hombre. Pero yo te quise desde el mismo instante en que te vi en el Union City Hospital, cuando fui a liberar al doctor Tisdial de su penosa existencia.

—La doctora Garner dijo que el doctor Tisdial era su esposo. Tuvo una disputa con él, y cuando volvió después de varios años, se mostró muy disgustado por lo que su mujer estaba haciendo. Entonces ella lo encerró en el sanatorio.

—Ese relato es exacto sólo en parte —dijo Betty—. Mi madre... Siempre he llamado mamá a la doctora Garner, y considerado al doctor Tisdial como mi padre, puesto que ellos me criaron. Pues bien: mi ma-

dre tenía pérdidas temporarias de la memoria. Entonces no parecía la misma persona. Quizá tú tengas razón... Quizá no esté en sus cabales.

—Ella me contó acerca de su hermano.

Betty asintió.

—Eso debe de haberla trastornado. Le hemos escuchado contar ese episodio mil y una veces. Lo relata muy bien. Las muchachas se impresionan mucho, y eso contribuye a que vean las cosas tal como ella quiere que las vean.

Travis aceptó el cigarrillo que Betty le ofrecía.

—¿Por qué dijiste que no era absolutamente exacto lo que ella afirmó del doctor Tisdial?

Betty suspiró y se apoyó contra Travis.

—Ella se imagina que él la abandonó alrededor de 1920, cuando había comenzado a producir las haploides. Fue entonces cuando la doctora Garner empezó a usar su nombre de soltera. En realidad, él nunca la dejó. Estuvo junto a ella constantemente. Era su marido y sentía verdadero cariño por esa mujer. En algunas épocas eran muy felices, pero eso duraba muy poco, pues periódicamente tenían violentas peleas. Papá y yo solíamos conversar largamente. El estaba seguro de que lograría convencerla. Papá y yo nos queríamos mucho... Creo que al final él pensaba que su mujer no estaba bien de la cabeza, pero la quería demasiado como para internarla en un sanatorio. Por otra parte, las criaturas que ella estaba produciendo debían tener un hogar. Toda su felicidad estaba cifrada en el trabajo que realizaba con las haploides. El doctor Tisdial trató repetidas veces de desviar su actividad en otra dirección, pero ella no se rendía. Al final, su mujer lo trataba duramente.

Betty volvió a sonarse la nariz y, después de secarse los ojos continuó:

—Cuando ella inventó la máquina radiactiva, el doctor Tisdial se decidió a actuar. Le dijo que si no la destruía y renunciaba a sus planes, avisaría a la policía. Ella lo encerró en el sanatorio; mientras tanto, se dedicaba a fabricar los primeros aparatos en Union City. Muchísimas haploides trabajaban allí;

vivían en el piso de arriba. Yo lo visitaba a menudo; lo habían recluido en la misma habitación del subsuelo donde ustedes estuvieron encerrados. Había envejecido; estaba muy triste y resignado. Siempre me pedía que le contara las últimas noticias. Un día percibí un resplandor peculiar en sus ojos. Luego supe que se había escapado. Mamá estaba fuera de sí, pues pensaba que quizá habría ido a avisar a la policía. Varias compañeras y yo pasamos largas horas buscándolo. Él había ido a la casa de la calle Winthrop para tratar de destruir las máquinas.

—Llegó demasiado tarde —prosiguió—, pues la mayor parte había sido distribuida ya en todo el país.

Las lágrimas le inundaban los ojos. Luego de una pausa continuó:

—Enloqueció cuando lo encerraron en el piso alto. Tenían a otro hombre encerrado en el sótano. Olvidé su nombre...

—Chester Grimes.

—¿Cómo lo sabes?

—La policía lo averiguó por sus impresiones digitales. Prosigue.

—Bueno. Un día, al doctor Tisdial se le ocurrió probar uno de los aparatos que estaban arriba. Era un emisor de ondas radiactivas. No funcionaba muy bien. No obstante, él lo enchufó. Luego ya sabes lo que le ocurrió a él. En cuanto a Grimes, enloquecido de dolor, comenzó a correr de un lado a otro por el sótano mientras su piel se tornaba gris. Ellas descubrieron lo que pasaba y pararon la máquina, pero ya el daño estaba hecho. Como el trabajo estaba casi terminado, decidieron dismantelar el laboratorio esa misma noche. La policía sorprendió a varias muchachas mientras realizaban esa tarea durante la mañana siguiente. Pudieron salir sin ser vistas, pero debieron prender fuego a la casa, pues habían dejado algunas cosas adentro.

—Allí encontré el carnet de Rosalee Turner —dijo Travis—. Luego fui a buscarla a su oficina.

—Mi madre se enteró de ello. Pero la primera vez que oyó hablar de ti fue cuando peleaste conmigo en

el hospital. Gladys Pease, la enfermera del hospital, se lo contó. Entonces me encargó la tarea de eliminarte; dijo que todo había ocurrido por mi culpa. No sabía lo que yo sentía por ti. Ni siquiera yo lo sabía entonces.

Se acercó aún más a Travis y le acarició el antebrazo. Luego continuó:

—Me alegro de no haberlo hecho. Cuando te encontré aquella vez en la calle me di cuenta de que no sería capaz de matarte; sin embargo, volví a intentarlo en tu departamento. No eras el único en mi lista; también figuraba tu amigo Hal Cable. El también me vio. Por lo visto, fracasé en mis intentos de asesinato.

—Pero no podrías decir lo mismo de tus compañeras —dijo Travis gravemente—. Han matado a Hal Cable con las radiaciones.

—Ya lo suponía —reflexionó ella en voz baja—. Todo esto es espantoso. No puedo comprender cómo antes estuve convencida de que sería la solución para todos los problemas mundiales. Lo que voy a decir no es nuevo, pero dos cosas malas no dan una buena. Los hombres son malos, pero lo es igualmente el sueño de las haploides. Quizá dentro de algunos centenares de años la humanidad haya progresado, y entonces desaparecerán las guerras.

—Tú hablaste del doctor Tisdial —dijo Travis—. ¿Por qué tratabas de matarlo?

—Discutí con la doctora Garner acerca de eso. Yo opinaba que si él se hallaba sufriendo tanto como Chester Grimes, debía tener el privilegio de morir rápidamente en vez de seguir soportando el dolor horrible producido por la radiación. Quizá mi madre se haya enterado en ese momento. Aceptó. La señorita Pease nos telefoneó desde el hospital apenas lo llevaron allí.

—Fue él quien nos dio la pista de las haploides.

—¿El doctor Tisdial? ¿Quieres decir que estaba consciente?

—Tenía la conciencia suficiente para escribir un símbolo representativo de la mujer, con el número 23 X en

su interior, que entregó a un médico interno, el doctor Collins. ¿Recuerdas que cuando viniste a mi departamento te lo mostré? Nos costó descifrarlo; demostramos varios días.

—Temían que tú hubieras encontrado algo importante; la doctora Garner se mostró muy enfadada cuando supo que yo no te había matado. Me preocupaba que ella descubriese mis sentimientos para contigo. Tuve verdaderas dificultades para advertirte que te fueras de la ciudad. En esos momentos, Alice Gilburton y otras recibían las instrucciones finales para comenzar el ataque. Todas las haploides estaban alertas para apoderarse de la ciudad tan pronto como los hombres comenzaran a morir. Y yo no constituía una excepción.

—¿Qué sucedió con el cadáver de Alice Gilburton?

—Mary Hanson, que fue designada jefa de policía por el alcalde, nos informaba telefónicamente desde los tribunales. La doctora Garner le ordenó que se deshiciere del cuerpo de Alice, por si acaso a alguien se le ocurría examinarlo. El alcalde ordenó que apagaran las llaves eléctricas de todos los edificios, con excepción de los edificios públicos. Las haploides que se habían enrolado como voluntarias hicieron funcionar las máquinas radiactivas en los edificios públicos. El mismo procedimiento debía ser empleado en todo el país. Union City solamente serviría de modelo.

CAPITULO XV

El camión se abría paso a toda velocidad a través de una espesa capa de niebla que se levantaba de la superficie de la tierra en el campo. En el este, el color negro del cielo de la noche había dado paso al azul, y ahora acababa de aparecer un débil tinte amarillento. Las nubes matinales cambiaban de tonalidad a medida que flotaban, como largas estrías, sobre el horizonte.

Había dos inconvenientes: la reserva de combustible estaba casi agotada y el automóvil particular que los perseguía permanecía a cierta distancia, fuera del alcance de las balas.

—Creo que conseguiremos llegar —dijo Bill Skelley a través de la ventana abierta del camión—. Ahora hay que doblar y seguir por el camino del oeste una media milla. Sobre la izquierda, antes de llegar al camino pavimentado, está la casa de Ernie Somers.

Travis disminuyó la velocidad para tomar la curva, y dobló por el camino lateral. Por el espejo podía ver que el otro automóvil hacía la misma maniobra.

El camión se internó por el sendero que conducía hasta la casa de Somers, un edificio blanco de dos pisos situado a bastante distancia del camino. Travis dirigió el camión hacia la puerta posterior de la casa. Frenó. Bajaron todos rápidamente. Bill golpeó la puerta con energía. Travis vio que el automóvil de las haploides se detenía sobre el camino, a la entrada del sendero.

Los hombres se sorprendieron al ver que la puerta se abría casi instantáneamente. Con cierta vacilación, la señora de Somers apareció en el umbral. Bill la empujó para entrar.

—¿Dónde está Ernie? —preguntó.

—Arriba —replicó, azorada, la señora de Somers.

—No tengo tiempo para explicarle —dijo Bill, haciéndola pasar a la cocina—. Estamos en una situación difícil.

Cuando estuvo adentro, volvióse hacia el grupo que había quedado afuera y les dijo:

—Entren. Travis, explíquele a la señora por qué estamos aquí.

Bill desapareció. Se oían sus fuertes pasos en la escalera. Travis indicó a McNulty que vigilara el automóvil de las haploides mientras él y el doctor Leaf atendían a la señora de Somers, que seguía demudada en presencia de aquellos extraños que se habían apoderado de su casa.

Pero resultó que la señora de Somers ya estaba enterada de algo; y Travis reparó, por primera vez, en

que llevaba puesto un vestido y no un camisón. La dueña de casa les explicó que Ernie se había instalado frente a su equipo de radioaficionado el viernes por la noche, después de la cena, y que desde entonces no se había movido de allí. Ella lo acompañó casi constantemente. Ernie seguía conectándose con las emisoras de todo el país desde su cabina de radio del primer piso.

—Tenemos noticias de todas partes —dijo ella—. Hay algo de interferencia. En varias ciudades ha estallado el desorden. Cunden por el aire los rumores acerca de lo sucedido en Union City. Piden que todos los hombres de la ciudad...

—Afuera hay otro automóvil —gritó McNulty desde la ventana de la cocina.

Travis y algunos de sus compañeros se acercaron corriendo hasta la ventana. Vieron entonces que descendían varias haploides del segundo vehículo, mientras aparecía un tercer automóvil, que venía desde el camino pavimentado.

—Será mejor que subamos —dijo Travis—. Quédense algunos abajo y vigilen a las haploides.

—¿Cómo denomina usted a esas mujeres? —preguntó la señora de Somers a Travis mientras éste se encaminaba hacia la escalera, con Betty y el doctor Leaf.

—Haploides, señora. Muy pronto oirá hablar de ellas.

Encontraron allí a Bill Skelley, que hablaba con un hombre de edad mediana y aspecto soñoliento.

—Estuvo transmitiendo toda la noche —dijo Bill.

—Ya lo sabemos —contestó Travis—. ¿Hay algún radioaficionado de esta zona que esté atento a las llamadas?

Ernie se rascó la cabeza.

—Sí. Está Judd Taylor. Vive en la ciudad. He hablado varias veces con él esta noche. ¿Por qué me pregunta eso?

—¿Bill ya le ha referido algo acerca de las haploides?

—¡Oh, sí!... El quería que hiciera un llamado de

auxilio —dijo Ernie, sonriendo con embarazo—. Pero yo no puedo hacer eso; perdería mi licencia. Si se tratara de un desastre...

—¡Dios santo, Ernie! —estalló Bill—. Estuve tratando...

—Esto —dijo Travis gravemente— es peor que un desastre. Es la vida o la muerte de la civilización masculina... nada más que eso.

—Pero yo no comprendo.

—Escucha, Ernie —dijo Bill—. Hemos sido camaradas durante muchos años...

—Espera un minuto, Bill —interrumpió Travis—. Ernie: en el camino, al frente de su casa, hay unas veinte mujeres que preferirían matarnos antes que dejarnos transmitir este mensaje. Son haploides, mujeres haploides que se proponen hacer desaparecer hasta el último varón de la superficie de la tierra. Los hombres que han venido con nosotros en el camión estaban condenados a muerte por ellas; pudimos escapar gracias a la ayuda de Betty Garner... esta señorita. Pero considero que aún más importante que ese mensaje que Bill le pide que transmita, es la llamada que yo quisiera hacer a Judd Taylor. Es necesario decirle que reúna en la ciudad la mayor cantidad posible de hombres que aún estén con vida y que los envíe, armados, hacia aquí. Si usted no quiere hacerlo, Bill lo transmitirá. Necesitaremos ayuda. Con urgencia.

—Muy bien —dijo Ernie, sin mucha convicción—, pero a Judd le parecerá comiquísimo que solicitemos ayuda para luchar contra mujeres. Pienso que no lo tomará en serio.

—Si no le cree, déjeme hablarle... —dijo Bill—. Me parece que nos presentaron una vez.

—Lo que ellos dicen es absolutamente verídico, señor Somers —dijo Betty—. Nada detendrá a esas mujeres.

—¡Por qué me habré hecho radioaficionado! —expresó Ernie con resignación—. Debiera haber continuado trabajando en el sótano con mi equipo bacteriológico.



Se comunicó con Judd Taylor. Al principio éste se resistía a creer lo que Ernie Somers le decía, pero, gracias a la intervención de Travis, Betty Garner, Bill y el doctor Leaf, terminó convenciéndose.

La conversación se interrumpió.

—Las haploides han cortado los hilos de la electricidad —grito McNulty desde abajo.

Los que estaban en la cabina radial se acercaron corriendo a una ventana. Llegaron a tiempo para ver a una haploide en el momento en que bajaba de uno de los tres postes eléctricos que suministraban corriente a la casa; los alambres cortados se balanceaban cerca del camión, y sus extremos de cobre rozaban el césped.

—Allí tiene la confirmación —dijo Travis a Ernie—. Ahora sólo les falta venir y detenernos.

—Deben de haber visto la antena —dijo Bill—. O quizá la localizaron por medio de las radios que tienen en sus vehículos. De todos modos, ya nos han atrapado.

—Oh, no... Todavía no —declaró Ernie frunciendo el ceño y apretando los labios con terquedad—. En el sótano tenemos un generador portátil que el club de radioaficionados emplea cuando instala su campamento. Pero antes de que Bill y yo vayamos a traerlo, es necesario cuidar un pequeño detalle.

Y volviéndose hacia su mujer, prosiguió:

—Maybelle, ¿podrías darnos las armas? Parece que vamos a tener líos.

La señora de Somers, con el rostro pálido y desenchajado, descendió las escaleras juntamente con su marido y Bill Skelley. Mientras los dos hombres se ocupaban de poner el equipo en condiciones de funcionar, la señora de Somers sacó dos pistolas automáticas 45 —recuerdos del ejército, dijo—, tres escopetas, un rifle de caza 30-30 y otro 22. Como ya tenían cuatro automáticas, cada hombre quedó provisto de un arma.

Travis ubicó a McNulty en el living, junto a la ventana que daba al sur; Kleiburne, también en el living, vigilaba la ventana este. Margano se hallaba

en la cocina, custodiando la ventana norte con un rifle en la mano. Stone se apostó, con una automática, junto a la ventana de la sala que daba al oeste.

En los dormitorios del primer piso estaban Bobby Covington con una escopeta y Dick Wetzel con otra, ambos en la misma habitación. Powers y Peters ocupaban los dos dormitorios restantes; tenían en su poder armas similares.

Travis mandó a Betty y a la señora de Somers a la cabina radial del primer piso, en compañía del doctor Leaf. Luego, empuñando el arma, Travis se dirigió hacia la ventana norte donde se encontraba Margano, para ver qué sucedía por ese lado.

Había una media docena de vehículos de haploides sobre el camino. Las mujeres estaban agrupadas, sin duda conferenciando, alrededor de uno de los automóviles.

De pronto se dieron vuelta y miraron hacia la casa. Luego una de ellas se separó del grupo y comenzó a caminar en dirección al edificio, bajo el brillante sol matinal.

—Que ninguno dispare —dijo Travis en voz alta para que lo oyeran todos los que se hallaban en el edificio—. Veamos qué quiere.

A mitad de camino la haploide se detuvo. Era una linda muchacha; llevaba una pistola en su funda y tenía los brazos entrelazados a la altura del pecho en actitud desafiante.

—Todos sus amigos han muerto —gritó ella—. Si no salen, atacaremos. Si aceptan salir, les prometemos llegar a un acuerdo. Si no lo hacen, deberán soportar las consecuencias.

—¿Un acuerdo con las haploides? —gritó Margano—. ¡No nos haga reír!

—¿Salen o no? —preguntó, fastidiada, la muchacha.

—No sólo decimos "No", sino "¡Claro que no, diablos!" —le contestó Margano, haciéndole burla con la mano.

Se oyó un disparo de rifle. La bala chocó contra el marco de la ventana, junto a la cabeza de Margano.

Un montón de astillas de madera cayeron al suelo. La muchacha se dio vuelta y echó a correr. En seguida las haploides volvieron a conferenciar. Luego, mientras Travis iba de un lugar a otro, revisando las municiones y echando llave a las puertas, se oyó hablar por un altavoz instalado junto a los vehículos haploides.

—Gibson Travis —dijo la voz—. Le habla la doctora Garner. Lo que la joven acaba de decir es completamente exacto. Les daremos la oportunidad de concertar un acuerdo con nosotras. En realidad, no tendría por qué hacerlo, ya que ustedes son impotentes para defenderse; sólo les queda morir de hambre, encerrados allí. Si salen y se rinden, incluso Betty, les prometo que tendrán libertad para ir adonde quieran y hacer lo que quieran. No suelo hacer promesas. Pero cuando prometo algo lo cumplo. ¿Qué contesta?

—¿Qué clase de trampa nos está tendiendo? —gritó Travis.

—¡Eh...! —chilló Margano—. Supongo que no lo habrá convencido, ¿verdad?

—¡No, diablos! —respondió Travis—. Estoy tratando de ganar tiempo.

La respuesta no tardó en llegar.

—Tendrán toda la libertad que deseen, tal como acabo de prometerles. Pero deberán someterse a una sencilla operación que los volverá estériles.

—Pretende continuar entonces su planes de aniquilación —replicó Travis.

—Rehúso discutir eso con usted.—Estoy haciéndoles un ofrecimiento. ¿Qué contestan?

Margano apuntó con el caño de su 30-30. El estallido fue ensordecedor. A Travis le pareció que el disparo había hecho blanco en la ventanilla de vidrio de un coche haploide. El resultado no hubiera podido ser más caótico. Las haploides se desbandaron en todas direcciones en busca de un refugio. En pocos instantes todas se ocultaron.

Allí se quedaron sin tomar ninguna decisión. El luminoso sol de la mañana seguía bañando alegremen-

te el pasto, los árboles, los graneros y el ganado que pastaba en un campo vecino. Los pájaros gorjeaban en los árboles; una ardilla pasó corriendo por el césped; las abejas estaban libando laboriosamente en las flores próximas a las ventanas. Los minutos pasaban y los dos radioaficionados, agobiados por el peso del generador portátil, comenzaron a transportarlo hasta la cabina radial. Travis volvió a pasar revista a McNulty, Kleiburne y Stone, que se hallaban en la planta baja, terminando con Margano en la ventana norte.

—Piensan dejarnos morir de hambre, tal como dijeron —expresó Margano.

—Quizá —dijo Travis—. Pero muy pronto podremos lanzar al aire nuestro mensaje. El doctor Leaf está alerta para transmitir apenas conecten el aparato.

Tal como Travis preveía, el ruido producido por el generador portátil indicó el comienzo de una nueva ofensiva por parte de las haploides. Empezaron a aparecer sus cabezas en las proximidades del lugar en que se hallaban estacionados los automóviles.

De pronto se inició el tiroteo. En rápida sucesión los cristales de las ventanas que miraban al norte cayeron al suelo hechos trizas. Luego les tocó el turno a los espejos, batería de cocina, vasos, platos.

—Cada una de esas condenadas debe de tener un rifle —exclamó Travis desde su refugio.

—Parece que no les gusta nada nuestro generador —dijo Margano, sonriendo. Al sonreír dejaba al descubierto un diente de oro que Travis no le había visto antes.

Los disparos se interrumpieron un momento. Travis se arriesgó a echar un vistazo a través de la ventana. Entonces vio algo blanco que se movía junto a los automóviles. Hizo un disparo. Un intenso tiroteo se desencadenó como respuesta. Al chocar contra la ventana las balas producían una verdadera lluvia de astillas, que caía sobre la cabeza de Travis. Luego volvió a quedar todo en silencio. Podía oírse fácilmente el zumbido del generador de corriente, arriba.

—¡Travis! —gritaron desde el último peldaño de las escaleras.

Era Gus Powers. Luego continuó:

—Están moviéndose furtivamente. Me parece que tratan de rodear la casa.

—Gracias —dijo Travis—. Vuelva a su lugar y ahorre las balas hasta que se hallen suficientemente cerca, en el caso de que se decidan a acometernos.

—No hay ninguna duda de que eso es lo que harán —expresó Margano.

—Yo también creo lo mismo —dijo Travis, examinando su automática.

Afuera se oyó una bocina de automóvil. Instantáneamente, en toda la casa se escucharon gritos anunciando el avance de las haploides. Travis miró a través de la ventana de Margano y comprobó que se aproximaban desde todas direcciones. No corrían. Se desplazaban quedamente de un escondite a otro. Pero avanzaban sin vacilar. No había disparos.

Luego volvió a sonar la bocina del automóvil. Las haploides abandonaron sus refugios y corrieron en dirección a la casa. Entonces los de la casa empezaron a disparar sobre ellas. Varias cayeron; pero eran tantas, que podían mantener, a pesar de las bajas un semicírculo alrededor del edificio. No se detuvieron. Lanzaban agudos gritos mientras se acercaban. Blandían sus rifles en el aire. En sus rostros sombríos brillaba una mirada impetuosa.

Aunque la mañana era fresca, a Travis le transpiraba la frente mientras apuntaba y veía caer una a una a las haploides. El rostro de Margano se contraía cada vez que disparaba. Las haploides llegaron hasta la casa. La primera que se introdujo a través de la ventana, fue recibida por un culatazo del arma de Travis. Este empujó luego su cuerpo insensible hacia el exterior.

Pero en seguida entró otra, lastimándose al pasar entre los vidrios rotos. Margano acometió contra ella. Cuando apareció la tercera, Travis quiso hacerla tratabillar, pero falló en su intento.

Ella se levantó, apuntó con el rifle, pero en segui-

da volvió a caer al suelo sorprendida por una zancadilla de Travis.

Ambos se debatían sobre el piso; la muchacha lanzaba feroces juramentos. Travis la levantó en vilo, tratando de que soltara el arma. Luego la dejó caer. Ella quedó inmóvil, como sin vida.

Travis se incorporó rápidamente y fue hasta donde estaba Kleiburne, a quien podía ver a través de la puerta que daba al living; éste trataba de desembarazarse de otra haploide.

Entonces vio Travis que por la ventana que estaba a espaldas de Kleiburne se introducía una haploide, que golpeó a Kleiburne con su rifle antes de que Travis pudiera intervenir.

De pronto, la muchacha que había desmayado a Kleiburne cayó, a su vez, como consecuencia de un golpe que le asestó McNulty, a quien Travis creía muerto, pues se hallaba tendido sobre el piso.

Inmediatamente, desde la ventana dispararon con un rifle. Kleiburne y McNulty se desplomaron; al golpear contra la alfombra, sus cabezas produjeron un ruido sordo.

Las haploides accionaban más rápidamente ahora. Travis y Margano, que había vencido a sus contrincantes, corrieron por la cocina, atravesaron la sala y llegaron a la escalera. Allí encontraron a Stone, que disparaba contra todas las cabezas que aparecían por la ventana oeste.

—¡Son demasiadas! —le gritó Travis a Stone, mientras Margano y él seguían de largo—. Vamos arriba.

Los tres subieron rápidamente las escaleras sin dejar de hacer fuego. A Travis le pareció que, a medida que subían, los escalones chirriaban en una forma notable.

Ya casi habían llegado al final de la escalera cuando apareció una haploide al pie de la misma y, con fría y sorprendente puntería, a pesar de la lluvia de disparos que le llegaba, hizo fuego. Hirió a Stone en la cabeza.

Este lanzó un grito sofocado, se tambaleó hacia

adelante, desplomándose luego lentamente. La muchacha, que a su vez fue alcanzada por una media docena de balas, cayó de rodillas, como si fuera a recibir el cuerpo de Stone. Luego se desplomó hacia adelante chocando con el cuerpo de Stone, que caía, pesadamente, por las escaleras.

—Dentro de un minuto volveremos a tenerlas encima —jadeó con desesperación Margano al llegar al tope de la vieja escalera.

—Si nos introducimos en los dormitorios —dijo Travis— podremos vigilar la escalera. Kleiburne y Powers... allí. Margano con Peters en el otro. Yo me quedaré con los dos chicos.

Desde los lugares que habían elegido todos podían vigilar perfectamente las escaleras. Permanecían tiesos, conteniendo la respiración y empuñando firmemente sus armas. Desde abajo una ráfaga de aire les hacía llegar el fuerte olor de la pólvora; un perfume acre, significativo, que contraía los músculos del dedo junto al gatillo.

Se escuchó un leve ruido en el piso inferior; un sonido semejante al que haría un ratón al moverse entre un montón de papeles. Luego oyeron más ruidos... Era el débil zumbido del generador en la cabina radial. Pero nadie subió.

—Se acerca un automóvil —gritó Bobby Covington desde la ventana de la habitación en que se encontraba Travis.

—Más haploides —balbuceó Travis—. Vienen para asegurarse la victoria.

—¡No...! ¡Son hombres!

—¡Hombres! —dijo Travis aproximándose a la ventana—. ¡Estás seguro de que no son haploides, muchacho?

—Parecen muy tranquilos —dijo Dick Wetzel, el otro jovencito, que también estaba junto a la ventana, muy preocupado—. Se han bajado y permanecen cerca de sus automóviles, en el camino pavimentado. Miran hacia aquí.

—Ahora están saltando la cerca —exclamó Bobby con excitación.

—Grítales que tengan cuidado —ordenó Travis.

Pero no fue necesario. De la planta baja de la casa salieron algunos disparos. Luego se oyeron gritos, provenientes del grupo de hombres que se acercaban. Travis llegó a la ventana justo a tiempo para ver a los hombres que se dispersaban. Al oír los disparos y los gritos, los compañeros que se hallaban en el primer piso fueron a la habitación de Travis, ya que ellos no tenían ninguna ventana con vista al oeste.

—¡Nos ha salvado la caballería de los Estados Unidos! —dijo Margano, cansadamente.

—Son los hombres de Judd Taylor —expresó Travis con reconocimiento—. No pensé que nos creería. Espero que vengan armados.

Como para desvanecer esta duda, los hombres que se hallaban entre la casa y el cerco exterior comenzaron a hacer fuego contra el edificio, protegiéndose detrás de los setos y de los árboles. Los que estaban junto a las ventanas agacharon la cabeza. Desde la planta baja empezaron a responder a los disparos.

—Vamos abajo —dijo Travis, levantándose—. Entre ellos y nosotros podremos encerrarlos.

El grupo que se hallaba en la habitación se mostró dispuesto a seguir a Travis. Todos se amontonaron detrás de él cuando vieron, de pronto, aparecer a la doctora Garner bajo el marco de la puerta, sosteniendo una pistola automática en la mano derecha. Sus ojos resplandecían de furia; tenía el rostro enrojecido y los cabellos en desorden. Respiraba dificultosamente.

—¡Tiren eso!

Como ellos no cumplieron inmediatamente la orden, volvió a repetir:

—¡Tiren las armas! ¡Rápido!

Todos obedecieron.

—Ahora salgan por esta puerta. Que ninguno haga un movimiento sospechoso... ¡Caminen!

Sin posibilidad de rebelarse, el grupo pasó junto a la mujer.

—Sigan en dirección a la cabina de radio. Ligero. Los que estaban trabajando en la cabina radial

levantaron la vista cuando entró Travis seguido por sus compañeros.

—¿Ya terminó todo? —preguntó Betty, corriendo hacia él. Luego se detuvo al ver su expresión, al tiempo que iban entrando por la puerta los demás hombres. Quedó completamente turbada. Cuando vio a la doctora Garner, se acercó, palpitante, hacia ella.

—Atrás, Betty —gritó la doctora Garner apretando los dientes—. Hemos perdido la batalla en el piso de abajo, pero no pienso perder también ésta. ¡Apártate! —exclamó, dando un paso adelante.

—¡Estás loca, mamá! —gritó Betty—. ¿Qué sacarás ahora con matarnos?

—Eres igual que tu padre...

—Querrás decir que el doctor Tisdial...

—Tu padre. Una haploide hubiera sido leal. Pero tú tienes el sello de tu padre.

Los dedos de Betty se agarraron del maderamen; sus nudillos parecían sin una gota de sangre. Fijó sus ojos atónitos en el rostro de la doctora Garner.

—¿Vas a apartarte?

Estas palabras fueron dichas en un tono terminante. Pero Betty no se movió.

El dedo de la doctora Garner se dispuso a apretar el gatillo. Travis contenía la respiración y apretaba los dientes, como si ese segundo de tiempo se extendiera hasta durar largos minutos. Los disparos, que pocos momentos antes se oyeron con tanta frecuencia en la planta baja, iban espaciándose... En ese momento crucial parecían haberse suspendido...

En seguida se oyeron unos golpes secos. No eran tiros, sino pisadas..., pisadas de hombres en las escaleras..., de muchos hombres.

Los ojos de la doctora Garner se dilataron mientras el potente sonido de las pisadas se acercaba. Se dio vuelta lentamente y miró hacia la escalera. Su mirada se cargó de odio. Empuñó con más fuerza su pistola e hizo fuego.

Le respondieron varios disparos. Las balas pasaron silbando junto a ella. Luego la hirieron en un cos-

tado..., en el otro... Resoplaba. Sus mejillas se hundieron. Disparó su arma sin puntería...

Luego todo cesó.

La doctora Garner, sin ver ya, con la boca horriblemente deformada, se desplomó al suelo.

Travis tomó a Betty por los hombros para que desviara su mirada de ese espectáculo. Estrechó su cuerpo tembloroso contra el suyo.

El doctor Leaf levantó la vista del microscopio de Ernie Somers. Su antigua sonrisa resplandecía en su rostro. Sus ojos brillaban.

—Veo cuarenta y ocho cromosomas —dijo—. ¿Quieres mirar?

Travis sonrió.

—Creo en su palabra, doctor.

—¡Querido! —gritó Betty, volviéndose hacia Travis y tomando su cabeza entre las manos.

El la besó.

El doctor Leaf apartó el microscopio.

—Nuestro trabajo está apenas por comenzar —dijo—. Si cree que será capaz de resistir durante algún tiempo, lo pondré al tanto de todo.

Travis y Betty tomaron asiento junto a la mesa. Aún no habían finalizado las operaciones de limpieza, y se percibía un intenso movimiento en toda la casa. Los hombres de Judd habían hecho un desbarajuste y ahora, como buenos vecinos, ayudaban a restaurar el orden en la casa sitiada.

—Transmitimos el llamado de auxilio —dijo el doctor Leaf—. La FCC registró el llamado. Un lugar denominado Grand Island, me parece. Ernie sabe. Bueno, el caso es que se comunicaron con Washington —dijo encendiendo su pipa y aspirando con fruición el humo—, pero no era Washington. Cuando comenzaron allí las radiaciones, el presidente y todos los funcionarios del gobierno se mudaron al sur de Potomac, según tengo entendido.

En estos momentos se está analizando la sangre de todos los ciudadanos varones de los Estados Unidos. Todos los que pertenecen al grupo sanguíneo AB

deben alistarse en el ejército para luchar contra las haploides. En cuanto a las mujeres, serán sometidas a una biopsia. Las haploides deberán ser segregadas; aún ignoro lo que piensan hacer con ellas. Los hombres AB entrarán en las ciudades formando unidades regulares. Después de apoderarse de las mismas, instalarán oficinas de control. ¡Pobres de las mujeres que no posean el carnet de control! Ah... hay algo más —dijo el doctor, revolviendo unos papeles que estaban sobre la mesa, mientras seguía fumando su pipa—. Ernie copió a máquina esto. Son las órdenes para las compañías, tal como les fueron transmitidas.

—¿Qué clase de compañías? —preguntó Travis.

—Querido amigo —dijo el doctor Leaf, riendo entre dientes—. Piensan designarlo brigadier general del ejército de los hombres AB.

—¡General!

—Sí. Ahora levante la mano y repita después de mí... Y luego usted puede hacer lo mismo conmigo. También soy brigadier, como se imaginará.

—Pero...

—No tenemos tiempo que perder —dijo el doctor consultando su reloj—. De acuerdo con nuestra conversación radial, el avión del ejército llegará dentro de veinte minutos.

—¡Travis! —dijo Betty, apenada—. ¡No pensarás dejarme ahora...!

—Señorita Garner —expresó, sonriendo, el doctor—, no existen restricciones en lo concerniente a las esposas de los generales. Estoy seguro de que podrá ir con él... si él la ama.

—¡Sí, me ama!

Travis agregó, radiante de alegría:

—Me parece que no tendré dificultad en decidir qué haré durante este año.

—¿Por qué no dices años, querido?

F I N

OTRO TÍTULO DE los libros del mirasol

BERGENS EVANS

HISTORIA NATURAL DEL DISPARATE

¿Por qué perdemos el cabello? ¿Qué daño real hacen el tabaco o el alcohol? ¿Hay razas humanas superiores a las otras? El hipnotismo, ¿es una ciencia?... Y en general, ¿hasta qué punto podemos afirmar que una cosa es cierta? ¿Dónde está la línea divisoria que separa al mito de la verdad, a la superstición de la ciencia, al prejuicio de la razón?

Este es el tema de *Historia natural del disparate*, de Bergens Evans, libro que, con humor esclarecedor, aborda los temas más dispares de la Astronomía, la Teología, las Artes y la Literatura, la Filosofía, las Tradiciones y la Política, la Magia, etc. Evans responde a las preguntas que todos nos hemos hecho en algún momento; y sus respuestas, en las que se unen la gracia y la verdad, sirven para "desinfectarnos" de tanto error vulgar, de prejuicios y supersticiones arraigados durante siglos.

OTRO TÍTULO DE
los libros del mirasol

A. C. B. LOVELL
EL INDIVIDUO Y EL UNIVERSO

Los proyectiles teledirigidos, que hoy llevan instrumentos de astronomía, podrían cargar mañana bombas de hidrógeno. Los grandes telescopios invaden el universo, provocando nuevos conceptos sobre el espacio y el tiempo que desafían toda tradición. La cosmología está llegando al estado decisivo del conocimiento en que filosofía y teología deben entablar la discusión definitiva de la misma esencia de la razón y la fe humanas. Esta época revolucionaria encierra, al mismo tiempo, peligrosos conflictos para el hombre, en su doble calidad de ciudadano e investigador. Estos son los candentes problemas planteados por este libro apasionante del profesor A. C. B. Lovell, cuyos textos fueron leídos en un ciclo de conferencias en el que participaron, entre otros, Robert Oppenheimer y Arnold Toynbee.

OTRO TÍTULO DE
los libros del mirasol

J. B. S. HALDANE

LA DESIGUALDAD DEL HOMBRE

El rigor científico, el humor típicamente inglés y la pasión por el destino de la humanidad se unen en magnífica síntesis en este libro del eminente científico británico J. B. S. Haldane.

El lector hallará en *La desigualdad del hombre* un vasto panorama de ensayos que abordan los problemas más candentes que preocupan al individuo de nuestros días: la desigualdad humana en su doble aspecto biológico y social, el lugar que la ciencia ocupa en la civilización occidental, el origen de la vida y el destino del hombre en nuestra sociedad, el control de la natalidad, los errores de la historia escrita, y muchos otros temas del mismo apasionante interés.

Tal como afirma el propio Haldane, los ensayos contenidos en este libro "fueron escritos para distintos públicos, que van desde los lectores de la prensa diaria hasta los miembros de las instituciones científicas". Sus páginas son, pues, un territorio fascinante, abierto a todos aquellos que deseen explorarlo en busca del conocimiento.

OTRO TÍTULO DE
los libros del mirasol

ENRIQUE DE GANDIA
LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Causas y caracteres

Las naciones hispanoamericanas surgieron de una guerra civil que provocó la separación de España, primero, y nuevas luchas, después, entre las corrientes encontradas del despotismo y de la libertad; luchas que no han terminado y que seguirán siendo la causa principal de la historia futura.

Este libro refleja, como ningún otro, los odios e ideales que las guerras napoleónicas y los derechos naturales del hombre extendieron sobre el Nuevo Mundo, en una luminosa síntesis de uno de los acontecimientos más trascendentes de la historia. Bajo la luz profunda y renovadora de sus páginas caen deshechas viejas tradiciones y leyendas con las cuales, hasta ahora, se ha explicado la revolución americana.

OTRO TÍTULO DE
los libros del mirasol

JAMES JOYCE
EXILADOS

Unica obra para teatro escrita por el genial autor de *Ulises*, *Exilados* se desarrolla en torno de las complejas relaciones existentes entre el matrimonio compuesto por Berta y Ricardo, un periodista amigo de éste, llamado Roberto, con quien Berta mantiene una extraña y transitoria relación, y Beatriz, amiga de Berta, ligada a su vez, también de manera poco común, al marido de su amiga.

Esta sutil maraña de sentimientos y equívocos sirve a Joyce para tejer una trama que, si bien no contiene las fundamentales innovaciones de lenguaje de *Ulises*, pone en evidencia, en cambio, la misma poderosa fuerza imaginativa.

Comparada por algunos críticos a los últimos cuartetos de Beethoven, en especial por la tensión sostenida sin desmayos, *Exilados* es obra de lectura tan apasionante como necesaria para conocer una de las facetas menos visibles del universo de Joyce.

OTRO TÍTULO DE
los libros del mirasol

MAXWELL ANDERSON

MAS ALLA DEL INVIERNO

En torno de un anécdota que, evidentemente, se refiere al famoso proceso Sacco-Vanzetti, Maxwell Anderson escribió *Más allá del invierno*, una de las piezas más notables del teatro norteamericano contemporáneo.

En un elevado tono poético —amarga y esperanzada poesía—, Anderson conduce a sus personajes entre los grandes términos de la vida: soledad, muerte, verdad. Y si en un principio la muerte y la injusticia cumplen su trabajo destructor y afloran en las palabras del viejo Esdras:

...la tierra en que vivimos se ha hecho dura con la sangre y los huesos de los muertos sin justicia...

es el mismo Esdras quien, ya al final de la obra, frente a un nuevo golpe de la muerte, descubre que

*Esta es la gloria de los hombres y mujeres:
no temblar, no ceder, estar de pie...*

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

*Terminóse de imprimir el
17 de marzo de 1962,
en los Talleres Gráficos
de la Compañía General
Fabril Financiera S. A.,
Iriarte 2035, Buenos Aires.*